

LANOS

AS

ADAS. Por

TRO. To-
ro.

D. Tomás

RE DE LA
Y, IV, V y
íguez Ma-
Española.

scón. Por

Por don

NCES. To-
ano rivas

PISTOLARIO
te García

LIBRO DE
Por D. Ju-

MOCEDA-
r Said Ar-

na.—Can-
cente Gar-

SPENCER

ENCIA Y EDUCACION

EDUCADORES

SPENCER

POR

GABRIEL COMPAYRE

PRECIO
2
PESETAS

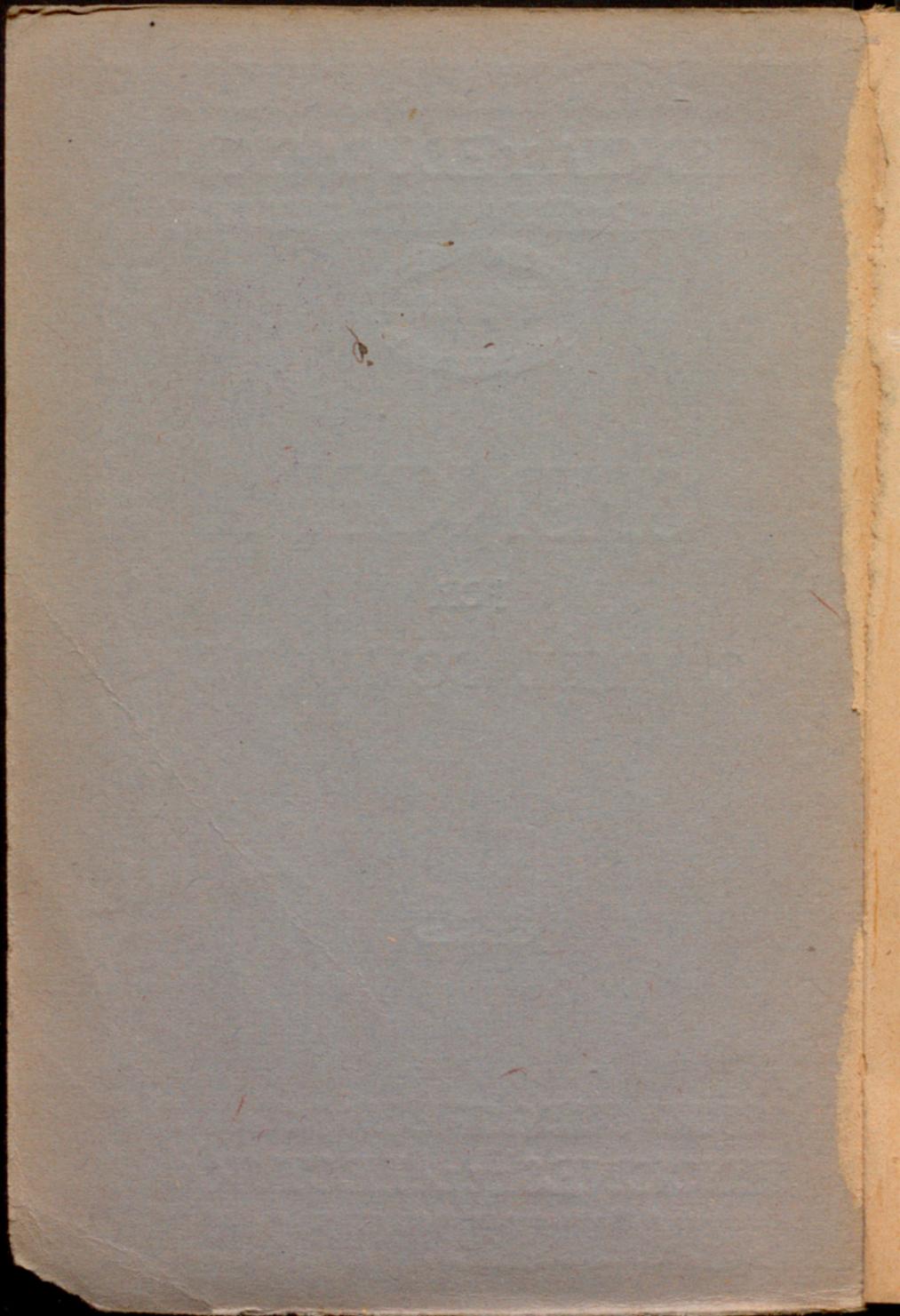


EDICIONES DE LA LECTURA

UNIVERSITAT DE LLEIDA
Biblioteca



1600040944





HERBERT SPENCER

Y LA

EDUCACIÓN CIENTÍFICA

Obras de M. Compayré en castellano

Curso de Pedagogía teórica práctica. Un vol. en 12.º

Historia de la Pedagogía. Un vol. en 12.º

Psicología teórica y práctica aplicada á la educación.
Un vol. en 12.º

Rousseau y la educación de la Naturaleza. Un vol. en 12.º,
una peseta.

Pestalozzi y la educación elemental. Un vol. en 12.º,
una peseta.

Herbart y la educación por la instrucción. Un vol. en 12.º,
una peseta.

R-574

223 4600040944 X

HERBERT SPENCER

Y LA

EDUCACIÓN CIENTÍFICA

POR

GABRIEL COMPAYRÉ

TRADUCCIÓN

DE

DOMINGO BARNÉS

SPENCER Y LAS BUENAS MANERAS

POR

FRANCISCO GINER

MADRID

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ

48, Preciados, 48

1910

Reg. 2604

0105-10960

SPENCER

Y LAS BUENAS MANERAS

I

En la *Revista de Westminster*, publicó hace algún tiempo el filósofo inglés Mr. Heriberto Spencer cierto interesantísimo artículo sobre *Las maneras y la moda*, en el cual se pronuncia decididamente contra la tiranía que, á su entender, ejerce la sociedad en la esfera á que alude el epígrafe del mismo, ábogando con la mayor energía en pro del que llama espíritu *no conformista*, que—dice—representa en este orden de cosas la independendencia del individuo contra la restrictiva opresión de los usos sociales.

Conviene advertir, ante todo, que, según este pensador, la libertad y la autoridad, la libertad y la ley, constituyen una antítesis insoluble. La autoridad, el gobierno, la ley, no son los custodios de nuestra actividad, franca y dueña de sí propia, sino otros tantos límites más ó menos necesarios, según los tiempos, que coartan el movimiento de nuestra voluntad, reduciendo su esfera é imponiéndole prohibiciones

que, en rigor, son incompatibles con sus naturales derechos, aunque legítimas para mantener por medio de la fuerza la paz pública, mientras los hombres no aprendan á mantenerla por sí mismos, obedeciendo á la razón. Así, el bello ideal del gobierno de las sociedades cultas sería inevitablemente el no gobierno, la *an-arquía*, tomada esta palabra en el sentido técnico que, por ejemplo, le daba Proudhon. El hombre digno ya de ser libre no ha menester que la autoridad del magistrado, ó la del sacerdote, ó la de la opinión, refrene sus pasiones salvajes y lo contenga en el respeto de la justicia, de la moral, ni de las buenas maneras.

Antes de seguir, permítasemos una breve observación sobre la teoría que precede. Se comprende que, allá en los tiempos de Rousseau, bajo la presión de los conceptos romano-naturalistas, restaurados y prodigiosamente desenvueltos por Grocio y los pensadores de su escuela, y sublimados por Kant, manifestación más profunda y científica del mismo germen que el *Contrato*, se estimase que la sociedad (ó más bien, el Estado) y el individuo (ó más bien, cada uno de los miembros de aquella: individuo, corporación, etc.), se desenvuelven en razón inversa: por donde tanto gana cada uno de los términos de la antítesis, cuanto pierde el otro. Ó que, cediendo á la defectuosa concepción, romana y escolástica á un tiempo, de la libertad como pura facultad indiferente de hacer lo que se quiera, esto es, como mero albedrío, se estableciese idéntica relación entre esta potencia anárquica desorganizadora—así entendida—y la ley, en que rehusaba considerar la norma interna, esencial, inmanente en la libertad misma, el tipo de la actividad en ejercicio. Pero cuando una dolorosa y ya larga experiencia ha puesto de relieve, aun

para los más apasionados, los vicios de esta concepción, así en su matiz autoritario, como en el revolucionario, como en el doctrinario (que pretendía combinar y limitar mutuamente los dos opuestos principios); cuando, pasado ya el tiempo en que fué ciertamente útil para destruir las trabas que entorpecían el movimiento de la vida social, los artificios de la antigua organización, ha manifestado su incapacidad para construir un orden positivo más racional y completo, admira que aquella antítesis haya podido encontrar eco todavía en un pensador tan insigne, á impulso, quizá, más que de preocupaciones filosóficas, del peso de la tradición, harto eficaz siempre aun en espíritus enamorados de la independencia, de la originalidad y hasta de la extravagancia.

Nacen de aquí consecuencias importantes que disminuyen la eficacia del estudio de Mr. Spencer. Así por ejemplo (y entramos ya en materia), sería difícil hallar en ese estudio un criterio para distinguir los usos que reputa «esencialmente» malos y que deben, por tanto, siempre proscribirse, de aquellos otros cuya prohibición nace sólo de falsas convenciones sociales; contentándose con afirmar que el *laissez faire* distinguiría ambas especies naturalmente y por sí mismo. Y si á renglón seguido añade que las acciones reprobables desde el punto de vista de las maneras, son aquellas que envuelven algo repugnante para los demás, este carácter no es suficiente, ni con mucho, para aquella distinción: ya que esa repugnancia varía constantemente en razón de la idea que cada época y cada civilización se forman de las cosas. El aseo, ¿no ha sido condenado por ciertos místicos y aun santos, y hasta por urañes filósofos, como una especie de sensualidad y pecaminosa atención, ora á nuestro cuerpo, ora al aplauso y gusto de nuestros

semejantes? Y ¿no tienen el escupir como un signo de amistad y de honor algunas tribus? Y, sin embargo, aparece tan claro (hoy para nosotros) el contrasentido de este modo de ver, cuanto que Mr. Spencer mismo alega la suciedad y el vicio de expectorar ante las gentes como casos particulares de aquella descortesía «esencial» que debe siempre evitarse.—¡Dios lo oiga, por cierto, en España!

Y es que el autor, fiel al *apriorismo* idealista que caracteriza su genial, pero nada menos que severo sistema, propende manifiestamente á dividir la realidad en dos reinos: el de lo absoluto y el de lo relativo, y á divorciar, por tanto, lo eterno y lo histórico (cual antes la necesidad y la libertad) en este punto de los usos sociales. Como si lo primero se reconociese *per se* fácilmente en todos tiempos y por todos los hombres, sin más que dejar en libertad á las gentes para que sigan en sus hábitos el dictamen de su opinión personal, análogamente á como los antiguos economistas creían en la justicia necesaria de las transacciones, tan luego como se suprimiesen las trabas legales del mercado. No repara, por cierto, que aquella manera de ver lleva implícita una confianza en el testimonio objetivo, universal, absoluto de la conciencia, que ni aún indirectamente parece fácil de avenir con las teorías de la evolución y de lo relativo, tales, cuando menos (y esto basta), cuales el autor mismo las entiende.

Ni se compagina mejor, de otro lado, con estas teorías semejante disgregación entre lo permanente y lo mudable. Pues si la base de este último elemento, de los hechos, de lo variable, no ha de ponerse en el fondo esencial, sino en el mero acaso, ¿cabe hablar de evolución social y legitimar cada forma de civilización como un momento necesario de la humanidad

en su historia? Semejante legitimación es, sin embargo, uno de los principios que Mr. Spencer, con Lillienfeld y otros pensadores (aunque prescindamos de los más extremados, v. gr., de Kirchmann y Hellwald) oponen precisamente contra la existencia de un ideal y criterio absoluto en moral, en religión, en derecho; en suma, en todas las esferas de la conciencia y de la vida.

Lo cierto es que los usos y maneras sociales de cada época, y los nuestros, por tanto, son, como su arte y su economía, su política y su Código penal, la expresión adecuada de su sentido, de su modo de representarse las varias relaciones en que se desenvuelve. Ahora bien: este modo resulta á su vez de la acción de dos factores: uno, interno, á saber: la idea é intuición de la vida que halla en sí mismo cada hombre, como cada pueblo; otro, el concurso de circunstancias, ya antecedentes, ya concomitantes, que junto con el carácter peculiar del sujeto determinan, por decirlo así, el ángulo bajo que le aparece aquella idea, la forma limitada en que se encarna: el ideal, en suma, que inspira sus diversas manifestaciones. Pues ninguna sociedad, como ningún individuo, viven en puro error, sin razón y capricho; de tal suerte que, aun en el fondo de los mayores y más atroces muestras de barbarie (v. gr., la antropofagia, la esclavitud, la pena de muerte), se halla siempre un elemento ideal, una como vislumbre de razón, desfigurada y mal interpretada; sin duda: más por la cual pueden al fin y al cabo mantenerse usos, instituciones, preceptos, que, tomados á la letra, son verdaderas abominaciones.

No es, pues, el mero albedrío la potencia que gobierna las maneras sociales. Precisamente el autor mismo, en sus interesantes estudios sociológicos, vie-

ne á reconocerlo implícitamente, v. gr., en la historia del saludo; si bien no deja de ofrecer materia de discusión el carácter de inferioridad y aun servilismo (que, sin razón bastante y llevado tal vez de ciertas preocupaciones teóricas, atribuye á esa manifestación, ya de cordialidad, ya de respeto). Pero, sea de este ejemplo lo que quiera, el justo empeño de Mr. Spencer viene á mostrar, como enseñanza verdaderamente preciosa desprendida de su análisis, que actos, al parecer insignificantes, tienen su historia interna, nada accidental, merced á la que alcanzaron en su día una representación, hoy ya borrada y de que apenas queda algún vestigio. ¿Cómo, pues, reputar engendro de caprichosas convenciones tales ó cuales prácticas sociales?

En buen hora que, cuando las cosas pierden su significación, llegando á hacerse inútiles, se modifiquen: y la cruzada del discreto moralista en pocos pueblos será tan indispensable como en el suyo, donde no es el saco de lana del lord canceller y las pelucas de los magistrados lo que hay que transformar y adecuar á las necesidades modernas. Pero esta reforma exige el reconocimiento, no sólo de la impropiedad de los antiguos usos, sino también de su razón de ser, de los principios, más ó menos acertados, que les dieron origen, así como de las causas por que todavía se mantienen. De otra suerte, jamás se puede estudiar con seguridad el mal, ni indagar el remedio, ni aplicarlo con verdadera eficacia.

Ahora bien: este último punto, el examen de los motivos que conservan en vigor una costumbre ya sin sentido, se halla descuidado, por lo general, en el trabajo del pensador inglés.

Así, no puede menos de extrañar cómo, al censurar que haya un traje negro uniforme para los actos que

se estiman de mayor ceremonia y en los cuales se vituperaría que un hombre se presentase «con la misma levita que pareció muy bien por la mañana», olvida la razón de haberse introducido el uso de aquel traje y de que persista todavía en las naciones cultas.

Cierto que, internamente, nada tienen de común la forma del frac ó el color del pantalón con la naturaleza de las circunstancias en que los vestimos. Pero, después de todo, ¿sería fácil hallar mayor homogeneidad entre una serie de manchas de tinta y un trozo de música, ó entre una moneda y el servicio, v. gr., del profesor ó el abogado? ¿Qué relación necesaria media, acaso, entre la nacionalidad española y los dos colores de su actual bandera? Aún podría decirse que esta heterogeneidad es de rigor en todo signo, respecto de la idea por él significada. Y tal ó cual traje, tal ó cual color, generalizados por la costumbre para denotar la índole de determinados sucesos ¿son otra cosa que signos?

Á pesar de esta primordial extrañeza entre el signo y lo significado, ninguna de aquellas relaciones es meramente convencional y arbitraria: no lo es la del lenguaje, por ejemplo, en cuya esfera, el sentido de las palabras, ni se establece, ni varía sin motivo alguno. Pues no de otra suerte acontece con el vestido, ninguna de cuyas modificaciones deja de tener su causa histórica. Así es como precisamente el frac y demás prendas del *evening dress* se han introducido obedeciendo á un espíritu democrático, que podrá tener ya otras exigencias, pero que no cabe desconocer. Es, en primer término, un traje común é *idéntico* para los hombres de todas las clases sociales, antes distinguidas entre sí, en tiempos nada remotos, en los que, según es sabido, aun el uso de ciertas telas era privilegio de los nobles. Hoy, hasta los criados lo

visten, igualándose con sus amos y substituyendo gradualmente la depresiva é histórica librea por ese hipócrita nivelador de nuestro siglo.

Ese traje es, además, un traje *barato*. Compárese, en cualquiera de nuestras *soirées*, la suma que representa el actual vestido de los hombres con la que representaban las casacas bordadas de hace cien años; ó ahora mismo, con lo que cuestan los uniformes de gala de nuestros altos funcionarios civiles y militares; ó los de la servidumbre áulica; ó, en fin, con los trajes de las damas que asisten á una recepción, en la cual, no obstante el amor de Mr. Spencer á la variedad, dudamos mucho le complazca verla conseguida á precios tan verdaderamente irracionales.

Por último, y omitiendo otras consideraciones, todas las sociedades cultas tendrán un traje uniforme de ceremonia, hasta tanto que el hombre de las diversas clases cuide ordinariamente de su persona, vestido y maneras, con tal esmero y respeto para consigo mismo y para con los demás, cuales suele emplear en los momentos más solemnes de su vida, ó que revisten á sus ojos cierta excepcional importancia. En un país, de poco tiempo acá iniciado en los albores de la civilización europea (1), se ha visto el rey punto menos que obligado á restablecer el requisito del frac para todos cuantos van á visitarle, aun á las horas en que menos costumbre hay de vestirlo; porque, tan luego como abolió esa prescripción, vió invadida su casa por personas que, á pesar de su alta categoría, se presentaban, no ya en los trajes más impropios, según los usos generalmente recibidos—que este pecado de extravagancia, no exento de cierto

(1) El nuestro: el hecho lo he oído referir á personas que frecuentaban los círculos palaciegos.

menosprecio á los demás, hallaría fácil gracia ante Mr. Spencer,—sino en tales condiciones de descuido, que harían desear, en obsequio á la estética y la higiene, el establecimiento de baños y lugares públicos de aseo (*ca va sans dire*, obligatorio) para los más insignes personajes de aquella sociedad y aquel Estado.

Se comprende este hecho, menos frecuente y llamativo, sin duda, en Inglaterra, uno de los pueblos donde las gente se lava más y más se respeta en el mundo—ideas, ambas, perpetuamente indisolubles en la historia; pero que allí y en todas partes subsiste con la bastante generalidad para que el autor no lo diera al olvido. Mientras que, por falta de cultura, constituya para tantos seres racionales un verdadero acontecimiento anormal, grave y solemne, tener que presentarse limpios y decentes, y comedidos, se conservará el uso de un traje especial que imponga á los rehacios puntual obediencia á aquellos deberes de cortesía, de dignidad, de mesura y hasta de profiláctica, que, á lo menos de vez en cuando, conviene recordarles. ¡Dios nos libre del día en que, abolido el «traje de etiqueta», sin abolirse la grosería que, so color de llaneza y confianza, presiden aún por desventura á las relaciones usuales de la vida, se crean dispensados muchos individuos de asearse una vez por semana, ó por mes, ó siquiera por año! ¡Bendita mil veces esa prosaica, vulgar y democrática semichaqueta, que todavía sirve de saludable freno á lo que discretamente llama un novelista español «la plebe de *todas* nuestras clases sociales!»

Falta en el trabajo de Mr. Spencer una explicación muy necesaria, sin embargo: la de aquello que entiendo por «buenas maneras». Pues si dice de ellas que «se refieren al pormenor de nuestra conducta

para con los demás», este concepto es tan vago, amplio é insuficiente, que, lo mismo que á las buenas maneras, podría aplicarse á la benevolencia, ó á la formalidad, ó á cualduier otro principio de los que gobiernan las relaciones sociales. Además, es dudoso que las maneras se exijan sólo en estas relaciones, sobre todo si en ellas se han de comprender condiciones como la del aseo, tan preceptuada por respeto á la higiene y á nosotros mismos, cuanto por el que debemos á los otros. La teoría de Mr. Spencer podría autorizar, mal entendida, la de esas gentes que, cuando nadie las ve, no se lavan, ni mudan de camisa y comen «con toda libertad»—que suelen decir ellos.—Teoría, por cierto, muy en boga en los pueblos atrasados (v. gr., en España), donde el dinero que haría falta para una vida confortable, se guarda para las cosas de visualidad y aparato: desde las corporaciones docentes que gastan en ostentosos paraninfos frecuente sonrojo del arte, lo que economizan en libros y otros medios de enseñanza, hasta los particulares, que encargan á Prévot el mobiliario de sus salones y á cualquier bodegón el *menú* de su mesa.

Las maneras, pues, no se refieren exclusivamente á nuestras relaciones sociales; pero tampoco podrían por esta sola nota distinguirse de otros diversos órdenes concernientes á dichas relaciones, según ya se ha indicado; la característica de las maneras debe, por tanto, buscarse en otra parte. Cual sea ésta, lo indica hasta cierto punto el nombre. En su más amplio sentido, «manera» no dice una especie peculiar de actos, sino la forma como éstos se realizan. Así, hay buenas y malas maneras de hacer toda clase de cosas: de hablar, de saludar, de tratar á las gentes, de conducir un negocio (actos, éstos, de relación social); como de comer; andar; vestir, bailar, llevar un

carruaje ó montar á caballo (actos individuales exteriores); ó de pensar, sentir, proponerse tal ó cual cosa (actos individuales internos); en suma, de vivir y obrar en todos los órdenes sin excepción alguna. En el fondo, tampoco tiene otra significación la palabra «modales», que, con las necesarias reservas, podemos aquí tomar como equivalente. Sin duda que este resultado no basta para definir las maneras; más si para afirmar que su concepto, lejos de referirse al *contenido* especial de nuestros actos, expresa, por el contrario, una *forma* de hacerlos; de suerte que si con esto sólo no sabemos aún cual sea ese concepto, sabemos que *no* es el que Mr. Spencer ofrece; y ya es algo.

Para hallar ahora más positiva y decisiva conclusión, se necesitaría un análisis verdaderamente filosófico (aunque á muchos sorprenda la palabra); análisis por extremo complejo y superior al propósito del presente artículo, el cual no pretende sino llamar la atención sobre este concepto y sobre tal cual aserto controvertible que haya podido deslizarse en el interesantísimo estudio del pensador inglés, por si estimula de tal modo á dilucidar con mayor detenimiento un problema cuya importancia excede á lo que pudiera imaginarse. En efecto, merced á la íntima unidad del sér humano y á la continua acción y reacción que en él ofrecen lo interior y lo exterior, recobra siempre esta última esfera sobre aquélla, asimilándose poco á poco en su evolución el espíritu todos los progresos realizados en lo que á primera vista parece más insignificante y ajeno á nuestra vida íntima. Recuérdesse que, no ya en la educación del niño, sino en la de los hombres de todas las edades, esta acción, que podría decirse de fuera adentro, es la única mediante la cual puede estimular un individuo la reforma interior de otros; y considérese en particular

hasta qué punto el aseo, la compostura exterior en la voz, el ademán y el gesto, el cuidado en todo cuanto se refiere á la manifestación de nuestro sér, son influjos de los más poderosos para aquella reforma, cuyo ritmo acaba por responder al que á dichas manifestaciones imponemos.

Pero, volviendo á nuestro tema, si la cuestión de las maneras es por extremo interesante, su interés crece en épocas como la presente, de rápido incremento para el espíritu democrático. Á causa de la funesta división que viene reinando entre las clases, las más acomodadas aparecen ante las inferiores sin otras excelencias que las de su posición exterior, no pocas veces adquirida sin esfuerzo alguno por su parte; y sus maneras, como caprichosas ceremonias, hijas de la vanidad y del afán por mantener á distancia á cuantos no se hallan iniciados en las futilidades con que defienden su falsa supremacía los elegidos. En este respecto, puede también decirse lo que Mr. Spencer con razón declara á otro propósito, á saber; que el código complicado de las maneras convencionales y absurdas aleja de la sociedad precisamente á aquéllos que más necesitarían de su trato, empujándolos hacia otros placeres dañosos, pero al fin y al cabo más reales, por reprobables que sean, que los insípidos con que los salones les brindan. Así, ambas partes pugnan con igual animadversión por fortalecer las artificiales barreras que mutuamente las dividen; vícianse, los unos por falta de naturalidad, los otros por rudeza y grosería, crecen entre todos, con la distancia, el despego, y el desconocimiento recíproco, y el desdén, y todos los malos sentimientos que aceleran las catástrofes sociales. Las clases antiguas poseen, en este monopolio de las buenas maneras, un arma, siempre poderosa, que no

se embota ciertamente porque otorguen igual consideración á un uso racional y á un contrasentido; y el ridículo, sanción penal impuesta á los profanos, obra con la bastante energía para que sea muy contado, entre éstos, el número de los que no se sonrojan de su ignorancia, ni temen aparecer como advenedizos.

Por otra parte, toda repentina irrupción del elemento popular en las esferas superiores sociales, y señaladamente en el poder político, que es donde son más rápidas, porque es tal vez la única cúspide social adonde todavía se llega á viva fuerza — como se llegaba á la riqueza en otros tiempos, — va acompañada de una explosión de odio contra las buenas maneras, de una apoteosis de la grosería y de un gusto plebeyo é innoble, eterno compañero de las demagogias triunfantes. Verdad es que, á poco, las necesidades de la vida, el hábito del mando, el roce con las otras clases, la torpe vanidad de los que se afanan por imitar sus despilfarros sin su distinción y cortesía — sobre todo, después que, refrenada la primera embriaguez de la victoria, satisfechos el espíritu de rivalidad y la codicia, va cediendo el primitivo encono y entrando el espíritu en más humanos y razonables sentimientos, — dulcifican el contraste entre las nuevas clases gobernantes y las antiguas, con las cuales acaban á la larga por fundirse. Pero esta gradual y lenta aproximación no logra reparar tantas faltas como comprometen la suerte de las revoluciones (ya harto comprometidas por su propia naturaleza), ridiculizan y desprestigian su triunfo, y alejan violentamente de las nuevas ideas á individuos y masas enteras, que no son siempre responsables de su corta educación intelectual y política, merced á la cual se representan como inseparables la grosería y aquellas ideas á que en mal hora acompaña.

Conviene advertir que, sea cualquiera la compleción de elementos que hayan determinado en una sociedad la decadencia política de la aristocracia, siempre pueden todos deducirse á una causa primera: la pérdida de su superioridad. Ninguna clase llega al poder sin merecerlo, sino por descollar en aquello que el criterio de cada época prefiere; ni lo pierde sino por su culpa. Y como en las clases acontece (al igual de las naciones) que el momento de su culminación en un determinado orden da necesariamente la señal de su apogeo en todos (aunque sobresaliendo en el de su peculiar vocación), no cabe que una aristocracia decaiga en sus virtudes, ó en su cultura intelectual, sin decaer en la integridad de su vida. Más lentamente en tal ó cual esfera, con mayor rapidez en tal otra, al cabo y definitivamente en todas cae: desde la moralidad hasta la fuerza física, desde la fortuna á las maneras; concluyendo por tornarse, no sólo ignorante, viciosa, pobre, inútil, sino ordinaria y chabacana: «acabando en punta», que decía Cervantes.

Desde luego se comprende que la gradación, según la cual van extinguiéndose estas energías, es la de su importancia. Así cuando ya la inteligencia se embas-tece y la moralidad declina, todavía se refleja un último rayo de la grandeza pasada en las cosas secundarias, en el *sport*, ó en las maneras; hasta que destreza corporal, modales, buen gusto, todo sigue la común ruína y se precipita en la vulgaridad; que es la nada de las clases sociales, tan luego como pierden su personalidad é importancia. Á estas aristocracias ya espirantes en sus últimas manifestaciones, se refieren Mr. Spencer en la admirable pintura que (con sentido harto diverso) hace en su estudio, de aquéllos que se atribuyen la dictadura de la moda, como úl-

timo vestigio de una supremacía que ya no merecen por la firmeza de su carácter, ni por su inteligencia, ni por su mérito superior, ni por su gusto delicado, y que no son los más influyentes, ni los más cultos, ni los más refinados, ni los de más talento, ni siquiera los de mejor presencia; diezmados por la anemia física y moral, que rápidamente los hace retroceder á la penumbra de la impotencia, la trivialidad y la muerte.

Por esto, cuando los primeros pensadores, artistas, políticos, poetas de Inglaterra van saliendo de familias oscuras, insignificantes, anónimas, con tanta frecuencia, por lo menos, como de las que llevan refulgentes apellidos históricos; y los caballos de los banqueros de la *City* ganan también los premios del Derby; y la juventud, rica de vida, y de energía, y emancipada ya de la miseria, puede estudiar en Londres como en Oxford, y no necesita ir á aprender en Eton los ejercicios corporales bien puede asegurarse que el imperio de la antigua nobleza se halla seriamente amenazado. ¡Ay de ella el día en que por completo deje de proceder á las demás clases en magnificencia y esplendor, destreza y valentía, en el *confor*, refinamiento y elegancia de la vida privada y la cortesanía en sus relaciones personales, como ha dejado de precederles en saber, moralidad y patriotismo: en suma; cuando el ideal del *gentleman*, modificado y engrandecido, sin duda, al tenor de nuevas exigencias, haya de buscarse en otros centros que en Belgravia, Hyde Park ó Piccadilly!

II

Pero á todo esto, ¿que ha sido del concepto de las buenas maneras? Cuando menos, las consideraciones precedentes pueden haber mostrado que, por mucha que sea la atención que hoy consagren los pensadores, como Mr. Spencer, al estudio de este linaje de cuestiones, jamás será excesivo. Aunque la fundación de la nueva ciencia social no hubiese tenido mayor resultado hasta ahora que el de hacer entrar en su esfera, revistiéndolos de carácter científico, problemas hasta hoy desatendidos por faltarles esta condición y regelados á la de asuntos pintorescos de la curiosidad, del ingenio ó de la fantasía; debiera saludarse con júbilo un suceso que abre nuevas esferas al espíritu indagador de nuestro tiempo, el cual pugna por encontrar el signo de la razón en la compleja trama de los fenómenos sociales.

Si la palabra «manera», en general, indica modo, forma de hacer las cosas y se aplica á todos nuestros actos, interiores ó externos, sin excepción alguna, recibe, sin embargo, esta palabra un sentido específico cuando se la emplea sola y en plural, sin referencia á tal ó cual clase de hechos. Cual sea este sentido, requerirían un análisis más prolijo de lo que ahora es posible: por donde nos limitaremos á tal cual indicación que, sin la mira de exponer dicho concepto en su cabal integridad, pueda tal vez contribuir á que otros se interesen en dilucidarlo. Por lo demás, no es otra la historia de todos los conceptos en el proceso intermedio de su formación: cada cual va hallando una nota, ya pretenda aducirla como expresión del

concepto entero, ya se limite á afirmar que pertenece á éste; dejando para tiempos ulteriores, cuando se haya logrado acumular mayor suma de datos, investigaciones y análisis, que todas esas notas se concierten á fin de dar al problema solución cumplida. Ahora bien: la historia de estas reflexiones parciales sobre la idea á que nos referimos es tan reciente y los materiales tan exiguos, que no sería fácil coordinar todavía esos materiales en una definición rigurosa.

Algunas de estas notas parecen, con todo, bastantes seguras para poder alegarlas sin ligereza. En primer lugar, las maneras, en el sentido específico y técnico (que se podría decir) de la palabra, se refieren á la vida exterior de la persona, á aquellos actos por donde se revela, mediante la conjunción de lo interno y lo físico, de lo invisible y lo visible, del espíritu y el cuerpo; carácter que poblamente es el que ha inducido Mr. Spencer á referir esta idea á las relaciones sociales, lo cual vimos ya que no es enteramente exacto. La voz, el gesto, el ademán, la actitud, el modo de andar y el de estar parado (la locomoción y la estación, que dicen los fisiólogos) caen bajo la jurisdicción de las maneras, con todos los restantes órdenes análogos en donde se manifiesta la personalidad de un modo sensible: así en los actos usuales de la vida diaria, como en los momentos más solemnes, pues en todo mostramos buenas ó malas maneras. En otros términos, tan luego como ejercitamos los miembros para servir á los fines de la vida, sean cuales fueren, nos hallamos sometidos á la ley de las buenas maneras; debiendo tener en cuenta que, entre nuestras fuerzas físicas, sólo caen dentro de este orden aquéllas cuyas manifestaciones regimos por medio de la voluntad; y todavía, de éstas, únicamente las que se hacen sensibles á los demás como á nos-

otros mismos. Tales son, en especial, las antes citadas: por ejemplo, la voz, en su altura, fuerza y timbre (hasta donde este último pende de nosotros), la gesticulación, el ademán, etc.

Esto no dice que el valor de nuestros actos externos se reduzca al que puedan tener por respecto á las buenas maneras, pues que se estiman y cualifican ante todo por su contenido, por su objeto y fin. Y aun la importancia de éste hace, en ocasiones, que nos desentendamos por completo de aquella otra relación, cuyo interés entonces se oscurece: v. gr., en las grandes catástrofes ó en los hechos heroicos. Cuando un hombre se ahoga, ó se expone á ahogarse por salvar á otro, no es ocasión en verdad para mirar si lo ha hecho con gracia, pese al gladiador antiguo. Pero esto no obsta para asegurar que el concepto que nos ocupa se refiere tan sólo á actos externos.

Como caracteres ahora de las buenas maneras, si no únicos, al menos principales, pueden señalarse tres: la libertad, la dignidad y la gracia. Según que cada una de estas cualidades predomina, son aquéllas, ora sueltas, fáciles, naturales; ora nobles, graves, severas, ora amables, elegantes, atractivas; distinción que así se observa entre los individuos como entre clases, pueblos y hasta razas. Por ejemplo, las buenas maneras en Inglaterra consisten, sobre todo, en mostrar aquella posesión y seguridad de sí mismo, que no se desconcierta, ni turba, ni asombra por la novedad del accidente, por la fortuna adversa ó la propicia; procurando templar y contener siempre la expresión exterior de los movimientos del ánimo, concentrado en sí propio, sin transparenter sus pasiones y aspirando á un ideal que, si uniera á la nobleza la gracia, sería digno del Olimpo griego. De aquí la fácil prevención de ese ideal en afectada rigidez y frialdad

estudiada, y en un abuso del *nihil mirari*, que da frecuente ocasión para que ejerciten su ingenio nuestros vecinos los franceses. Entre éstos, por el contrario, la gracia prepondera, degenerando también en ocasiones hasta caer en la febril movilidad y eterna mueca de la coquetaría, con que parodian la sonrisa las modernas Aspasia; donde á su vez toman pie para sus burlas cuantos luego se obstinan *opportune et importune* en imitarlos.

Á estos dos elementos, se une, como hemos indicado, el de la soltura, sencillez y naturalidad de las maneras, primera base y supuesto esencial de toda amistad y hasta de toda espontánea comunicación entre los hombres. Cuanto hay que reformar en este punto los deplorables sistemas de educación reinantes, se advierte al considerar que de ellos salen dos clases de hombres. Unos, encogidos, criados, como Segismundo, fuera del trato de gentes; que luego repugnan adquirir, en un aprendizaje más ó menos laborioso, los hábitos cuya enseñanza debieron recibir en mejor tiempo, y en quienes la timidez, la sobrestima de su personalidad, agigantada en un eterno monólogo, y el terror al ridículo ante la revelación de su ignorancia, se confunden en esa misteriosa cópula, donde se engendra el terrible carácter del misántropo. Otros, por la inversa, desvergonzados y atrevidos, cuya osadía no conoce barreras y de los cuales, al fin y al cabo, es el triunfo, siquiera por el momento—que es para ellos lo importante,—porque luchan, y piden, y arrebatan; sin aguardar, en el aislamiento sublime del Estilita, á que la humanidad, movida de maravillosa inspiración, venga á arrebatarnos de súbito por que no se esterilicen méritos que, muchas veces, distan de exceder á los de sus aventureros, cuanto afortunados rivales.

Si quisiéramos traducir el concepto que nos ocupa en una exposición donde se resumen los tres caracteres que acabamos de indicar, diríamos que «buenas maneras» equivale á «bellas maneras», frase que ya los franceses usan (*belles manières*) con perfecto derecho. En efecto: la libertad y la dignidad, en sí mismas, no son meramente categorías estéticas; pero adquieren este sentido, aplicadas á las maneras y unidas con la gracia, cualidad fundamental de la llamada «belleza sencilla», para distinguirla de la sublime, ó bien (tratándose de la vida individual en sus luchas con los accidentes sociales y de la naturaleza) del momento trágico, del cómico y del dramático, en que ambos se conciertan, viniendo á desarrollar la primera unidad indiferente en la plenitud y riqueza de sus oposiciones interiores. Las maneras, ya en su concepto, ya en su evolución histórica, mediante la moda, pertenecen al orden estético de la vida humana. Esto es lo que nos parece haber desatendido Mr. Spencer, cuando pretende buscar por otros caminos la característica de un concepto que sólo en esta esfera puede hallarse. Así, las buenas maneras se refieren al modo de manifestar bellamente nuestra personalidad al exterior; sin que altere esta idea en lo más mínimo la circunstancia de que contemplan ó no otros hombres dicha manifestación; esto es, que aparezca en nuestras relaciones con nosotros mismos, ó en el consorcio social con los demás. Por eso, en todos los tiempos y países, desde los pueblos más salvajes hasta los más civilizados, el legislador de las maneras ha sido siempre el «buen gusto», ó—para hablar con mayor propiedad y libertar á este concepto de su vaguedad indefinida—el sentido de la belleza, el sentido estético, según las condiciones que en cada época y lugar determinan las ideas é ideales;

los sentimientos, las tendencias del espíritu en esa esfera de la vida humana. Por esto también, cuantas reglas ha dictado ó pueda escribir ese legislador en el código de las buenas maneras, son otros tantos preceptos estéticos, más ó menos acertados, sin duda, pero dirigidos constantemente á procurar una bella apariencia en todos nuestros actos externos, desde los más importantes á los más triviales y humildes.

Bastaría considerar, como ejemplo de esta afirmación, aquellos preceptos relativos al modo de comer que no nacen de la higiene, y que son los verdaderamente comprendidos en las buenas maneras. En todos ellos encontraremos el fin de imponer ciertas formas agradables á las diversas funciones exteriores de esta complicada operación, ó el de evitar alguna de las infinitas cosas ingratas de ver que en ellas se cometen, cuando menospreciamos ó desconocemos ese código, no siempre tan despótico y absurdo como Mr. Spencer imagina. Debe insistirse, por supuesto, en distinguir entre las reglas del buen gusto y las de la higiene, relativas siempre unas á otras, en cada tiempo, aquéllas al ideal y carácter de la fantasía; éstas, al grado de adelanto de la fisiología, bromología y demás ciencias de nombre más ó menos bárbaro. Por ejemplo: la costumbre de comer pescado con el tenedor, sin ayuda del cuchillo, no se ha introducido por mero capricho irracional, como piensa el distinguido escritor inglés; sino por una idea, cuya exactitud no discutimos ahora (doctores tiene la Iglesia), á saber: la de que el acero, merced á ciertas reacciones y combinaciones químicas, da mal gusto á aquel manjar. Y si esta costumbre ha sido derogada, v. gr., para aquellos pescados que por su poco grueso no se prestan á una fácil disección con el tenedor, ó cuya dureza de huesos reclama el uso de

instrumentos cortantes (que pueden estar además forrados de una hoja de plata ú otro metal químicamente inofensivo), esto en nada contradice aquel uso, fundado en una idea, con la cual desaparecería ciertamente, tan luégo como ella resultase inexacta. Por otra idea análoga se revisten también de plata ú oro los cuchillos para partir las frutas, y se hacen mil y mil cosas más, que á Mr. Spencer parecerán otras tantas diabluras y rarezas.

Por el contrario, el uso de servirse á la par del tenedor y el cuchillo para las carnes, tiene un carácter mixto: pues obedece, ya al fin de conservar más tiempo en la masa el jugo y el calor, ya al de evitar el desagradable espectáculo de un cuchillo grasiento, enrojecido y sucio, apoyado en el borde del plato, ó sobre esos execrables aparatos *ad hoc*, ó lo que es peor todavía, sobre el mantel: porque la suciedad es una cosa enteramente relativa en su aplicación; y el cuchillo, que no puede llamarse sucio mientras se halla sirviendo, lo está, sin duda, desde el momento en que terminan sus funciones (1).

Dejemos ya esta digresión, motivada por un ejemplo de Mr. Spencer y que lo es, á su vez, de una verdad insignie, la cual no debiera con tanta frecuencia olvidar el ilustre escritor; á saber: que el mundo no está gobernado por el accidente, sino por las ideas.

(1) Muchos otros casos podrían citarse de este carácter del concepto de la suciedad: un plato con manjares no está sucio hasta que se acaba de comer en él; como no lo está la platina del microscopio llena de polvo, si se ha dejado que éste se deposite en ella con objeto de estudiarlo.

III

Aunque de la exposición precedente resulta cuál sea la relación de nuestros actos exteriores con las maneras, que no se refieren, pues, al contenido de dichos actos, sino á su forma, considerada en sí misma, pudiera á veces parecer que aquel concepto se extiende también á ese contenido. Tal aconteció con los actos en que se atestiguan y consagran los respetos exteriores de unos hombres á otros, ó á las instituciones sociales (v. gr., religiosas ó políticas), ó á ciertos símbolos, como la cruz entre los cristianos. Así, por ejemplo, que una persona salude ó no en determinadas circunstancias; que ceda un lugar preferente ó se apodere de él sin miramiento alguno; que guarde, en suma, ú olvide esta clase de consideraciones, son hechos que suelen incluirse entre las maneras, no por el modo, sino por lo que en ellos se hace ú omite, por su fondo. Ahora bien: si es así, aquel concepto comprenderá dos órdenes sumamente distintos: uno, el de las formas estéticas de manifestar nuestra personalidad al exterior: otro, el de esos testimonios de respeto, urbanidad y cortesía; y en este caso, para exponerlo, sería preciso reducirlo á unidad, inquirendo el principio común de ambas aplicaciones especiales. Pudiera acontecer que á la inversa, aquella dualidad no existiese; y entonces una de esas dos especies tendría que excluirse del concepto ó subsumirse en la opuesta.

La verdad es que, en la vida común, merced á la vaguedad é indiferencia conque usamos las palabras en relación con las ideas que significan, la frase <bue-

nas maneras» representa una pluralidad de elementos que debe desentrañar quien pretenda establecer su unidad de sentido: unidad que, después de todo, no puede menos de llevar en el fondo la palabra, sólo que oscurecida y comprometida por la equívoca indefinición con que se extiende de unas cosas á otras por analogías y relaciones más ó menos internas. Así es como buenas maneras, urbanidad, modales, etcétera, etc., se confunden en el uso vulgar y pasan por equivalentes, siendo así que expresan ideas perfectamente distintas. Por ejemplo, las primeras, según las consideraciones precedentes, corresponden al carácter estético de nuestros actos externos; la segunda, al hábito de las prácticas de la vida civilizada (civil, urbana, contra rústica), esto es, de observar los límites y respetos sobre que descansa toda frecuente comunicación entre los hombres, en cuanto miembros de un todo social, en el que necesita la persona guardar su puesto y dar á cada uno el que le pertenece. Esta relación de convivencia se despliega en las de independencia mutua, solidaridad y jerarquía y no aparece en el individuo aislado, aunque ya tiene en él cierta raíz, cuyo estudio no es ahora ocasión de emprender. Un sentido análogo tienen también las palabras «cortesía», «política» y otras, derivadas de raíces semejantes (de «corte» y πολις, respectivamente). Por lo que toca á los «modales», se refieren á las maneras como la parte al todo, pues denotan un orden especial de ellas, á saber: el de las maneras *en los ademanos*.

Despejar esta ambigüedad en que necesariamente declina todo concepto en el uso diario, y merced á la cual confundimos aquéllos que poseen algo de común; transformarlos, de vulgares, relativos é inseguros, en reflexivos, racionales y firmes, es la primera exigen-

cia de toda indagación, mediante la cual se aspira á definirlos. Contra esta exigencia ha pecado Mr. Spencer—sea lícito afirmarlo. En efecto, si su ensayo despierta un mundo de pensamientos por la fecundidad y riqueza de sus puntos de vista, y si á esto mismo principalmente se debe la posibilidad de reconocer, y aun de rectificar cualquiera falta que inadvertidamente en él se haya deslizado, su atenta lectura muestra cómo el concepto de que tratamos no se halla distinguido con suficiente precisión para salvar el límite que separa el conocimiento vulgar del propiamente científico.

Justamente, esa vaguedad de las ideas en el uso diario es causa de un fenómeno que en esta de las buenas maneras se ofrece.

Hasta hoy, dicha idea parece como que ha venido oscilando entre las dos acepciones arriba señaladas, ya inclinándose al sentido de observancia de los respetos sociales, ya al de la forma estética de nuestros actos externos. Desde que en la vida social comenzó á imperar un ideal espiritualista, que menospreciaba: más ó menos abiertamente, los elementos sensibles, las personas graves han propendido en general hacia el primer extremo; los hombres frívolos, al segundo. Conténtase los unos con la nobleza y cortesía en su conducta, desdeñando cuidarse de cuanto en ésta se refiere á la bella apariencia, como asunto indiferente, secundario á lo sumo, cuando no un tanto afeminado é impropio de ánimos varoniles, á quienes sólo importa el fondo real de las cosas; mientras que, para las gentes subalternas que suelen dictar el código de los salones mundanos, este fondo, con sus relaciones íntimas, vale punto menos que nada (sabido es que las personas más *comm' il faut* no son siempre modelos de cortesía). Su ideal consiste en vestirse, salu-



dar, andar, pararse, presentarse y moverse en todas las direcciones de la geometría con aquella elegancia y distinción que exige el gusto de cada época, y que así puede ostentar un Rastignac ó un duque de Mora, como el más cumplido caballero. Verdad es que, aun esta palabra y el concepto que expresa, viven también sometidos á análoga evolución, según el criterio de la moralidad, y en general de la vida, en los diversos tiempos y países; ¡cuántas cualidades, por ejemplo, de las que enaltecían al poético paladín de la Edad Media conducen hoy derechamente á la terrible prosa del presidio! Considérense esos tipos sociales engendrados respectivamente por la fantasía popular, como «el bandido generoso» (el Diego Corrientes, v. gr., de la leyenda) y por el arte culto neo-romántico en el período álgido de su reacción, como el Carlos Moor, de Schiller: últimos herederos unos y otro de Cides y Bayardos. Hoy mismo, el hombre y el caballero distan harto de coincidir; y aun las virtudes de aquél son frecuente estorbo para que, gallardamente éste se luzca.

En el mundo clásico, el concepto de las buenas maneras quizá se mantenía en más justo sentido. El ideal de la vida helénica, que señala el radiante apogeo de aquella civilización, era, ante todo, un ideal estético. La belleza constituía el *primum movens* de aquellas instituciones, no sólo en Atenas — como suele afirmarse con algún error, — sino en Esparta, en Tebas, en Creta, en todas partes, cada una á su modo; desde el individuo al Estado, de lo máximo á lo mínimo, del nacimiento á la muerte, á la cual corrían *come a splendido convitto*, que dice el poeta, sin que desmayara en sus labios la serena sonrisa que aprendían de sus dioses, díganlo, si no, Sócrates y los héroes de las Termópilas. De aquí la grandeza y pode-

roso encanto de aquél ideal, no menos que sus vicios, y aun aquella misma vergonzosa decadencia del sentido estético (tan propenso á degenerar en cruel, cuando se sobrepone á los demás factores y usurpa el lugar del ideal íntegro humano), que pedía al gladiador en Roma lo propio que, diecinueve siglos después, pide en la *cristiana* España al torero: que prescinda de la realidad de su afrentosa situación y sepa luchar, y herir, y despedirse de la vida con gracia.

Y es que el gusto de lo bello oscila al compás de la civilización; asciende y declina con ésta. Al propio tiempo, y como una de sus esferas particulares, oscila igualmente el criterio de las buenas maneras, sujeto á caer hasta en las más estupendas aberraciones. En condenar éstas, tiene Mr. Spencer razón que le sobra; y el progreso continuo de la civilización, que va depurando el sentido general estético, va al par disminuyéndolas cada día, como va poco á poco acabando con ese complicado ceremonial, que tanto dificulta el trato y libre comunión entre los hombres. Pero no la tiene, repetimos, en considerar que las maneras ridículas, por ridículas que sean, carezcan de todo fundamento. En este caso, como en todo, la variación, la evolución, la moda — si se toma esta palabra en un amplio sentido — siguen la misma ley de la naturaleza de las cosas, cuya mudanza obedece siempre á la de las necesidades de la vida en sus diversos órdenes, según, á su vez, las circunstancias influyen para que las sociedades vayan cambiando su idea de la vida, y el ideal por tanto, conforme al cual entiende cada tiempo que deben hacerse las cosas. Así, pues, nada menos arbitrario. Cada sociedad y ciclo de naciones, cada pueblo, cada clase, cada individuo, y á su vez cada uno de estos varios sujetos en las diversas épocas de su vida, tiene una concepción diferente de las

buenas maneras, como la tiene de todas las cosas, sin excepción alguna.

El ideal de las maneras está, además, en cada momento, íntimamente enlazado con el de la belleza y el arte: lo cual, desde luego, se comprende, si aquél no es más que una aplicación de éste, á saber: el ideal estético en cuanto se refiere á la manifestación inmediata de la personalidad. Así, desde el modo de pronunciar, comer, saludar, vestirse, y demás actos análogos, hasta las más elevadas é independientes creaciones artísticas, la estética de cada civilización es toda de una pieza, por más que las causas del desarrollo especial de cada elemento retrasen el de unos, hagan adelantar el de otros, é impidan de esta suerte la rigurosa coincidencia de sus puntos de culminación. El estilo pseudo-clásico, lo mismo se apodera del tocado de las damas, que de las porcelanas de Wedwood, de los muebles de Jacob, los cuadros de David, las odas de Chénier, los discursos de Saint-Just, las recetas políticas de Mably, el cincel de Canova, el ceremonial de las Cortes, y la jerga de tapiceros y modistas.

El sentido estético desempeña en el mundo una función harto más importante de lo que suele creerse; y el *gusto*, indefinida denominación de ese sentido, debe considerarse por todos los hombres reflexivos como una de las primeras potencias dinámicas de la vida social. Ojalá que así se comprendiese y, en consonancia con esta concepción, se procurase cultivar con una atención reflexiva, al igual de los más graves factores de la educación y la cultura.

IV

Buen ejemplo de la importancia del elemento estético en la vida es lo que acontece con las diversiones.

Mostraba en cierta ocasión uno de nuestros escritores festivos (1), cómo la música, verdadero oficio y trabajo para el artista de profesión, podía ser recreo del empleado, del médico ó del comerciante, que con ella entretenían sus ratos de descanso. En esta observación se compendia por entero la que podríamos llamar teoría de las diversiones.

En el sentido de inacción, de cesación, de actividad, no hay descanso posible: el reposo absoluto es tan inconcebible en el hombre, como en el orden de la naturaleza. Descansar no es otra cosa que reparar nuestras fuerzas, fatigadas por una tensión excesiva, ora disminuyendo más ó menos nuestra comunicación con el mundo exterior, ora aplicándolas á un objeto diferente del que nos ocupa.

La vaga contemplación del hombre fantaseador, como la del *lazzarone* ú otros tipos análogos de holgazanería que tenemos más cerca, son ejemplo de aque-

(1) D. ANTONIO MARÍA SEGOVIA, en sus Conferencias dadas en la Universidad de Madrid en 1869 para cooperar á la educación de la mujer, iniciadas por el inolvidable D. Fernando de Castro. — La importancia, así como el carácter de las diversiones, han sido admirablemente expuestos por Doña Concepción Arenal en su Memoria sobre el *Empleo del domingo en los establecimientos penitenciarios* (*Bol. de la Instit. Libre* t. VIII págs. 193 y 210); Memoria á que tan extraordinaria acogida ha dispensado el Congreso Penitenciario de Roma (1885).

lla concentración en nosotros mismos, cuyo grado máximo es el sueño. Al segundo modo de descansar llamamos «divertirnos», con toda propiedad, por cierto, pues nos volvemos (del latín *verto*) de un objeto á otro. Nacen de aquí consecuencias importantes para el régimen de la vida, las cuales no cabe ahora desarrollar. Permítasenos indicar tan sólo la de que, absolutamente hablando, nada hay que pueda llamarse en sí mismo diversión ó recreo, sino únicamente en relación con el estado de nuestro ánimo y de nuestra actividad. Lo contrario suele imaginar el vulgo, para quien trabajar es hacer algo por obligación y sin gusto; divertirse, hacer algo por gusto y sin obligación: como si forzosamente hubiesen de andar, obligación y gusto, cada cual por su lado. Error es éste nacido del punto de vista que por desventura preside todavía á la elección y práctica de las profesiones sociales. Los más se abrazan comúnmente á ellas, no para consagrarse á realizar aquel fin determinado á que su vocación y sus aptitudes los llevan (sin que esto sea parte á impedir, por lo demás, la justa remuneración de sus servicios, á cambio de los cuales reciben los ajenos); sino como un simple medio para satisfacer las necesidades materiales de la vida, verdadero y principal estímulo que á su peculiar oficio los arrastra. Miseros siervos de él, gemimos bajo su insupportable pesadumbre; y hasta tanto que llega la hora solemne en que nuestras economías nos consientan emanciparnos, conquistando la libertad de «vivir sin trabajar», suprema victoria del hombre que así entiende el trabajo, es éste una carga, un deber, más ó menos duro de cumplir, penoso y desagradable.

Puede juzgarse cómo andarán las profesiones sociales, cuando el ideal de la inmensa mayoría de sus cultivadores es hacer en ellas todo lo menos que quepa,

lograr que esto se les pague todo lo más posible, y romper cuanto antes la dura cadena que les mantiene amarrados como viles galeotes: tres verdaderas herejías, con perdón de los economistas sea dicho. Y si todavía queremos prescindir de determinados oficios, v. gr., el del comerciante, el fabricante, el agricultor, considérese qué pasará cuando este criterio gobierna la conducta del sacerdote ó del científico. Y por cierto que á este punto conviene traer un ejemplo memorable. Un eminente profesor (1), como oyese los frecuentes lamentos de sus colegas contra lo exiguo de las dotaciones que el Estado, entre nosotros, asigna á tan respetable clase, solía responder: «Por mi parte, yo veo desde otro punto de vista la cuestión y me reconozco hombre de suerte, que tiene que agradecer á Dios mucho: ¡cómo me ha de parecer poco lo que recibo por mi cátedra, cuando yo habría dado toda mi fortuna por ella! La Providencia me ha permitido cumplir la más alta aspiración ideal de mi vida; y todavía me atreveré á regatear lo que me dan por añadidura» —¿Entendía éste las cosas al revés ó al derecho? Cada cual decida; mas parece fuera de duda que el hombre sólo es libre cuando trabaja según su vocación, y esclavo cuando deja á un lado la vocación y va tras de la paga: servidumbre ésta que la dura ley de la necesidad ha impuesto é impone todavía á tantos espíritus insignes.

Poniendo término ya á estas digresiones, queda á nuestro ver, subsistente que la diversión, en su genuino sentido, es también un concepto estético, como quiera que representa el goce causado por la aplicación de nuestra actividad de un objeto á otro, en el

(1) El malogrado D. JAVIER LLORENS, catedrático de Filosofía en la Universidad de Barcelona.

cual halla el descanso, plenitud, libertad, vigor, frescura, que le faltaban en su ocupación precedente. Pero, aun tomando la diversión en el concepto más usual, y en parte erróneo, según el cual hay determinadas cosas que, por sí mismas y en absoluto, merecen este nombre, como son: el paseo, los juegos, las artes, etc., etc., se confirma el carácter estético de la diversión. Pues el goce del teatro, ó la música, ó la pintura, ó el de la naturaleza en el campo, ó el de la agilidad corporal en su desarrollo saludable, ó el del baile, las fiestas y saraos de aparato, la conversación discreta, las combinaciones y cálculos sobre la destreza ó sobre el azar, y tantas otras cosas, difícil es dudar de que pertenecen al orden estético, del que son manifestaciones más ó menos importantes.

La cuestión de las maneras se enlaza estrechamente con la de las diversiones. Así, por ejemplo, conforme aquéllas van siendo más cultas y nobles, éstas son más íntimas, sencillas y elevadas y pierden en exterioridad y apariencia. Las fiestas públicas ostentosas, los colores enteros y crudos, el oropel, el estrépito, algazara y bullicio, los contrastes y peripecias extremadas, forman el encanto de aquellos pueblos, clases é individuos, todavía cercanos en el nivel de su educación á los tiempos del *ursus spelaeus*: considérese el éxtasis de los salvajes ante un puñado de cuentas de vidrio, ó el paroxismo de los españoles en las corridas de toros. En estas diversiones, mostramos todos siempre un *quid ferum*, cierta ferocidad, que se expresa de un modo inequívoco en nuestros gritos, aullidos, bramidos y demás expresiones de la fiera á medio domar, que tasca durante seis días el freno de la vida civil, para desbocarse el domingo y volver al estado salvaje porque eternamente suspiramos.

Á medida, por el contrario, que el hombre se refina y ennoblece, huye de toda orgía pública y privada; prefiere el café á la taberna, el *club* al café, y su casa al *club*; una de esas reuniones tranquilas que tan admirablemente pinta Mr. Spencer, y donde el espíritu produce en la intimidad sus más bellos y espontáneos frutos, á las grandes recepciones *á giorno*, donde no hay ojos, ni oídos, ni olfato, ni cerebro que puedan resistir los agrios estímulos con que se les irrita; abandona las novelas llenas de movimiento, incidentes, sorpresas, por aquellas en que «no pasa nada», salvo el soplo animador y sano de la vida; no necesita hallarse ante uno de esos paisajes llamativos, sorprendentes, fecundos en dramáticos contrastes y anotados con una (!) marginal en la *Guía* del turista, para sentir el poder, la majestad, la gracia y el encanto de la naturaleza; en fin, habla á media voz, ríe sin lastimarse el epigastrio, llora sin escandalizar á los vecinos, le gusta ver el sol desde la sombra y no llama á sus hijos «cachorros».

Si los progresos de la civilización y los de la guerra, en sus diversas formas, se hallan en razón perfectamente inversa, el ideal estético de la humanidad preponderará más y más cada vez hacia una tranquilidad sublime, y acaso halle en el porvenir el místico consorcio de la serenidad del genio helénico con toda la riqueza interior que en las entrañas del espíritu ha llamado á la vida la dramática historia que inició el Cristianismo. Demás de esto, la fuerza en oposición es inferior siempre á la fuerza en armonía, como la lucha á la victoria: como el hombre violento, al firme, sereno y comedido. Aquella se ve perturbada, contrariada, descuartada en su libre expansión por un antagonismo capaz de comprometer el logro de sus fines. Á esta, nada la detiene; todo lo

arrolla en su triunfal carrera, sin un sólo dolor y aun sin esfuerzo; los más grandes obstáculos se deshacen para ella, como la nube del poeta, «en viento y ruido vano», sin arrancarle siquiera una vulgar sonrisa de desdén; y al ritmo de su desenvolvimiento imperturbable, surge en la fantasía un no sé qué de omnipotencia, y se sobrecogen los ánimos con una impresión de majestad y de respeto.

Lo normal, lo saludable, lo conforme á su ley siempre es tranquilo; la agitación, la violencia, el contraste vienen, siempre de una perturbación, y son la enfermedad, cuando no también la ruína y la muerte. El hombre todavía encadenado en los limbos subalternos del ideal, halla insípido el grave compás de la evolución, y no acierta á entender su riqueza, como no siente el peso de la atmósfera, ni la circulación de la sangre en su organismo sano, y sólo toma gusto y sabor á la vida cuando las convulsiones de la fiebre hieren sus sentidos obtusos; entonces halla en el mundo animación, color y movimiento.

Pues precisamente en la preferencia de lo normal sobre lo llamativo, excepcional y extravagante, radica una de las más inequívocas señales de progreso para el espíritu que, lleno de idea y de poesía, sabe encontrarlas á su alcance doquiera en todos los momentos, lugares, circunstancias, desde la creación de los orbes al irisado microcosmos de una gota de agua. Á este espíritu, para el que nada hay mudo, prosaico, inerte, si sabemos verlo y sentirlo, es al que debemos agradecer el continuo embellecimiento de la vida doméstica, tanto más llena de encanto y de hermosura cuanto más se ennoblece la civilización, cuya luz, á medida que asciende en el firmamento, como que va extendiendo un rayo de gracia ideal hasta los últimos pormenores de las relaciones usuales y dia-

rias; con esto al par se arruina aquel antiguo empeño romántico, que desdeñaba, por vulgar, el espectáculo de la salud, de la normalidad y de la ley, y hallaba en la enfermedad, y hasta en la teratología, la poesía; en la excreación de la sociedad y la cultura, la señal del amor á la naturaleza; y en el desprecio de los más sagrados principios, la de un espíritu superior, incapaz de avenirse á los estrechos canones de una moralidad rutinaria y prosaica. Gracias á Dios y al progreso de la civilización, vamos enviudando poco á poco de Julias y Manfredos, de Lelias y Quasimodos, de Gwymplains y Violetas.

Cualquiera observará que, en todas las relaciones de la vida, la afición á las cosas extraordinarias es tanto mayor cuanto menor es el gusto que ponemos en las usuales y comunes. Las gentes que de ordinario no pasan el umbral de los templos son las que se apresuran á fundirse en esas «bullas macizas», que dice un amigo mío, tan luego como barruntan una función religiosa aristocrática ó democrática, pero excepcional y solemne. El ejemplo de familias que para nada se ocupan de su pésimo modo de vivir y tiran luego, «en las ocasiones», la casa por la ventana para dar una fiesta suntuosa, ó tienen en perpetuo y cristiano semi-ayuno á su cuerpo, para exponerle á morir ahito en esos días clásicos, en que es deber inexcusable de cariñoso afecto esforzarse por alcanzar el goce de una indigestión colectiva, se multiplica en todo género de relaciones y es característico de un grado de civilización rudimentario. Y á la inversa: cuando el hombre procura vivir con cuanta comodidad, refinamiento y holgura le consienten sus medios, poniendo en todo ello verdadero arte y gozando del infinito encanto que doquiera se ofrece al espíritu culto y bien sentido, huye discretamente en

busca de placeres más saludables y de mayor substancia; dejando esas fiestas extraordinarias, suntuosas, indescriptibles, orientales, magníficas, que comprometen las fortunas, favorecen la del médico, perturban el ritmo y compás de la vida, fatigan y estrañan con la grosera acumulación de toda clase de prodigalidades, y que allá, en tiempos todavía remotos, cuando esté civilizada Europa, será necesario ir á buscar en Calcuta ó el Cairo. En buen hora el marqués y el banquero, y el lord, y el diplomático, y el turiferario periodista abran en ellas atónitos sus labios hasta modelar el círculo perfecto de una admiración incomparable, y alimenten su fantasía revolviendo el *foie gras*, y las luces, y las condecoraciones, y las libreas, y los dorados, y el champaña, y los espejos, y las mujeres á medio vestir, y las conversaciones insípidas... El hombre que ha llegado, á fuerza de fuerzas, á adquirir el bien inestimable del sentido común—el más raro de todos, según un novelista—calcula que con el presupuesto que para aburrirse en una de estas fiestas consumiría su familia en trajes, tocados, joyas, guantes, coche y demás menudencias, puede pasar una semana en Toledo, ó en el campo, despertando en su alma las ideas á bandadas, como palomas en bosque frondoso, y enriqueciéndola al amor de la naturaleza y del arte.

De esas ruidosas fiestas, y sólo de ellas, es de las que ha debido decir Leopardi «que tienen lunes»; las del espíritu son eternas. Su goce, siempre real y bienhechor, si se anticipa con las esperanzas de la víspera, también se prolonga con un recuerdo infinito, cuyo encanto dura hasta la muerte.

V

No dista mucho, ciertamente, todo este último orden de consideraciones de las que, con análogo propósito, hace Mr. Spencer, cuyas admirables páginas despiertan vivísimo interés al censurar las preocupaciones reinantes en una esfera de la vida, tan necesitada de apremiante reforma. Mas ¿cómo promover ésta? Aquí, por desgracia, vuelve á ser difícil asentir á las opiniones del pensador británico.

Juzga él, con efecto, que para el fin de concluir con las falsas maneras, contrarias y aun perjudiciales á las nuevas necesidades de la vida, el procedimiento de la protesta individual, por perseverante que se le suponga, es insuficiente. Los esfuerzos aislados se pierden en la masa de la común rutina, estrellándose contra infinitos obstáculos, que acaban por desalentar aun á los más intrépidos. Los necios forman, dice, una mayoría tan respetable, que arrastra á los advertidos y sensatos. El mejor camino y el más eficaz sería el de una liga constituida para promover la reforma, una especie de «protestantismo» organizando contra la tiranía de los usos sociales.

Á nuestro entender, padece Mr. Spencer en esto una ilusión, de que participa grandemente en muy otras materias, como son el derecho y la política, á saber: la de reputar superior la eficacia de las formas externas, rápidas y declarativas, v. gr., de la ley en el orden jurídico, á las lentas, consuetudinarias é interiores. Por lo demás, achaque es éste muy propio de tiempos en que una pertinaz candidez, á prueba de crueles desengaños, imagina cambiar el ser de los

pueblos á fuerza de revoluciones é improvisar su educación por medio de decretos.

La acción expresa, oficial y solemne, es harto más visible que la del organismo entero en su gradual evolución: de aquí el error de los que ven mejor las apariencias que el fondo de las cosas. Pero el fin de esa acción reflexiva, necesaria siempre á la vida de las sociedades en sus varias esferas, no es iniciar el impulso, sino recibirlo, purificarlo, condensarlo con arte, obedeciendo á la energía primordial y suprema, que es siempre la del todo. Por concebir de un modo inverso esta relación entre el Estado y sus magistraturas, entre la Iglesia y el clero, entre la ciencia y las Universidades, entre la sociedad, en suma, y sus instituciones, en odio al opuesto absurdo de la democracia inorgánica, ha dividido el doctrinarismo á los hombres en gobernantes y legos, confiscando el poder y aun la soberanía en los que sólo debieran ser sus fieles órganos, consagrados á formular idealmente las tendencias que se van despertando en las entrañas de los pueblos. Y ese poder, que engañado por las apariencias, se arroga una dictadura contraria á sus funciones, pugna en vano por alcanzar sus fines, é inventa Constituciones y Códigos que, apartados de la inspiración social, jamás alcanzan los honores del derecho verdaderamente real y positivo.

En cuanto al género de relaciones á que Mr. Spencer se refiere, el procedimiento racional parece ser otro. Si es cierto (contra lo que á veces él indica) que nada vive en el mundo, instituciones, usos, lengua, leyes, traje, sino mientras halla su raíz en la conciencia de la sociedad, de que todo ello es manifestación exterior, no es contra ésta contra lo que debe dirigirse la actividad reformista, sino contra las ideas, aspiraciones, sentimientos, donde radica el germen

que conviene extirpar. El hombre rutinario, aunque esté convencido de los inconvenientes del sistema en que vive, aguarda impasible en la complicidad de una servil pereza á que «el tiempo» vaya destruyendo los absurdos, cuya desaparición tal vez quiere, pero á cuya perpetuidad colabora; mientras que el revolucionario pretende destruir el mal en un instante, y deja intacta su fecunda semilla. El buen sentido manda atacar el vicio allí donde tiene su principio más hondo, y esperar de un esfuerzo continuo, animoso y paciente el fruto lento, pero seguro, que por otro camino siempre falta.

Más, mucho más que una «liga» para abolir tal ó cual prenda del traje ó tal cual uso, indebidamente comprendido ya en el código de las buenas maneras, hará siempre el pensador que, siguiendo las huellas de Mr. Spencer, consagre su inteligencia á investigar la naturaleza del mal que intenta corregir, las causas que le dieron origen, las que todavía lo mantienen y los medios de destruirlo; hallando la nueva fórmula que satisfaga al par á la razón y á las necesidades de los tiempos, que en definitiva no son cosas distintas.

Como ejemplo de la ineficacia de todo movimiento prematuro, dirigido contra la superficie de las cosas y encaminado á organizar la resistencia á determinados usos sociales, tenemos en España la célebre cruzada «del hongo», que ha quince años ilustró con su iniciativa un orador memorable (1). A pesar de enorgullecerse aquella liga con respetables adhesiones, por calidad y cantidad, su empuje se estrelló en esa impotencia y ese ridículo á que Mr. Spencer cree sólo expuestos los esfuerzos individuales aislados. Cuando muchos años después de extinguido y hasta olvidado

(1) DON SALUSTIANO DE OLÓZAGA.

aquel movimiento abortivo, causas muy complejas han venido á modificar en esta parte las ideas y el gusto, el sombrero hongo se ha ido generalizando rápidamente en nuestro país entre toda clase de personas y limitando el imperio de su rival, cada vez menos afortunado; sin que nadie dude de que la antigua cruzada, lejos de haber servido á este fin, comprometió gravemente su logro.

Ya hemos dicho antes cómo el frac se sostiene y hasta cuándo se sostendrá, ó un traje análogo, pese á la estética, y á la comodidad, y á todas las demás potencias que pueda invocar Mr. Spencer. Pues este ejemplo se multiplica en todas las relaciones á que el distinguido escritor quisiera llevar impaciente la reforma. ¡Cosa extraña! Que sea al autor de la *Sociología* á quien haya que recordar que todo fenómeno social reconoce una causa, y que la evolución tiene sus leyes. Tan infiltrado se encuentra en el espíritu contemporáneo el arbitrarismo, con su inevitable escuela de la casualidad en la historia y de la omnipotencia de la acción exterior y tónica, que pocos se salvan del contagio; y aun del más esforzado evolucionista puede decirse, á pesar de todos sus juramentos, lo que del poeta de los *Tristes*:

Quidquid tentabat dicere versus erat.

FRANCISCO GINER.

HERBERT SPENCER

I

Es cosa de averiguar hasta que punto, para escribir con éxito un libro sobre la educación, necesita un autor ser él mismo profesor, haber adquirido en el ejercicio de la enseñanza una competencia profesional. El ejemplo de Rousseau ya nos lo ha hecho ver: por útiles que sean la práctica y la experiencia personal, un filósofo puede prescindir de ellas para componer un admirable tratado sobre el arte de educar al hombre. No es absolutamente indispensable haber subido á una cátedra, haber dado clase, para ser capaz de determinar las grandes leyes de la instrucción y de la educación. Otros más que Rousseau—Montaigne, Fénelon, Locke, para no citar sino éstos,—se han revelado educadores sagaces sin haber sido por ningún título «profesionales» de la educación. Hasta podría uno arriesgarse á sostener que hay, para un escritor pedagógico,

ciertas ventajas en penetrar en su asunto con un espíritu libre y fresco, por decirlo así, que no sea «el espíritu de cuerpo», á quien no embaracen, ni las tradiciones por largo tiempo obedecidas, ni los prejuicios de escuela, que, en fin, no se vea inclinado por la fuerza de la costumbre á reverenciar como otros tantos artículos de fe, como verdades intangibles, los métodos y los procedimientos á los cuales le ha ligado una larga é íntima fidelidad.

Es necesario á un profesor, á un «scholar», cierto heroísmo para desechar el sistema de estudios en servicio del cual ha empleado sus fuerzas y ocupado su vida. El hombre de oficio tiene, por otra parte, absorbida su atención por las particularidades y los detalles de la práctica; sumergido, como «el buen Rollín» en las dificultades de la aplicación, no tiene, ni el tiempo, ni siempre la fuerza de espíritu necesaria para elevarse á los altos problemas que domina el asunto. Ve seguramente las cosas con mayor precisión, estudiándolas desde más cerca; pero el teórico, por poco filósofo que sea, las ve desde más alto, y si está expuesto á extraviarse en concepciones falsas que la experiencia no ha comprobado ni verificado, se halla mejor preparado para interpretar las verdades generales que escapan al limitado alcance del práctico.

El ejemplo de Herbert Spencer, que, también como Rousseau, es simplemente un pensador teórico, va á mostrarnos, en su célebre ensayo

sobre *La educación intelectual, moral y física* (1) cómo la inexperiencia profesional, aun siendo siempre enojosa, puede compensarse y recobrase en parte por la fuerza de reflexión de un grande y vasto espíritu, que ha abordado todos los problemas del mundo físico y del mundo moral.

Sin duda, habrá en él reservas importantes que hacer, y, cualquiera que sea nuestra admiración por el ingenioso y seductor trabajo de Herbert Spencer, no le escatimaremos las críticas (2). Pero sus ideas, aún las más sistemáticas

(1) *La Educación intelectual, moral y física*, no es un libro propiamente hablando. Es una recopilación de artículos, que reunió el autor en 1861, para publicarlos en un volumen. El primer capítulo, *What Knowledge is of most worth*, había aparecido en 1859, en la *Wesminster Review*; el segundo, que es el más antiguo, *Intellectual Education*, en 1854, en la *North British Review*; el tercero y el cuarto, *Moral Education* y *Physical Education*, en 1858 y 1859, en la *British Quarterly Review*. Como composición, confiesa el autor, no es el ideal, pero «el todo forma un conjunto relativamente aceptable».

(2) Es decir, que no podríamos asociarnos de ningún modo á los juicios opuestos é igualmente excesivos en su favor ó su disfavor, que han vertido sobre el ensayo de Spencer dos filósofos franceses, los señores Bertrand y Thamin. El primero, en el *Prefacio* de su traducción, dice que es inútil discutir en detalles teorías «que se aceptan casi sin reserva alguna». El segundo, que el libro de Spencer es «una inconsecuencia y una inutilidad». (*Educación y positivismo*, pág. 106).

y las más absolutas—y acaso éstas sobre todo—merecen ser conocidas, y suscribimos con gusto el juicio de un distinguido pedagogo americano, el señor W. H. Payne, profesor de la Universidad de Michigán, que escribía en 1886: «El libro más útil y el más profundo que haya sido escrito sobre la educación desde el *Emilio* de J. J. Rousseau, es seguramente el ensayo de Herbert Spencer».

En el conjunto enorme de su obra científica, á la cual dedicó su existencia y consagró medio siglo de trabajo, el opúsculo de Spencer sobre la educación parece que debe tener poco valor. ¿Qué son esas doscientas páginas donde establece someramente los principios esenciales de la educación intelectual y de la disciplina moral, frente á los millares y millares de páginas en que el mismo escritor nos ha presentado el sistema del universo, en que ha explicado y definido la naturaleza bajo todas sus formas, en sus orígenes, en su evolución y su crecimiento, sin dejar de anunciarnos el porvenir y la disolución futura? Es como un islote perdido en la inmensidad de un océano de pensamientos. Y no me sorprendería que Spencer mismo considerase como una cantidad relativamente despreciable esa obra rápida de sus comienzos—casi una obra juvenil,—ese pequeño libro que parece hacer pobre figura junto á los diez poderosos volúmenes en que el positivista inglés, dejando muy atrás los seis tomos del *Curso de filosofía positiva*, de Augusto Comte, ha formulado

sucesivamente los *Primeros principios*, los *Principios de biología*, los *Principios de psicología*, los *Principios de sociología* y, por último, los *Principios de moral*; abriendo así sobre la universalidad de los fenómenos la más prodigiosa investigación jamás intentada y realizada por una inteligencia humana.

No obstante, de todo lo que ha pensado, de todo lo que ha escrito Spencer, lo que ha contribuido á ilustrar y á popularizar su nombre, á lo menos en el extranjero, es ese breve bosquejo de una teoría de educación racional. El éxito de esta obra repercutió en todas partes: en Francia sobre todo, donde diversas traducciones han tenido una decena de ediciones;—la primera se publicó en 1878, en momentos que iba á empezar la renovación de nuestras instituciones escolares. De todas las obras del autor, es la que acaso tiene más probabilidades de sobrevivir, pues las hipótesis filosóficas tienen, por lo común, destinos efímeros, y, en el naufragio de los sistemas más laboriosamente levantados por un filósofo, solo algunos grados de buen sentido y de verdad familiar, arrojados negligentemente con mano pródiga, son los que á veces sobrenadan solos, y los que la posteridad recoge religiosamente como una preciosa reliquia.

No por esto creemos que la composición de la *Educación* no haya sido más que un accidente en la vida científica de Spencer, la distracción pasajera de algunas horas de descanso. La prueba de que comprendía la importancia capital de

este asunto, es que se ha ocupado de él muy á menudo en el curso de sus publicaciones.

Á más, ¿no es evidente, que un psicólogo, un sociólogo, como Spencer, que no es un sabio de pura especulación, dispuesto á encerrarse con indiferencia egoísta en su torre de marfil; que, por el contrario, ha examinado apasionadamente los secretos de la naturaleza para sacar de ellos consecuencias prácticas; que ha querido conocer la humanidad á fondo sólo para contribuir á su felicidad, no podía desinteresarse de la solución de un asunto en que está empeñado en parte el porvenir de los individuos y de las sociedades?

Es inútil que la naturaleza se le presente como el resultado de las leyes fatales de la evolución, la obra de «una necesidad benéfica», como dice él: no por eso ha comprendido menos que la educación, es decir, el esfuerzo humano—esfuerzo doble, puesto que supone á la vez la acción del maestro y del discípulo,—tiene que reivindicar un sitio en la estrecha red del determinismo de las leyes de la naturaleza; que la humanidad, guiada en la marcha necesaria de su desarrollo por las voluntades inconscientes de la herencia y de la evolución, tienen, sin embargo, el deber—lo que supone el poder—de gobernarse por sí misma, de instruirse á fin de contribuir al adelanto del progreso; que, en una palabra, la naturaleza no podría prescindir enteramente de la ayuda de las voluntades humanas, mejor ilustradas sobre el fin que se ha de

alcanzar y sobre los medios que se han de emplear. De suerte, que el libro de la *Educación* se nos presenta como un homenaje, voluntario ó involuntario, que el filósofo de la evolución y de sus leyes necesarias ha rendido—al precio, quizá, de una contradicción—al poder de la libertad humana.

No es este el lugar de exponer, ni aun sucintamente, el *Sistema de filosofía sintética*. Sólo para resumirlo, un discípulo de Spencer, el señor J. Howard Collins, ha redactado un volumen de más de seiscientas páginas. Toda pedagogía implica sin duda una filosofía; y tendremos ocasión, en adelante, de indicar en qué se relacionan las ideas pedagógicas de Spencer con sus concepciones generales, con la teoría de la evolución tal como él la ha entendido, con su moral y su sociología. Notemos sin embargo que el ensayo sobre la *Educación* data de una época en que Spencer ensayaba y entreveía solamente las grandes líneas de su sistema, cuya elaboración no empezó en realidad sino hacia 1854. El primer volumen de la *Filosofía sintética* no apareció hasta varios años después, en 1866. Para aprovechar las reflexiones de Spencer sobre la influencia educadora de la ciencia, sobre la eficacia de las lecciones de cosas, sobre la disciplina de las reacciones naturales, no es por tanto en modo alguno necesario haberse familiarizado con la terminología técnica, propia de su modo de filosofar. No se trata aquí, ni «de diferenciación», ni de «integración», de «segregación», ó

de «equilibración». Nada recuerda en las páginas luminosas de la *Educación*, las fórmulas complicadas, forzosamente obscuras para los profanos, que sirven de conclusión á los *Primeros principios*; ésta, por ejemplo: «La vida es una combinación definida de cambios heterogéneos, á la vez simultáneos y sucesivos, en correspondencia con coexistencias y secuencias externas»; ó también: «La evolución es una integración de materia, acompañada de disipación de movimiento, durante la cual la materia pasa de una homogeneidad indefinida, incoherente, á una homogeneidad definida, coherente, etc». Cuando, al comienzo de su larga carrera, Spencer se distrae un momento de sus investigaciones puramente científicas para hacer, desde el punto de vista de los estudios escolares, la apoteosis de la ciencia, ha querido ser inteligible á todos, y su libro, que no es un fragmento de su sistema, que en muchos puntos es completamente independiente, se distingue por la claridad de las ideas, no menos que por la lucidez del estilo y la facilidad vigorosa del razonamiento.

Más, si no importa—lo que sería por otra parte imposible aquí—iniciar á nuestros lectores en el detalle de las especulaciones de Spencer, no sería inútil, antes de entrar en el examen de su obra pedagógica, entablar conocimiento con el obrero, con el hombre, con las tendencias generales de su espíritu. Este será el medio de comprender cómo fué llevado á ocuparse de la cues-

tión de la educación, y bajo qué inspiración la ha tratado.

Su larga vida, consagrada toda entera al estudio, es breve de referir. Es la vida homogénea de un sabio que nunca hizo otra cosa que trabajar y pensar. Ninguna ocupación ó cuidado extraño pudo desviarlo de lo que él consideraba como su misión en el mundo. Ni aún consintió en aceptar honores académicos, y rehusó, por ejemplo, el título de corresponsal del Instituto de Francia, que le ofrecía, hace algunos años, la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Los únicos acontecimientos, por decirlo así, que marcan los años monótonos de una vida fecunda en trabajos, son la publicación sucesiva de las diversas obras que componen el monumento elevado por Spencer á la ciencia y á la filosofía. Son también, desgraciadamente, las crisis de enfermedad que varias veces han amenazado ó interrumpido enteramente el esfuerzo de su pensamiento, paralizando su cerebro extenuado de fatiga. Desde 1855, joven aún—puesto que nació en 1820—sentía los primeros ataques del mal, y, después de un reposo absoluto de dieciocho meses, no podía trabajar sino tres horas por día. Conoció horas de abatimiento, sufrió contrariedades, cuando, como él lo confiesa, publicaba libros que «no cubrían sus gastos», y recogía «más gloria que dinero».

¡Cuántas veces, sobre todo en 1886 á 1890, en un período de agotamiento nervioso y debilitamiento completo, desesperó de poder terminar

la obra colosal que no acabó hasta 1896...! Es un grito de satisfacción el que lanza, cuando en esa época, «inválido de setenta y seis años», publica su último volumen. «El sentimiento principal que experimento, dice, es el de estar redimido, libertado de mi tarea...» Él, que tan á menudo ha protestado con elocuencia contra la postración debida á las fatigas cerebrales, fué su primera víctima. Como más de un hombre de genio, ha sido la prueba de que la debilidad física no es siempre un obstáculo al vigor del espíritu. ¿No sucedía lo mismo con su ilustre compatriota Carlos Darwin, autor del *Origen de las especies*, que según el testimonio de su hijo, «uno de los principales rasgos de su existencia fué que, durante cuarenta años, Darwin no tuvo jamás un solo día de salud como los demás hombres»? De Spencer, como de Darwin, se puede decir que la vida de estos grandes trabajadores «ha sido un largo combate contra la fatiga y la enfermedad».

Spencer no era de los que ostentan su yo. Como el sabio, ha ocultado su vida, mientras que Rousseau ha publicado la suya, con los detalles más íntimos y menos confesables. Sabemos poca cosa de su juventud. No ha contado, como Stuart Mill, los incidentes de su primera educación y de la formación de su espíritu. Sin embargo, nos dice lo suficiente para poder descubrir en los movimientos de su joven espíritu, el germen de su vocación futura, de su inclinación apasionada por la investigación científica,

de su predilección por el estudio de las cuestiones morales y sociales. En su propia familia no le ha faltado estímulo. Uno de sus tíos, el reverendo Tomás Spencer, pastor de su pueblo, parece haber sido un hombre de iniciativa, un filántropo, un amigo de los pobres, preocupado del bienestar de sus conciudadanos, pues en la aldea donde ejerció durante veinte años su ministerio, había fundado una escuela, una biblioteca popular y una sociedad para la provisión de ropa.

Nada se pierde en el mundo, y los ejemplos de los ascendientes suscitan las ideas y los actos de los descendientes. Por otra parte, no es dudoso que Spencer heredó de su padre el gusto por la observación y el amor por las ciencias de la naturaleza.

En efecto, éste, modesto profesor en la pequeña ciudad de Derby, era desde 1814, seis años antes del nacimiento de su hijo, secretario de una sociedad de amigos de la ciencia organizada por Erasmo Darwin, abuelo del naturalista. Se ocupaba sobre todo de entomología, y el joven Herbert, niño aun, dócil á la dirección paterna, hacía ya en los campos vecinos pequeñas colecciones de insectos, lo mismo que más tarde coleccionara, escudriñando las vueltas y revueltas del universo, una masa infinita de hechos, de experiencias y de documentos. «Quien no haya, escribe en su juventud, coleccionado insectos y plantas, no conoce lo que hay de luminosa poesía en las praderas, en los setos de los caminos...»

Es de notar que, en su primer ensayo, el pensamiento de Spencer se ocupó de cuestiones de moral y de política, de las cuales no se desligó jamás. En efecto, si debutó en 1842, con una Memoria titulada: *The proper Sphere of Government*, donde afirmaba ya la idea del progreso, si ha publicado, en 1850, su *Estadística social*, son los *Principios de moral* los que ha dado como conclusión y como coronamiento á su sistema (1). Consagra una importancia particular á esta parte de sus especulaciones. «Es una necesidad apremiante, dice, establecer sobre principios científicos las reglas de la conducta recta».

Spencer era, pues, demasiado moralista para dejar de ser un pedagogo. A más, en el ardor encarnizado de su esfuerzo enciclopédico, no hay asunto que no haya tratado. No hay más que leer los tres volúmenes de sus *Ensayos políticos y científicos* (2), donde se pasa de un ar-

(1) Las últimas partes de los *Principios de moral* han aparecido en 1892 y 1896. Pero, desde 1879, «temiendo que su mala salud le impidiese absolutamente tratar el asunto de la moral», Spencer había publicado la primera parte del tratado bajo este título: *Las bases de la moral evolucionista*, cambiando así el orden proyectado de sus publicaciones, puesto que la segunda y la tercera parte de los *Principios de sociología*, que lógicamente debían preceder á la moral, no aparecieron sino en 1880.

(2) Los *Ensayos* han sido traducidos al francés, por A. Burdeau, en 1879.

título sobre la «Constitución del sol», ó sobre la «Hipótesis de la nebulosa», á disertaciones tan estudiadas sobre la «Filosofía del estilo», los «Orígenes de la música», ó las «Costumbres y procedimientos de las administraciones de caminos de hierro», para reconocer que ningún asunto le era extraño: el de la educación no podía serle indiferente. En efecto, lo que caracteriza el modo de pensar de Spencer es una extraordinaria extensión de informaciones de toda especie. Tomad, al final de uno de los volúmenes de la *Filosofía sintética*, la lista de lo que él llama sus «referencias», el catálogo de los autores que invoca para justificar el contenido de cada uno de sus trabajos: y os daréis cuenta de la variedad sin límite de sus lecturas. ¿Qué es lo que no conoce? ¿De qué no está informado? Cita á Aristóteles, discute á Kant; pero tampoco está menos enterado de las costumbres y supersticiones de los indígenas de Oceanía. Ingeniero civil, al principio de su vida, empleado en una compañía de caminos de hierro, la vitalidad de su inteligencia observadora lo arrancó bien pronto de estas obscuras funciones; y esta inteligencia ardiente, la enriqueció con todos los tesoros de la ciencia moderna. Ha estudiado las creencias morales y religiosas de la humanidad, lo mismo que las leyes físicas de la gravitación. Ha observado las costumbres y los trajes de los diferentes pueblos, con el mismo cuidado que los movimientos de las estrellas. Conoce los esquimales y los papús no menos que los griegos



y los romanos. Sabe lo que pasa entre los fidgianos; pero no ignora como se alimentan los niños en París y en los alrededores de París, y podría proveer de informes á nuestro poeta dramático, M. Brieux, el autor de los *Remplaçantes*. Los ingleses, gracias á su potencia colonial y á sus relaciones comerciales con todas las partes del mundo, se hallan en una situación privilegiada para estudiar á los hombres. Por doquiera donde va la influencia política de Inglaterra, por donde se extiende su expansión industrial, penetra á su vez la observación de sus filósofos. Y es así como Spencer pudo satisfacer la avidez de su curiosidad, y como para preparar sus teorías psicológicas y morales, ha pedido materiales á todas las naciones civilizadas, á las poblaciones salvajes del universo entero.

Es cierto que puede objetarse, que Spencer más bien ha recogido, sin reparo, las observaciones de otros, que observado él mismo. Es lo que insinuaba Darnier, á pesar de la viva admiración que profesaba por él, cuando escribía en 1866: «Si Spencer observase más aun á riesgo de perder en ello—en virtud de la ley de equilibrio y de compensación—un poco de su fuerza de pensamiento, sería un hombre maravilloso...»

Es precisamente esta «fuerza de pensamiento», esta potencia de construcción, lo que constituye el segundo rasgo distintivo de Spencer. Este coleccionador de hechos es también un razonador, un inductivo. La tendencia á la generalización, el genio de la síntesis, es lo que le

anima y le domina. Ningún pensador le supera por el encadenamiento y la coordinación de las ideas, por la intrepidez lógica y sistemática. En esto, es el Augusto Comte de Inglaterra, aunque no haya querido nunca confesarse discípulo del jefe del positivismo francés, y que, defendiendo fuertemente sus derechos incontestables á la originalidad, puso en relieve sus disenti- mientos, en el folleto que tiene por título: *Reasons of dissenting from M. Comte*. Por esto tam- bién ha merecido que se le llamase un «Spinoza positivista»; un positivista, no se defiende de ello; y un Spinoza, lo es en un sentido, puesto que, por inducciones casi tan rigurosas como lo son las demostraciones geométricas del autor de la *Ética*, ensayó construir, á su vez, el siste- ma del mundo.

Que Spencer, con esas audacias de pensa- miento, haya encontrado en su país críticos opositoros—sobre todo indiferentes,—no es de sor- prender. El espíritu inglés, á diferencia del es- píritu germánico, es más bien tímido, en punto á concepciones especulativas; á las hipótesis aventuradas prefiere las observaciones precisas, las inducciones prudentes y moderadas. Las ad- miraciones no han faltado empero, á Spencer, y le han venido de los más grandes de sus con- temporáneos. Darwin no le reservó los testimo- nios de su simpatía. Una afinidad electiva, por otra parte, no podía sino unir al naturalista, que ha edificado sobre la observación de las va- riaciones de las especies la teoría de la selección

natural y de la evolución de los seres, y el filósofo, que en sus generalizaciones atrevidas, ha pretendido explicar, interpretar todas las cosas «en el orden de la evolución». Cuando, en 1859, publicó Darwin, el *Origen de las especies*, no hubiera podido encontrar un lector mejor preparado que Spencer para comprenderlo y aprobarlo. Diversas veces le escribió para felicitarlo por sus «admirables» trabajos. Desde 1852, los dos evolucionistas se habían ligado, como en Francia Renán y Berthelot, en una amistad científica que nunca se alteró. «Presumo, decía, en 1870, Darwin, que más tarde será considerado Spencer como el más grande filósofo de Inglaterra en el siglo presente, si aún no se le iguala con los más grandes filósofos de los siglos pasados». Un homenaje que tampoco es de desdeñar, es el que le rinde Stuart Mill, en su libro sobre Augusto Comte: «Spencer es uno de los más vigorosos pensadores que haya producido hasta ahora la filosofía inglesa, un hombre lleno de verdadero espíritu científico...»

Es de este «verdadero espíritu científico» del que vamos á volver á encontrar la inspiración en el plan de educación esbozado por Spencer. Pero, á todos sus otros dones el autor une cualidades superiores de estilo, que no han perjudicado seguramente al éxito de la obra. Si el curso de estudios que él va á proponernos, en su exclusivismo científico, es para comprometer, en aquéllos que lo adoptasen, la adquisición de las cualidades literarias, dista mucho de que Spen-

cer, para sí mismo, las desdeñe. Jamás filósofo alguno, exponiendo ideas abstractas, ha llevado más lejos el arte de la claridad, la soltura y la amplitud del desarrollo. Comparaciones ingeniosas, imágenes brillantes vienen á amenizar un fondo grave de reflexiones sólidas. El peso de la erudición del sabio no ahoga la gracia del humorista. Ama las exposiciones familiares que rompen la monotonía de la disertación. Nos cuenta lo que dice el obrero, «que perora fumando su pipa». Escucha las conversaciones que mantienen los labradores en la taberna de la aldea, después de la prédica del domingo. Y con todo eso un método atento preside á la marcha de esas ideas vivas y variadas. Se diría que el autor abandona su pensamiento á su entusiasmo y á su fantasía. No; lo vigila, lo dirige. Al final de cada uno de sus desarrollos tiene cuidado de reunirlos y condensar su esencia en algunas fórmulas simples y enérgicas. Si se repite á menudo, es para hallar veinte maneras diferentes, y siempre interesantes, de herir la imaginación de sus lectores. En una palabra, en sus rasgos vivos y espirituales, con lo que se ha llamado «su rudo buen humor», el libro de la *Educación* no tiene nada de la pesadez de un tratado didáctico, y ofrece el encanto de una conversación agradable. Spencer es uno de esos escritores felices, que, después de preparar durante años, con una paciencia de benedictino, enormes compilaciones científicas, puede componer con pluma juguetona chispeantes artículos de revista.

II.

Para darse cuenta rápidamente de las intenciones de Spencer en materia de educación, basta citar el pasaje en el cual se sirve del cuento de la Cenicienta para anunciar la próxima ruina de los estudios literarios y el triunfo definitivo de la ciencia. «Parafraseando una antigua fábula venida de Oriente, podría decirse que, en la familia de los conocimientos humanos, la ciencia es el súfreso todo de la casa—la Cenicienta del hogar,—que, en la obscuridad de su vida, oculta perfecciones desconocidas. Es á ella á quien incumbe todo el trabajo; es á su habilidad, á su inteligencia, á su abnegación á la que se deben todas las satisfacciones, todas las comodidades de la existencia; y mientras que no cesa de servir á los demás es, no obstante, desdeñada, alejada, á fin de que sea posible á sus orgullosas hermanas ostentar sus atavíos en el mundo. Pero el paralelo va más lejos. Nos acercamos al desenlace; y entonces las situaciones van á cambiar. Y mientras que las orgullosas hermanas caerán en un abandono merecido, la ciencia, proclamada á la vez la más preciosa y la más bella, reinará como soberana...» Sería difícil ser más claro: desaparición y decadencia de las letras, á las cuales parece hasta rehusarse el mérito de contribuir por su parte á los placeres de la vida;

soberanía triunfante de la ciencia, que debe en adelante gobernar la escuela como gobierna el mundo. En la vieja querrela de los antiguos y de los modernos, del humanismo y del realismo. Spencer tomó categóricamente partido. Entre las pretensiones rivales de los especialistas que renuevan sin cesar la escena del *Bourgeois gentilhomme*, y que, á semejanza del maestro de filosofía y del maestro de baile, reclamando cada uno para sí la superioridad de su arte, se disputan la dirección de los estudios, Spencer no vacila un instante; y á esta cuestión primordial. «¿Cuál es el conocimiento que tiene más valor?» responde: «Es la ciencia, el conjunto de la ciencia, todas las ciencias» (1).

El debate no es nuevo. Se ha abierto varias veces con ardor, no sin contradicciones apasionadas, y á pesar de las conclusiones decisivas de Spencer, puede decirse que la cuestión no está resuelta todavía. Aunque así sea, no lo estaba en Francia, en 1837, cuando la memorable discusión en que Lamartine, con el atractivo de su elocuencia, defendía la causa de las letras clásicas, reivindicando para ellas el honor de ser el vehículo de las ideas morales; una porción intangible del patrimonio de la civilización:— «Sin las letras, decía, la humanidad perecería»; —en tanto que Arago, con la autoridad de su

(1) Sobre esta cuestión de los *Educational values*, véase el capítulo VI del libro de Bain, *La ciencia de la educación*.

saber, proclamaba la superioridad de los estudios científicos. Tampoco lo estaba en Inglaterra, en 1836, cuando el filósofo Hamilton, replicando al reverendo Whewell, que quería fundar la educación sobre las matemáticas, como se hacía en la universidad de Cambridge, recogía el guante en favor de los estudios literarios, y demostraba con vigor que, reducida á las ciencias abstractas, la educación sería estrecha y limitada; que la geometría, según la frase de Voltaire, «no endereza más que los espíritus rectos». No se trataba desde luego, en esa controversia especial, sino simplemente de las ciencias matemáticas, mientras que con Spencer se entabla el debate, en toda su amplitud, entre la universalidad de las ciencias y las humanidades clásicas. No lo estaba todavía, en 1886, cuando Stuart Mill, en un discurso célebre pronunciado ante la universidad de San Andrés, se negaba á sacrificar uno ú otro de dos elementos igualmente indispensables de la educación humana, y exclamaba con una vivacidad familiar: «Preguntar si es á las lenguas ó á las ciencias á lo que se debe acudir para organizar la educación general, esto equivale á averiguar si los pintores deben ser dibujantes ó coloristas, si un sastre debe hacer trajes ó pantalones, ¿por qué no los dos? contestaría yo». Y no parece, aun hoy mismo, que la cuestión esté resuelta definitivamente. Durante la gran investigación organizada últimamente por el parlamento francés, si algunas voces, aun de humanistas, se levantaron para

anunciar que las letras clásicas estaban condenadas á desaparecer tarde ó temprano, otras, y no de las menos autorizadas entre los maestros de la educación francesa, sin negarse á aceptar las exigencias legítimas y crecientes de la instrucción científica, han persistido en reclamar para las letras el primero, sino el único papel en la cultura del espíritu.

Sin embargo, son numerosos, y lo han sido desde hace tiempo, los que enarbolan la bandera de la educación científica. Spencer ha tenido precursores: Rabelais, Condorcet, y muchos otros; Diderot sobre todo, que, antes de Augusto Comte, ha ensayado clasificar las ciencias por orden jerárquico, en proporción de las que son más útiles, más apropiadas á las necesidades universales, y que relegaba desdeñosamente las letras á los últimos años de su plan de estudios. Hasta poetas mismos han protestado contra el abuso de los estudios literarios, y Miltón se dolía ya, hace trescientos años, de la suerte de los escolares á quienes una educación mal entendida obliga, decía, «á pegar sus rostros sobre las simplezas de las gramáticas». Pero, cuanto más progresa la humanidad, más aumenta la ambición de la instrucción científica. En Francia, Berthelot insiste sobre «la necesidad de habitar desde temprano á los niños á las concepciones y á los métodos científicos», «debiendo reservarse cada vez más la enseñanza clásica para una minoría». El mismo Renán declara que «las investigaciones de la ciencia no deben de-

jarse solamente á los aficionados, á los curiosos» (1). En Inglaterra, Lubbock, para no citar más que á él, afirma que la educación científica es «una necesidad nacional». Darwin, por último, está de acuerdo con Spencer sobre la reforma de la educación, como lo está sobre el origen de las especies. En 1852, preocupado con la instrucción de sus siete hijos, y mientras se resignaba á enviar al colegio de Rugby al mayor de ellos, escribía: «Nadie puede despreciar con mayor sinceridad que yo la estúpida educación estereotipada de otro tiempo, y no obstante me falta valor para romper los moldes...» Spencer los romperá más de una vez. Pero, sobre todo, intentará lo que nadie habrá hecho antes que él: una demostración metódica y completa de la utilidad, de la importancia capital de la ciencia, considerada como el principio esencial del destino del hombre y, por consiguiente, como el órgano de su educación.

El destino del hombre es la felicidad. No seguramente una felicidad tal como la imagina á veces un egoísmo desconsiderado ó un estrecho utilitarismo: sino la felicidad en el sentido más noble de la palabra, el que comprende la felicidad de los demás, no menos que el bienestar personal; el que supone la satisfacción de los sentimientos altruistas como de las inclinaciones egoís-

(1) *Los servicios que la ciencia rinde al pueblo*, conferencia dada en 1869 y publicada en la *Grande Revue* de Junio de 1901.

tas. La felicidad, tan completa como es posible, desarrollada en todas sus actividades esenciales, es la perfección relativa, permitida á la naturaleza humana, mientras no haya llegado al término de su evolución: porque llegará un día en que la humanidad será absolutamente perfecta. La perfección es de este mundo: pero no será alcanzada sino á costa del trabajo prolongado de los siglos. Con tal que la humanidad no perezca, y que la constitución de las cosas permanezca la misma, las modificaciones que la humanidad ha experimentado y que todavía experimentará, deben llegar á la perfección. Es cierto que lo que llamamos el mal y la inmoralidad acabará por desaparecer. ¡Es cierto que el hombre será perfecto!... Mientras que los filósofos de otra época veían la edad de oro en el pasado, siendo para ellos la perfección el don inmediato del Creador á su criatura, Spencer la saluda de lejos en el porvenir, como el resultado de los progresos incesantes de una humanidad perfeccionada de edad en edad, que sobre el tronco de sus instintos primitivos habrá poco á poco injertado la vegetación de sentimientos nuevos, y en fin, gracias á las herencias acumuladas, habrá insensiblemente considerado y aumentado el patrimonio de sus virtudes naturales. El hombre ideal de Rousseau, era el sér primitivo imaginario, formado con un esfuerzo único por la Providencia. El hombre «definitivo» de Spencer, será el producto laborioso de la herencia y de la evolución. No es Pallas Atenea sa-

liendo toda armada de la cabeza de Júpiter. Es la proyección de una raza que, en una expansión suprema, ha alcanzado el término de su desarrollo. Es el sér lentamente elaborado por las generaciones que se suceden, el sér en que se resumirán todas las cualidades sucesivamente adquiridas, y que llegará, por adaptaciones progresivas, á vivir en la sociedad, «como el pez vive en el agua y el pájaro en el aire». Entonces el hombre habrá llegado á ser, sino un Dios, á lo menos un animal perfecto, que dirigirá todo con un instinto excelente é infalible. Los sentimientos altruístas, transmitidos por la herencia, ejercerán sobre su conducta una acción todo poderosa. Cumplirá las acciones morales con facilidad, sin dificultad, como el pájaro hace su nido, como la araña teje su tela. No más esfuerzo. No más lucha entre el bien y el mal. Nada más que la obediencia dulce y fácil á los hábitos contraídos por los ascendientes y transformados en los descendientes en instintos irresistibles.

Pero estamos lejos de ese paraíso terrestre que todavía no es más que un sueño. Atravesamos solamente una de las etapas por las que la humanidad se encamina á él. Y esperando que la evolución y la herencia hayan cumplido su obra, es necesario pensar en el hombre del presente tan mal adaptado aún á las condiciones de la existencia. Es necesario prepararse, en la medida de lo posible, para la vida completa, que es el fin del destino humano. Nos hallamos toda-

vía en el período del esfuerzo. Y en consecuencia aparece la necesidad de la educación, aunque limitada y disminuída, como puede serlo en sus esfuerzos por las leyes fatales que dirigen la marcha hacia adelante de la humanidad. Por lo demás, la educación no aprovecha sólo al que la recibe: contribuye á formar anticipadamente el carácter de aquéllos á quienes transmita la vida el hombre educado por ella. Cuanto más hayan conformado las generaciones presentes sus actos á las leyes de la educación, serán más fecundas las fuentes de vida que legarán á las generaciones siguientes. Y se ve cómo, desde este punto de vista, se eleva aún y se ennoblece la misión de la educación, puesto que no es sólo un asunto personal, el interés del individuo, sino el interés de la humanidad entera, cuyo progreso se acelerará ó interrumpirá, según que, en cada período, los educadores hayan cumplido bien ó mal su tarea.

¿Qué será, pues, esta educación que podría definirse: una preparación individual y provisoria á la vida completa y definitiva de la humanidad? Para saberlo, hay que darse cuenta primero de los elementos de una vida completa, enumerar y clasificar las diversas formas de actividad que la constituyen. Hecho esto, se conocerá el verdadero destino del hombre y, en consecuencia, se estará en posesión de un criterio, de una regla de apreciación, que permita hacer por último una elección razonada entre los diferentes objetos de estudio, y establecer el valor relativo

de los diversos conocimientos: pues un conocimiento valdrá en proporción á que convenga más ó menos para favorecer el ejercicio de esas actividades esenciales, que concurren á la vez á la felicidad individual y á la felicidad social.

Nada más claro que el cuadro de las múltiples funciones de la vida, tal como lo ha trazado Spencer. Si las distribuye en categorías distintas, no olvida de advertirnos, por otra parte, que están estrechamente ligadas, que son solidarias las unas de las otras, que forman un todo, un bloque, del que no podría descuidarse ni omitirse ningún elemento.

El hombre, desde luego, está llamado á vivir de la vida física. Si no sabe garantizar su salud y su fuerza, será impropio para cualquier otra actividad. Conviene luego colocar en primer rango, en la clasificación de las diversas funciones humanas, los actos que tienden directamente á asegurar la conservación personal.

Pero no basta estar sano y pasarlo bien, es preciso también ponerse en estado de ganar su pan cotidiano, y aun más: de aquí un segundo orden de operaciones que se refieren á la producción y á la adquisición de los bienes materiales de todas las cosas necesarias á la vida, y que concurren también, pero indirectamente, á la seguridad, á la conservación personal.

Una vez asegurados la vida y el bienestar del individuo, el horizonte se extiende. El hombre debe emplear sus fuerzas en servicio de su familia. Una tercera categoría de esfuerzos com-

prende los que tienen por objeto alimentar y educar á los niños.

Al jefe de familia sucede el ciudadano. Aparece una nueva serie de acciones, que están por lo demás subordinadas á las precedentes; pues la prosperidad de la familia es el fundamento de la prosperidad de la ciudad.

Finalmente, la existencia humana se acaba y se corona en el ejercicio de las actividades que podrían llamarse con un solo término «estéticas», y que, aprovechando las horas de descanso, satisfacen los sentimientos y los gustos por los placeres desinteresados de la literatura y del arte.

Véase, desde ahora, lo que será una educación calcada sobre esta concepción de la vida: una educación positiva y práctica, una educación hecha para un pueblo de industriales y de hombres de negocios, donde la cultura desinteresada de las facultades humanas sólo está admitida á título de complemento; donde, en fin, la instrucción literaria y artística relegada al último plano y sometida por otra parte á la posibilidad del descanso, está muy cerca de parecer un accesorio. Es que en la clasificación propuesta por Spencer, hay un vacío, una omisión grave. Se ha reprochado á ciertos educadores, á Rousseau principalmente, de abusar del «hombre en sí», de sacrificar lo útil á lo ideal, de descuidar la adaptación á la vida real por la cultura general de las facultades. El reproche opuesto merece Spencer. Él se preocupa del obrero,

del industrial, del jefe de familia, del ciudadano: pero olvida enteramente la personalidad humana. Las actividades interiores, las que hacen al hombre, aquellas que desarrollan sus cualidades intelectuales y morales, su conciencia y su inteligencia, su sensibilidad y su voluntad, parece que no se ha cuidado absolutamente de ellas. Su alumno será atiborrado de conocimientos apropiados á las necesidades de una vida utilitaria, pero no se ve que se le haya preparado á las obligaciones de la vida moral. Vivirá más tiempo que los demás hombres—tendrá más éxito en sus negocios, ¿pero dónde habrá aprendido á ser hombre bueno, sensible, prudente en sus juicios, enérgico en sus voluntades, un hombre, en fin? Sería, acaso, demasiado decir que sólo será una máquina adaptada, sea á las necesidades de la vida material y egoísta, sea á las exigencias familiares y sociales. Pero cierto es que no ha sido educado por sí mismo, que nada se ha hecho para asegurar su desarrollo y perfeccionamiento personal.

Nosotros pediríamos, pues, á Spencer, que intercalara en el catálogo de las actividades humanas, en el segundo rango inmediatamente después de las que se refieren al cuidado del cuerpo, las que conciernen á las facultades morales, que crean la personalidad en su fuerza y en su dignidad; aquéllas con que todo hombre, aun el más humilde y el más pobre, ejercita y forma su conciencia, su corazón y su carácter. Y si se acepta esta corrección, resultará cam-

biado todo el plan de la vida y de la educación: porque entonces los estudios literarios no se contentarían ya con el papel vergonzante que les concede Spencer, á título de recreo y de descanso, de contribución suplementaria al bienestar del individuo: exigirán que se les reserve un sitio junto á las ciencias como instrumentos de la educación general.

Hecha esta reserva—pero que es capital y que aparecerá en toda su fuerza á medida que entremos en el detalle,—todo es laudable en esta parte de la demostración de Spencer, en que establece perentoriamente la necesidad de la instrucción científica para ilustrar y guiar las actividades humanas que ha querido admitir en su programa. En esta exposición luminosa todo merece ser copiado y citarse.

Primero, en lo que concierne á la conservación personal, no hay trabajo en demostrar á qué peligros se expone el hombre, si no conoce las leyes de la vida si no ha estudiado la fisiología. En esta parte de la educación, por lo demás, es la «Naturaleza» la que se encarga por sí misma del papel principal. Como la salud es la más importante de todas las cosas, siendo la condición de todo lo demás, la «Naturaleza» no ha querido abandonar su suerte á nuestra ignorancia ó á nuestra ligereza: ha tomado en sus manos soberanas é infalibles el cuidado de proveer á ella. Las sensaciones que nos ha impreso, la necesidad de alimentarse, el apetito que guía ya á la criatura, las impresiones de calor y de

frío, la fatiga cerebral, nos advierten nuestras necesidades ó bien nos descubren de qué peligros nos hallamos amenazados. Son consejeros imperiosos cuyos consejos estamos muy obligados á seguir. En una palabra, y, como dice Spencer, «para hablar teleológicamente, la naturaleza nos ha dado nuestros sentidos, centinelas vigilantes que hacen la guardia alrededor de nuestro cuerpo y de nuestra salud». Es la primera vez, no es la última,—que vemos al filósofo de la evolución apelar á la «naturaleza», como una especie de Providencia que vela por los intereses de la humanidad. No habría, pues, más que dejar obrar á la naturaleza, aprovechar sus indicaciones respetándolas: y es lo que ya quería Rousseau.

Pero á las inspiraciones instintivas de la naturaleza, es necesario, sin embargo, agregar las direcciones de la ciencia, y en esto Spencer completa á Rousseau, continuándolo. ¡Cuántos seres humanos se han condenado á enfermedades crónicas ó agudas, á una debilidad general, á una decrepitud ó á una muerte prematura, por no haber conocido las leyes de la higiene y las leyes de la fisiología! Nuestros «pecados físicos», como los llama Spencer, hacen de la vida, en vez del beneficio y del placer prolongado que podría ser, una larga mortificación, un fardo y un suplicio.

No lo contradeciremos; pero la objeción indicada nos turba y nos detiene. Seguramente, para guiarnos en el cuidado de nuestra salud,

la ciencia es necesaria; ¿pero es suficiente? ¿Saber es poder? ¿Es sobre todo querer? La higiene nos había enseñado de qué males físicos puede ser fuente una acción imprudente: ¿basta ella para que tengamos, sea la voluntad, sea la fuerza, de evitar esa acción, si es agradable? Para que resistamos á la atracción de un placer cuyas consecuencias perniciosas, sin embargo, hemos medido, ¿no es indispensable estar armado de otra cosa que del conocimiento científico, de estar penetrado á lo menos del sentimiento de la dignidad humana? ¿No reconoce Spencer mismo en su capítulo sobre educación moral—por una contradicción, que ya ha sido observada (1),—que la ciencia no es la conciencia? Sobre todo, no es la voluntad.

Necesaria para ayudar á la naturaleza en la obra de la conservación personal, la ciencia no lo es menos para asegurar el éxito de toda empresa profesional, y para dar á cada uno los medios de ganar su vida. Aquí, es apenas inútil insistir, y Spencer triunfa fácilmente. ¿Quién, pues, no le concederá sin discusión, que la instrucción técnica es indispensable; que los conocimientos físicos, biológicos y otros son los únicos que hacen posibles la producción y la distribución de las riquezas, es decir, las operaciones industriales y comerciales; que el productor, como el negociante, tiene necesidad de las matemáticas; que el carpintero, el arquitecto, el

(1) Bertrand, *L'enseignement integral*, pág. 198.

albañil, no pueden pasarse sin la geometría, ni el constructor sin la mecánica, ni el agricultor sin la química; que aun «no hay casi industria alguna que hoy se desarrolle sin la ciencia química?»... Como lo decía Arago en 1836, no es con hermosos discursos como «se hace el azúcar de remolacha» ni «con alejandrinos como se extrae la soda de la sal marina». El panegírico de la ciencia, en cuanto á los servicios que presta á los intereses materiales, no encontraría un incrédulo ni un opositor. Todos reconocen que ha transformado el mundo, por las invenciones, por las aplicaciones innumerables de que es la inspiradora; que, «ha sabido procurar á los campesinos de nuestros días un bienestar desconocido á los antiguos reyes»; que es necesario, por consiguiente, extender á raudales, adaptándola á las diversas profesiones, esa educación científica cuya importancia han comprendido todas las naciones industriales, sobre todo Alemania. Pero, ¿es cierto, así mismo, que responde á todas las necesidades de la humanidad? En la diversidad de las educaciones positivas y gráficas que Spencer recomienda con un entusiasmo justificado, ¿no hay algo que se ha olvidado: la misma educación? La ciencia ha analizado las fuerzas físicas, y las ha puesto al servicio del hombre. Mas, si con ayuda de las fuerzas físicas, ha llegado, por ejemplo, á animar, á lanzar en el espacio maquinarias de vapor, máquinas eléctricas, que ella también ha fabricado ¿es cierto que se haya probado que sea capaz de producir

y desarrollar además las fuerzas morales, sin las cuales la humanidad se encontraría como degradada é inferior á su destino, aun rebosando de riquezas materiales y como sumergida en un océano de máquinas?

Por otra parte, ¿se preocupa bastante Spencer de saber si la instrucción científica es apropiada á todas las edades, si está realmente al alcance de los niños? Hay ciencias difíciles; en todas hay partes oscuras. ¿Se hallará en estado de comprenderlas el espíritu del niño, sobre todo si, como en el plan de Spencer, no ha sido preparado por una cultura general? Cuán mejor inspirado estaba Stuart Mill, cuando escribía en el discurso que ya hemos citado: «Los conocimientos especiales no son buscados más que por cierto número de jóvenes, y no deben serlo sino después que han terminado su educación propiamente dicha. El uso bueno ó malo que harán de sus conocimientos dependerá, sobre todo, de la naturaleza de su espíritu: y el espíritu sólo se forma por una educación general. Antes de ser abogados, médicos, comerciantes ó manufactureros, los hombres son hombres...» Aquí es Stuart Mill el que está de acuerdo con Rousseau.

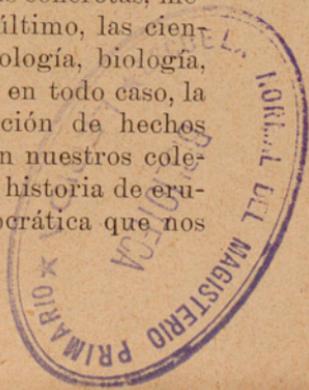
Adquiriendo los conocimientos profesionales que le permitirán triunfar en sus negocios, el hombre no trabaja solamente para sí mismo: asegura el bienestar de su familia. Pero el cuidado de la familia exige además otra cosa: que el futuro padre, que la futura madre, hayan sido ini-

ciados en el arte de educar á sus hijos. Y bien, en la educación actual, nada se ha previsto para hacer de los padres los primeros educadores de sus hijos y de sus hijas. Con ese tono humorístico que le es peculiar, Spencer lo hace notar: «Si, por una extraña casualidad, dice, llegara un día en que no quedara de toda nuestra civilización otros vestigios que una pila de libros de clase ó un paquete de trabajos de alumnos, podemos imaginarnos cual sería la sorpresa de un anticuario de esas edades futuras, al notar que en esos documentos no encuentra nada que indique que los escolares hayan sido preparados para su misión de padres de familia. Evidentemente, diría, esto es un curso de estudios, un *curriculum*, destinado á solteros. Veo en ello la prueba de una instrucción minuciosa para una multitud de objetos, particularmente para el estudio de los libros de lenguas muertas ó de idiomas extranjeros (lo que por lo demás, deja suponer que este pueblo no tenía casi en su propio idioma libros dignos de ser leídos); pero nada descubro que se refiera al arte de educar á los niños. Sin embargo, no es posible que este pueblo haya sido bastante insensato para descuidar la más grave de todas las responsabilidades humanas... Evidentemente no tengo ahí más que un plan de estudios redactado para una orden monástica...»

No será por culpa de Spencer si las cosas no cambian en el porvenir. No hay cuestión que tome más á pecho que ésta. Es monstruoso, dice,

que la suerte de las jóvenes generaciones esté entregada á los azares de la costumbre, al instinto ciego, al criterio de las nodrizas..., sin exceptuar el de las abuelas. Pero habrá que repetir muchas veces, antes de ser oídos, que el estudio de las leyes naturales del desarrollo del cuerpo y del alma es el primer deber de los padres. Sully lo repetirá, treinta años después de Spencer, en sus *Estudios sobre la infancia*. Recordará, á las madres, sobre todo, que para conducir por las vías de la humanidad á las pequeñas criaturas á las cuales deben dar un alma después de haberles transmitido la vida, es indispensable que conozcan á fondo su naturaleza. ¿Cuántas madres hay que han respondido á este llamamiento?...

La educación de los ciudadanos no tiene menos importancia que la de los jefes de familia. Aquí también, la ciencia será la educadora. ¿Qué ciencia? La historia, sin duda. Pero ¿la historia es una ciencia? Ella no figura en la clasificación de las ciencias, tal como la ha establecido Spencer, que las distribuye, como es sabido, en tres categorías: las ciencias abstractas, lógica y matemáticas; las ciencias abstractas concretas, mecánica, física, química, y, por último, las ciencias concretas, astronomía, geología, biología, psicología, sociología. No será, en todo caso, la historia del día, esa acumulación de hechos muertos, tal como se enseña en nuestros colegios y en nuestras escuelas; la historia de erudición estéril, la historia aristocrática que nos



hace perder el tiempo en contarnos los incidentes de la vida de los monarcas y las intrigas de la diplomacia y de las cortes; ni la historia militar, la que enumera las *Quince batallas decisivas que se han librado en el mundo*. ¿Porque conozca estos acontecimientos del pasado, sin importancia en el presente, estará el ciudadano más ilustrado sobre su voto en las pasadas elecciones? No. Estas trivialidades de la historia se pueden estudiar por curiosidad y por entretenimiento: pero no pueden tener influencia práctica sobre la conducta de nuestros contemporáneos. Lo que importa en el pasado y en el presente, es la historia de los pueblos, de sus instituciones y de sus costumbres, de sus creencias y de sus leyes; es lo que se puede llamar, en una palabra, la *Sociología descriptiva*, que nos hace penetrar en la vida íntima de las sociedades, que nos explica su progreso, su estado intelectual en los distintos siglos, lo mismo que su organización industrial, sus oficios y sus corporaciones, que nos revela, en fin, las leyes de la evolución social.

Habría mucho que contestar á todo esto ¿Cómo conceder á Spencer que la historia de los hechos militares, de las grandes luchas heroicas donde se ha jugado el destino de las naciones sea inútil para formar la conciencia del ciudadano? En esto, como siempre, Spencer sacrifica la educación sentimental á la instrucción positiva. Su ciudadano sabrá analizar las instituciones de su país: ¿Pero se le ha enseñado á

amarlo? ¿No le faltará lo único que puede hacer provechosos los conocimientos aún los más completos: el acatamiento respetuoso de la ley, el amor de la humanidad, la llama del patriotismo? Además, ¿cómo consentir en eliminar de los estudios históricos las biografías de los grandes hombres, el relato de las nobles acciones? Spencer cuenta demasiado con la naturaleza, con lo que él llama «intuiciones morales», especie de instintos adquiridos lentamente de generación en generación. De los padres á los hijos, por medio de la sangre, hay, sin duda, una misteriosa transmisión hereditaria. Pero, de los ascendientes á los descendientes ¿no debe haber una comunicación de otra especie, que también tiene su precio: la que se funda en la imitación consciente, en la admiración reflexiva de los hermosos ejemplos del pasado?

La *Educación*, de Spencer, comprende todo cuanto es esencial para formar espíritus positivos y prácticos. Pero lo que no se encontrará en ninguna página del libro, es el cuidado por la cultura de los sentimientos y las inclinaciones del corazón.

El sentimiento, la inspiración, es lo que falta también á la educación literaria y artística, tal como la concibe Spencer, y que representa el último término de la actividad humana. Para llegar á ser artista, para ser poeta, sería preciso empezar por ser un sabio. La paradoja no es nueva. ¿No decía Diderot que el verdadero poeta es una enciclopedia viva, y que el carácter

que distinguía á Voltaire de sus rivales, era la «instrucción»? Spencer tiene, por otra parte, razones especiosas para tratar de justificar su tesis. No siendo el arte—pintura, escultura ó poesía—sino la representación de las bellezas naturales ó de las emociones interiores, el artista no tendría éxito en su obra, si no fuera antes naturalista ó psicólogo.

Además, para calcular sus efectos, para encontrar la nota justa, el artista debe darse cuenta de la naturaleza de las impresiones, de las emociones, que sus creaciones excitan en el espíritu de sus espectadores ó de sus oyentes; por esto el conocimiento de la psicología se impone á su atención. Necesaria para producir el arte, la ciencia lo es también para apreciarlo. En fin, no hay, entre la ciencia y el arte, la oposición que el vulgo se imagina, y Spencer tiene bellos pasajes para mostrar que la ciencia rebosa de poesía. «¿Creéis, dice, que una gota de agua, que, para la generalidad de los hombres no es más que una gota de agua, pierde algo de su interés á los ojos del físico, porque sabe que los elementos de que se compone están encadenados por una fuerza que, repentinamente desprendida, produciría un relámpago? ¿Creéis que el simple copo de nieve que el vulgo mira indiferentemente, no despertará impresiones más elevadas en el espíritu del sabio, que descubre á través del microscopio las formas elegantes y variadas de los cristales de la nieve? ¿Creéis que una roca redondeada, estriada, de rayas parale-

las, evoca tanta poesía en la imaginación de los ignorantes como en la del geólogo que sabe que sobre esa roca se desliza un ventisquero hace un millón de años?...»

¡Que la ciencia sea poesía, que pueda abrir fuentes nuevas de inspiración que brotan de la observación de la naturaleza, enhorabuena! Pero otra cosa es saber si la ciencia puede sustituirse á los estudios literarios para formar al poeta. No es ella, en todo caso, quien le ejercitará en el arte de expresar sus pensamientos.

No es á ella tampoco á quien el poeta lírico será deudor del entusiasmo particular que le anima. Decir que el poeta dramático es un sabio porque «observa» las costumbres de los hombres, es jugar con las palabras: «pues su observación no tiene nada de científica». Mas no insistamos. Si en los errores de Spencer hay un «alma de verdad», es menester confesar que está muy obscurecida por exageraciones sofisticas. ¿Cómo sostener formalmente, por ejemplo, que las malas composiciones musicales no lo son sino porque carecen de verdad, esto es ciencia? Sí, de ciencia, pero de aquélla que está fundada en una iniciativa artística, en el estudio de las obras maestras de la música, y, por encima de todo, en un calor de sentimiento y en una inspiración genial, que nada tiene que ver con las inducciones ó las deducciones de la ciencia pura.

Lo que conviene reprochar, sobre todo, á Spencer, es que reduce la cultura estética á la

porción congrua. Bien se que él niega desdeñarla: «Aunque relegamos la educación literaria y artística al último rango, no le cedemos á nadie en la estima que conviene concederle. Sin las emociones que procuran, sea las bellezas del arte, sea las de la naturaleza, la vida perdería la mitad de su encanto...» No cree menos que en la educación, como en la vida, las ocupaciones agradables no tengan derecho más que á las horas desocupadas. Estas aumentarán, sin duda, cuando las fuerzas de la naturaleza hayan sido totalmente dominadas para el uso del hombre. Renán soñaba también un porvenir en que el progreso de la ciencia sería como «la redención del obrero»; en que, desembarazada de los cuidados materiales, la humanidad podría dedicarse, libremente, á los placeres estéticos. Es la misma idea que expresaba Ricardo Wagner, desde 1850, en su libro sobre *El Arte y La Revolución*. Pero el error está precisamente en confinar las letras y las artes á un papel puramente recreativo. A los ojos de Spencer, no son más que la «floración» de la vida civilizada. Por tanto, no debe ocuparse de ellas más que en último lugar, como el jardinero obtiene la flor, después de garantir previamente el crecimiento de la planta en sus raíces, en su tallo y en sus hojas. Estimamos nosotros, por el contrario, que la cultura estética es indispensable para suministrar á la planta humana la sustancia, la alimentación moral que necesita. La cultura estética no es solamente el coronamiento de la civi-

lización: es su fundamento y uno de los principios esenciales de la vida intelectual.

Hasta aquí Spencer no ha considerado la ciencia sino como el guía de la vida, como la luz que alumbra al hombre en su camino. Pero conoce bien que la cuestión no está agotada, y que se presentan objeciones. Para responder á ellas, sería menester probar que la ciencia no es solamente un tesoro de conocimientos útiles, que es tanto educativa como instructiva, que «forma» el espíritu tanto como lo «informa», que lo disciplina al mismo tiempo que lo instruye. Este es el punto delicado, y hay que reconocer que nuestro autor lo trata con alguna desenvoltura. Así como se ha extendido con complacencia sobre la primera parte de la cuestión, es breve y sobrio sobre la segunda. «Estamos obligados, dice, á tratar esta parte de nuestro asunto con una brevedad relativa»; y no le consagra, en efecto, más que cinco ó seis páginas. Y cuando añade que «felizmente la cuestión no permite largas disertaciones» estamos lejos de participar de su opinión, puesto que es la cuestión capital, la cuestión de las cuestiones.

La razón general que Spencer presenta, para justificar su fe en el valor educativo de la ciencia es, desde luego, para sorprender. Es un argumento *à priori*, tomado de la finalidad de la naturaleza y de sus intenciones sabias y bienhechoras. «No es posible, dice, que la ciencia, que es necesaria desde el punto de vista de la instrucción y para la dirección de la actividad hu-

mana, deje de ser, al mismo tiempo, el mejor instrumento de la gimnasia mental». Creer que no es así, «sería admitir una especie de contradicción en la hermosa economía de la naturaleza». En otros términos, la «Naturaleza» sabe bien lo que hace: no puede haberse engañado y haber concebido un plan según el cual que lo es útil y bueno en ésto fuera inútil y malo en aqué- llo. Confesemos que es llevar bien lejos el optimismo y la fe en la teleología. Es abusar de la naturaleza, que se convierte en una fuerza pre- visora, infalible, preocupada de economizar al hombre su trabajo y su tiempo. Spencer la per- sonifica y casi la diviniza;—notad que escribe siempre el nombre con letra mayúscula. No nos admiremos demasiado. En el fondo, la doctrina de la evolución, apesar de sus apariencias posi- tivistas, es de todas las filosofías la que pone- en las cosas mismas mayor inteligencia; puesto que afirma que por su trabajo inconsciente, pero regular y seguro, la naturaleza produce poco á poco un mundo ordenado y armonioso. No hay para ella, como para la antigua filosofía una armonía preestablecida, predeterminada, pero hay una armonía en actividad, por decirlo así, en vía de organización, que se realiza día por día; obra sin cesar continuada de una intelligen- cia misteriosa, inconocible que preside á los des- tinos del mundo.

Spencer no se contenta empero con este acto de fe en la naturaleza, lo que sería esquivar la dificultad. Quiere realmente discutir, y < pasar

á las pruebas». Pero la discusión se corta y las pruebas son muy insuficientes. Su demostración se reduce á esto, á que las ciencias pueden también, como el estudio de las lenguas, ejercitar la memoria y el juicio. Si se trata solamente de aprender de memoria nombres y hechos, es evidente que las ciencias ofrecen al niño un campo de ejercicio tan vasto y aun más vasto que las letras. Tomemos, por ejemplo, las ciencias de la naturaleza. Los cuerpos simples y los cuerpos compuestos, las estrellas de la vía láctea, las trescientas veinte especies de plantas, los dos millones de formas de la vida animal, podrán llenar la memoria de un alumno, tanto y más que las fechas de la historia ó de los millares de palabras que tiene un idioma cualquiera. Pero ¿qué es lo que el niño habrá ganado con el cambio? Es cierto que, al decir de Spencer, las ciencias serían superiores á las letras para el cultivo del juicio, y que la debilidad de éste es el mal universal. Pero no está, en manera alguna establecido, que los ejercicios de traducción que son inseparables del estudio de un idioma vivo ó muerto, no favorezcan también el cultivo del juicio y del razonamiento. ¿No es la gramática una excelente lógica práctica? ¿Se dirá que la ciencia, por la observación personal, por la necesidad de la experiencia y de la comprobación, por el empleo riguroso de la demostración, libertan el espíritu, mientras que las letras lo esclavizan? Tal es el sentido de esta palabra, dice imperiosamente el diccionario. Tal es la regla,

dice la gramática. Y así el estudio de las lenguas aumentaría el dócil y servil respeto de la autoridad..... Pero las ciencias, tal al menos como pueden ser enseñadas á los niños; ¿no tienen, también sus reglas y sus axiomas, sus *dictata* formales y todavía más absolutos? Por lo demás, en el estudio de las literaturas no todo se limita al estudio de las palabras y de las leyes de la sintáxis; ¿y no se tendrán, pues, nada en cuenta los nobles sentimientos, los bellos pensamientos que recogemos en las obras de los grandes escritores, todas esas verdades eternas que son ellas también libertadoras del espíritu y del carácter?

En esta cuestión tan controvertida del valor educativo de las ciencias, hay un punto particularmente interesante; el de que, siendo las ciencias muy diferentes unas de otras en su objeto como en su método, no pueden pretender la misma acción sobre la disciplina del espíritu, suponiendo que tenga alguna. Spencer ha abordado este tema delicado, no en *La Educación*, sino en una obra publicada algunos años después, la *Introducción á la ciencia social* que data de 1873. Sostiene en ella que sólo por las ciencias se puede adquirir buenos hábitos de pensamiento, pero reconoce que hay ciencia y ciencia, que cada una de ellas tiende á disciplinar el espíritu en un sentido único y estrecho. No disimula la acción peligrosa de todo estudio exclusivo. «Los hombres que tienen una gran aptitud para observar son raras veces aptos para

la generalización» y recíprocamente. Hay antagonismo entre la percepción y el razonamiento. Una disciplina intelectual, cualquiera que sea, si de ella se abusa, exalta ciertas facultades; pero deja atrofiar las otras. Las ciencias abstractas, por ejemplo, inculcan el sentido de las relaciones necesarias que existen entre los principios y las consecuencias, entre las premisas y la conclusión. Pero el reverso de la medalla, es que el espíritu matemático con su rasgo particular, es inhábil para desenvolverse en los asuntos prácticos, en las materias contingentes. Habitado á resolver problemas cuyos datos son simples y bien definidos, el matemático se pierde, se extravía en la complejidad y en la indeterminación de las cosas concretas y reales. Habrá que pedir á otras ciencias el correctivo necesario á las insuficiencias y á los defectos del espíritu matemático. Y Spencer continua su análisis, llegando para cada ciencia á los mismos resultados..... Pero ¿no sería, desde luego, la conclusión de todo esto, que, para formar un espíritu completo, no es una sola ciencia la que se le debería enseñar: es el conjunto de las ciencias, á fin de corregir unas con otras las tendencias especiales que desarrollan? Lo cual es imposible. La vida es demasiado corta para que en estos estudios el hombre pueda abrazar todo. «¡Qué mujer perfecta haría de mí, decía Mme de Sévigné, si viviera doscientos años!» ¡Que espíritu admirable sería el hombre que tuviera tiempo de aprender todo cuanto se puede ense-

ñar! Pero nosotros que no tenemos de vida más que el «largo de la mano» estamos obligados á elegir, y, en las perplejidades de esta elección, Spencer mismo parece vacilar.

Hay momentos en que, no dándose cuenta de la brevedad de la vida y en consecuencia de los estudios, se muestra dispuesto á exigir del discípulo un esfuerzo sobrehumano, que le permitiría aspirar á la universalidad de los conocimientos. Tiene sobre este punto, una comparación ingeniosa: «Imaginemos, dice, una sala fastuosamente decorada, donde una sola luz encendida en un ángulo, no alumbrase más que un solo punto de la ornamentación, estando sumergido en la obscuridad todo el resto de la pieza. Imaginemos en seguida, que repentinamente cien lámparas eléctricas se encienden, que iluminan el conjunto de la vasta sala y todo lo que en ella se encierra: tendremos así la imagen del espectáculo que presenta la naturaleza, sea á un espíritu incompletamente cultivado, sea á un espíritu á quien ilustran las luces de todas las ciencias.....»

La imagen es bella, pero no responde, en la extensión intelectual que supone, á las condiciones más modestas á que llega la pedagogía de Spencer. La instrucción científica que preconiza, está en efecto, muy lejos de asemejarse á lo que nosotros llamamos «educación integral». Sin duda que á todos los hombres, para encontrarse bien, para cumplir sus obligaciones en la familia y en la ciudad, se les invita á estudiar la

fisiología, la psicología, y hasta la sociología elemental. Pero, fuera de estos conocimientos comunes á todos, no habrá para cada uno de ellos más que una iniciación parcial en un dominio restringido de la ciencia. Si el hombre debiera atravesar sucesivamente todas las profesiones, le sería necesario sin duda recorrer el campo entero de la ciencia. Mas, como no podrá tener más que un oficio á la vez, sólo está obligado á buscar los conocimientos particulares que conciernen á sus ocupaciones especiales. De suerte que Spencer, que se nos presentaba como el apóstol, un poco ambicioso, de la educación científica universal, no es, al fin de cuentas, sino el simple adepto de la educación profesional.

Y finalmente, ante los resultados previstos de una educación puramente científica, que no podría ser realmente provechosa al espíritu si no fuera universal—y esto es imposible aun para el hombre, con mayor razón para el joven,—y que, forzosamente parcial y limitada, no desarrolla sino ciertas facultades en detrimento de las otras, ¿no hay el derecho de preguntarse si la mejor disciplina intelectual no debe pedirse á un sistema de estudios flexible y variado, en el que se daría á las ciencias una parte equitativa, sin que por ello ocupen todo el espacio y en el que las letras conservaran su legítima influencia: de manera que con ayuda de esos múltiples instrumentos de acción didáctica, pueda la educación poner en juego el conjunto de las más altas facultades, ejercitar el juicio tanto

como la memoria, la imaginación al mismo tiempo que la razón; y que, según las expresiones de Stuart Mill, el alumno llegue, no solamente á saber á fondo lo que constituirá su principal ocupación en la vida, sino á conocer algo de todos los asuntos que interesan al hombre y que pueden concurrir al perfeccionamiento del espíritu humano?

III

El principio general de la educación está planteado: es la adquisición de los conocimientos científicos. Falta ver ahora como lo aplica Spencer á la educación intelectual, física y moral (1).

En el capítulo consagrado á la educación intelectual, pueden distinguirse tres partes: una viva crítica de la antigua educación, la indicación de los progresos realizados, y, por último, una somera exposición de los métodos nuevos y de algunas de sus aplicaciones.

En la parte crítica es donde se manifiesta con toda su fuerza el verbo incisivo de Spencer. La parte positiva carece de precisión; aquí es sobre todo donde se descubrió la incompetencia profesional del autor, que toma la mayor parte de sus

(1) Spencer ha relegado al final de su libro, el estudio sobre la educación física. A decir verdad, hubiera sido más lógico empezar por ella.

ideas de Pestalozzi, y aun más allá de Pestalozzi, de Rousseau.

Los historiadores de la pedagogía, son deudores á Spencer de algunas consideraciones generales, tan interesantes como justas. Establece con fuerza la verdad de que hay relaciones estrechas entre los estados sociales, religiosos, políticos y aun económicos, que caracterizan á un país y á una época, y los sistemas de educación que en ellos rigen: «Cuando los hombres recibían su *Credo* de una autoridad pretendida infalible, era natural que la enseñanza fuera puramente dogmática. Cuando la máxima de la Iglesia era: «Creed y no pidáis explicaciones», convenía que el alumno tampoco preguntase á su maestro. Cuando reinaba el despotismo político, fundado en la fuerza y en el terror, implacable contra los rebeldes y castigando de muerte aun faltas insignificantes, se debía reinar paralelamente en las escuelas; una disciplina de órdenes sin fin y de castigos perpetuos, infligidos á cada falta, una disciplina de autocracia ilimitada mantenida por el látigo, la férula y el encierro». Pero las cosas han cambiado á medida que el espíritu de libertad se ha introducido en la religión como en la política. No estamos ya en los tiempos en que los hombres, «obrando según el principio del mayor sufrimiento», se imaginaban que uno es tanto más virtuoso cuantos más goces rehusa, y en que, de consiguiente, bajo una inspiración de austeridad ascética, consideraban como necesaria la educación que más

contraría los deseos de los niños y coarta toda actividad espontánea. Estamos lejos de que las inclinaciones naturales nos parezcan hoy como tentaciones diabólicas. En fin, ni aun las mismas ideas económicas dejan de tener alguna relación con el régimen pedagógico en voga. Al sistema de la protección y de la prohibición comercial correspondía el prejuicio escolar de que el espíritu del niño puede formarse á voluntad, por orden, bajo el imperio de una reglamentación minuciosa. Mas con el libre cambio que hizo desaparecer las trabas causadas á las relaciones entre las naciones, se han visto también quebrarse las cadenas que oprimían la libertad del niño y romperse la barrera que separaba al alumno del maestro.

Por encima de todas las concepciones falsas que han viciado la pedagogía, conformándola á las creencias generales, habría, según Spencer, una tendencia tan antigua como el mundo, que explicaría la prolongada rutina que ha seguido la educación: es la tendencia á preferir lo agradable á lo útil. El gusto del adorno ha precedido al uso del vestido, y Spencer va á buscar la prueba de ello entre los pueblos salvajes. La mujer india del Orinoco, que no vacila en salir desnuda de su choza, no consentiría en aparecer en público sin haberse pintado. El indio soporta alegremente los más agudos dolores para tatuarse elegantemente... De la decoración del cuerpo, el mismo gusto por el adorno ha pasado á las adquisiciones del espíritu. Antes de preocupar-

se del bien estar, se ha querido brillar. A los conocimientos que sirven, se ha preferido las cualidades que agradan. Los estudios que aseguran el éxito en la sociedad, que establecen las soberanías mundanas, que forman los espíritus distinguidos, los brillantes escritores, han desalojado á los conocimientos sólidos y prácticos. El adorno del espíritu ha sucedido al adorno del cuerpo. Se han formado hombres de lujo, por decirlo así, en lugar de educar hombres útiles. Se ha aspirado á «parecer» más que á «ser». Y de aquí ha salido una educación superficial, en la cual se omiten las cosas esenciales, mientras que se insiste en futilidades y en conocimientos insubstanciales y vanos.

Darwin reprochaba á los colegios ingleses de la mitad del siglo pasado el que sus estudios eran demasiado poco variados, que se abusaba de la enseñanza de las lenguas clásicas, que lo único que se ejercitaba era la memoria, que, en fin, el resultado de esa instrucción de pura forma, era encoger el espíritu, puesto que descuidaba los estudios que excitan la curiosidad y el interés, provocando la observación y el razonamiento. Spencer nos presenta las mismas quejas, si bien expresadas más ampliamente. Ninguna de las prácticas tradicionales, ninguno de los ejercicios usados en el *curriculum* clásico, encuentra gracia ante él. Hemos dicho ya lo que pensaba de la historia, esa colección de «chismografías» sobre los muertos, que no ofrecen mayor interés que los «chismes» sobre los vivos. De la geogra-

fía política dirá que «es una cosa muerta». No quiere oír hablar más de lecciones aprendidas de memoria. Rousseau habría aplaudido la campaña que su continuador emprende contra los libros. «Se olvida, dice Spencer, que la misión de los libros es simplemente «suplementaria»; que no son más que instrumentos indirectos de ilustración, á los que no se debe recurrir sino cuando los medios directos llegan á faltar. Leer, dirá todavía, «es ver por procuración»; más vale ver por sí mismo y observar la naturaleza y la vida por sus propios ojos que á través de los ojos y de las reflexiones de otro. El escolar no abrirá un libro sino cuando la casa, el jardín, la calle no tengan nada más que enseñarle...»

Pero Spencer ha aguzado, sobre todo, los dardos más acerados de su verbo cáustico contra el estudio de las lenguas. Y debe hacerse notar que no es más favorable á las lenguas vivas que á las muertas. No ve en el mantenimiento de los estudios latinos y griegos sino el efecto de la costumbre, de una moda irreflexiva. «Los hombres visten los espíritus de sus hijos como visten sus cuerpos, según la moda reinante. Lo mismo que el indio del Orinoco — una autoridad que Spencer invoca á menudo, — se cubre de colores abigarrados, no porque en ello encuentre alguna utilidad, sino porque tendría vergüenza de dejar ver sus tatuajes; lo mismo se exige al joven inglés que sepa el latín y el griego, no en razón del valor intrínseco de sus estudios, sino porque sería humillante para él aparecer ignorante, y

porque forman parte de la educación de un hombre bien educado». Y continuando su sátira Spencer agrega: «Es una banalidad decir que nueve veces de cada diez, en el curso de su vida, el joven humanista no tendrá que hacer ningún empleo útil de su latín y de su griego. Cuando mucho podrán servirle para hacer una cita de efecto...»

No es posible sacrificar más sumariamente el latinismo y el helenismo. Toda literatura es, desde luego, cosa sospechosa y de poco precio á los ojos de ciertos positivistas utilitarios. Condorcet, su precursor, escribía ya: «Que cien hombres mediocres hagan versos, cultiven la literatura y las lenguas, á nadie aprovecha todo eso. Pero que veinte se ocupen de experiencias y observaciones, sus trabajos tendrán el mérito de una utilidad real». En el mismo sentido, Spencer se indigna de que se abandonen las ciencias, para perder el tiempo en leer novelas y poesías. Entreabre la puerta á la literatura sólo en razón del placer que pueda procurar. Las letras no son más que un entretenimiento, y Spencer las sacrificaría quizá completamente, si no le contuviese esta chistosa consideración: que sin los estudios literarios, la conversación sería lánguida y pobre, y que los escritores no sabrían ya hacer metáforas.

No es este sitio para refutar las exageraciones injustas de Spencer. Digamos solamente que no ha convencido á sus mismos compatriotas, puesto que Stuart Mill pronunciaba algunos años

después, en favor de las letras clásicas, la admirable defensa que ya hemos citado. En América se encuentran pedagogos que se atreven á sostener que «el latín es la llave maestra de la enseñanza secundaria». Y muy recientemente, un profesor americano, G. R. Carpenter, en su obra sobre la *Enseñanza de la lengua materna*, en que defiende la causa de los estudios clásicos, de muestra que de hecho está ganada en los Estados Unidos, puesto que el número de los alumnos latinistas aumenta sin cesar. Lo que sobre todo es necesario hacer observar á Spencer, es que su gran error es creer que no hay más que un género de conocimientos verdaderamente útiles. En el concurso que ha abierto entre los diversos estudios, ha cometido la injusticia de no querer discernir el premio sino á uno sólo. No; no es uno sólo el que lo merece, y también se engañan los que reservan á las letras su preponderancia exclusiva atribuída por nuestro autor á las ciencias. Por un menosprecio análogo es por lo que se llega á imaginar que no hay más que una forma de enseñanza secundaria. La verdad es que hay muchas; y el porvenir escolar se distinguirá por la pluralidad, la variedad de los cursos de estudios, por la diversidad de las combinaciones en que las letras y las ciencias entrarán en dosis diferentes: lo mismo que el porvenir social lo será por la complicación creciente, por la especialización progresiva de las profesiones y de los empleos diversos de la vida.

Nos hubiera agradado que en la *Educación*, á

la crítica acerba de los viejos planes de estudios hubiera seguido una exposición precisa y detallada del nuevo plan. Está muy bien que se declare que las ciencias son la única base sólida de la instrucción. Pero lo que también deseáramos que se nos dijera, es en qué orden serán distribuidos, clasificados, los estudios científicos, cómo se los adaptará á la edad de los niños... etc. A. Bertrand, que no solamente ha traducido la *Educación*, sino que es el discípulo más auténtico de la pedagogía del positivista inglés, ha tratado de formar ese programa en su «Liceo de cuatro años». No digo que haya tenido éxito, pero sí que es un mérito haberlo intentado. Con Spencer, es necesario contentarnos con vistas generales. Pero, si él no ha redactado el formulario escolar que podría desearse, á lo menos se ha esmerado en definir los nuevos métodos que deben presidir su organización.

Al fin hemos salido de este período de inercia intelectual, en el que reinaba como soberana una tradición indiscutida. Era la edad de la unanimidad en la ignorancia; y esperando que lleguen los días felices de la «unanimidad en la sabiduría», atravesamos el período agitado de la discusión, «del desacuerdo en la investigación». Ya, no obstante, y aunque no pueda tratarse de establecer todavía una pedagogía definitiva, que no será posible sino cuando haya sido constituida una psicología racional, cierto número de tendencias nuevas se han impuesto felizmente á las antiguas rutinas. Tres siglos

después que Montaigne lo dijera, se empieza á comprender que «saber de memoria no es saber». Se dan cuenta, según la fórmula de Rousseau—que Spencer presenta como un dicho popular,—que uno de los secretos de la educación es «saber perder tiempo». Las abstracciones se alejan ante las intuiciones concretas; los símbolos se sustituyen por las realidades. En Inglaterra, como en otras partes, parece que ese movimiento de renovación de los métodos tuvo su punto de partida en las escuelas primarias. Así, en la escuela normal primaria de Battersea, desde 1850, la enseñanza, casi exclusivamente oral, era vivificada por la observación directa de la naturaleza.

La vuelta á la naturaleza, en efecto, tal es el rasgo distintivo de todos los métodos nuevos, y sobre este punto, que lo sepa ó no Spencer, Rousseau fué el iniciador. Apelar á la naturaleza ó á la ciencia, ¿no es, por otra parte, más ó menos la misma cosa? ¿Qué es la ciencia, sino la naturaleza hecha, «pensamiento», el universo transformado en conocimiento, la naturaleza estudiada, comprendida y reflejada toda entera en el espejo del espíritu?

Es, pues, conformándose al orden de la naturaleza, en las leyes que impone al desenvolvimiento de la inteligencia, como uno puede lisonjearse de descubrir las reglas de la educación intelectual: no siendo la educación más que «el lado objetivo del desenvolvimiento subjetivo de la naturaleza humana». Spencer se ha

esforzado, por consiguiente, por sentar lo que él llama, con palabra que le es cara, los «principios» de la pedagogía del espíritu. Distingue en ellos hasta siete: pero á decir verdad, varios están repetidos por un lujo de división un poco estéril. Así, se dice que es necesario que el educador en su enseñanza, como el espíritu en su marcha natural, pase: 1.º, de lo simple á lo compuesto; 2.º, de lo indefinido á lo definido; 3.º, de lo concreto á lo abstracto; 4.º, de lo empírico á lo racional. ¿No es precisamente la misma idea presentada bajo cuatro formas diferentes, y como la traducción variada de la gran ley de la evolución, la ley del pasaje de lo homogéneo á lo heterogéneo? En el fondo, todo eso viene á decir lo que nadie discute — y Rousseau lo había ya demostrado con brillo, — que los conocimientos sensibles, simples y concretos deben desalojar á los conocimientos abstractos y racionales. Algunos errores se deslizan, por otra parte, en la interpretación que Spencer da de una verdad proclamada por Rousseau y aplicada por Pestalozzi. ¿Cómo aceptar, por ejemplo, bajo pretexto de que el espíritu va «de lo indefinido á lo definido», que es imposible — y que no es deseable, — hacer entrar ideas precisas en la inteligencia del niño? Nunca es temprano, por el contrario, para inculcar nociones netas y exactas, y eso no es imposible si se tiene cuidado de mantener la atención del niño sobre objetos que están á su alcance.

Otro principio, que tampoco es nuevo — y

Spencer rinde á Augusto Comte el homenaje de ser él quien primero lo enunció,—es que la educación del niño debe sujetarse al desenvolvimiento histórico de la humanidad y conformarse á la marcha de la civilización; es que el génesis del individuo, desde el punto de vista de la adquisición de los conocimientos, debe ser el mismo que el génesis de la raza. La razón que para ello da Spencer, es que en virtud de las leyes de la herencia debe haber en el niño una disposición á reproducir en pequeño la historia de la humanidad. No creemos que haya que esperar gran provecho práctico de estas consideraciones más ambiciosas que sólidas; sin contar que Spencer exagera la influencia de la herencia, cuando afirma, por ejemplo, que un niño de raza francesa permanecerá siendo francés, aun cuando haya sido educado en el extranjero, mientras que los hechos establecen lo contrario, y que está demostrado que la acción del medio ahoga pronto las tendencias hereditarias de las nacionalidades y de las razas.

Importantes, por el contrario, son los dos últimos principios, corolarios de los precedentes; el que pide que se favorezca lo más posible la actividad espontánea del espíritu, y aquel otro, de que la oportunidad de un estudio se mide, y también su provecho, por el grado de atracción que ofrece al niño.

Nada hay que objetar, cuando después de Rousseau, después de Horacio Mann, Spencer pide que se alivie para el niño el peso de las lec-

ciones en los programas. Es una extravagancia de nuestro tiempo, dice, poner toda la educación en lecciones. Es necesario «enseñar» lo menos posible, y hacer «encontrar» al niño lo más posible. Es necesario que sea su propio maestro; no un recipiente inerte donde se acumulan conocimientos, sino un investigador activo que observa y que descubre. Estos consejos son excelentes, á condición, sin embargo, de que no se exajere su alcance. No esperemos, por ejemplo, como Spencer lo sugiere, y como Pestalozzi lo quería también, que se pueda exigir al niño «que invente la geometría». Los Pascal son raros, y no es dado á todo el mundo poder reproducir á Euclides.

De todas las reglas propuestas por Spencer, la más original, pero que no puede ser aceptada sin reservas, es la que se refiere á la instrucción atrayente. No se trata de imitar á esos educadores tan complacientes como indiscretos, que puerilizan toda instrucción, tratando de hacerla entretenida y suprimiéndole el esfuerzo. No; no es en las instrucciones indirectas á la manera de Fenelón, en ficciones, en las fábulas, cuyo placer artificial disimula lo que habría de demasiado severo en una enseñanza puramente didáctica; es en los estudios mismos donde es necesario buscar el interés intrínseco que puede excitar el trabajo del niño; es en los estudios donde el niño lo encontrará, si se sabe adaptarlos á su edad y á sus fuerzas. ¿Queréis saber si vuestro plan de enseñanza está bien concebido? Exami-

nad en qué medida provoca en vuestros alumnos una curiosidad unida al placer. Despertada la curiosidad y excitado el gusto por un cierto tema de estudios, se demuestra que el espíritu del niño está maduro para abordarlo. Por el contrario, la repugnancia manifestada por una ciencia, es la prueba de que se le ha presentado al niño, ó demasiado pronto ó bajo formas inconvenientes. No lo olvidemos, el placer que acompaña á los actos es un estimulante para su cumplimiento, y he aquí por qué es bueno que la instrucción sea atrayente. No es cierto, tanto en la escuela como en la vida, que cuanto más se sufre, mayor es el provecho. La actividad intelectual no es verdaderamente útil y fecunda sino cuando es agradable. Sin embargo, Spencer quiere de buena gana reconocer que algunas de nuestras facultades no se inclinan por sí mismas y espontáneamente hacia las acciones que serían necesarias. No es siempre exacto que el instinto del niño sea más seguro que el razonamiento del hombre formado. Algunas veces el razonamiento se ve obligado á imponer al niño tareas que repugnan á su pereza. Hay, pues, que exigir también esfuerzos penosos, si se quiere que el alumno estudie todo lo que debe aprender. El atractivo no podría ser el único motor intelectual. El estudio, como la vida, es una mezcla de penas y alegrías. Agreguemos que quizá sería para el plan de educación de Spencer, una prueba peligrosa, subordinar la aplicación al veredicto de las inclinaciones de la infancia.

Quién sabe, si llamados á hacer libremente su elección, no se dejarían seducir por el placer de los relatos históricos y de las lecturas literarias, más bien que por el encanto austero de los conocimientos científicos.

Es cierto que nuestro autor, piensa atenuar singularmente el rigor de esos conocimientos científicos, presentándolos bajo la forma amable y familiar de las lecciones de cosas. Las lecciones de cosas (*object lessons*), es evidentemente el método que se acomoda más directamente á un sistema en que se ordena presentar las cosas antes que las palabras, la adquisición de la lengua antes que el estudio de la gramática, la observación antes que el razonamiento, y también el placer antes que el esfuerzo. Este modo de enseñanza se adapta á maravilla á la naturaleza de los niños, que tan curiosamente observan todas las cosas. Escuchadles, cuando se precipitan ruidosamente en el cuarto de su madre. «¡Mamá, mira qué curioso! ¡Mamá, mira ésto! ¡Mamá, mira aquéllo...» Y esta costumbre no la perderían, si la necia mamá no les respondiese: «Vamos, dejadme tranquila». Pide que el método de las lecciones de cosas se extienda á un número mayor de asuntos, y que se continúe su empleo por más largo tiempo; que no sea solamente un sistema organizado para preparar la educación de los sentidos, que sirva también de introducción á las ciencias abstractas. No duda, por ejemplo, que la geometría pueda enseñarse sin definiciones, haciendo solamente medir los

objetos. Rousseau había arriesgado ideas semejantes.

En otro punto, la filiación de las ideas de Rousseau con las de Spencer no es menos evidente. El dibujo llega á ser un elemento esencial de la educación, el rival y hasta el igual de la escritura y en un sentido más útil que ella. Los niños tienen, naturalmente, gusto por él, ya sea el dibujo mismo ó el colorido lo que tiene sus preferencias. Spencer piensa, que el color sería el modo favorito de la representación de los objetos para el joven artista de cinco ó seis años, que se resigna al uso del lápiz á falta de otra cosa: una caja de colores y un pincel son sus instrumentos predilectos. En su *Estudio sobre la infancia*, James Sully contradice en este punto la afirmación de Spencer, y pretende que, según sus observaciones personales, el dibujo es preferido al color.

A estas reflexiones sobre las lecciones de cosas y el dibujo, agregad todavía algunas indicaciones sobre la enseñanza de la geometría, sobre la utilidad de las ciencias físicas, sobre el papel de la intuición y de la experiencia en la enseñanza de los elementos de las matemáticas—la tabla de multiplicación misma sería aprendida experimentalmente;—y quedará terminado el capítulo demasiado corto de la educación intelectual.

A lo menos, en su aridez, está muy penetrado del sentimiento profundo de la importancia de la primera educación, la única que el autor ha

querido examinar, y de la cual, dice, después de Pestalozzi, que empieza desde la cuna. «Quien quiera que haya observado con alguna atención la mirada que arrojan los ojos muy abiertos del niño sobre los objetos que le rodean, sabe bien que su educación empieza desde temprano, lo queramos ó no. Sabe también que esos movimientos de los dedos ó de los labios, impacientes de tomar todo lo que está á su alcance, esa fijeza de atención, cuando con la boca abierta, el niño presta el oído á todos los ruidos, sabe que todos esos actos del niño son los primeros pasos en la ruta que los conducirá al descubrimiento de los planetas invisibles, á la invención de las máquinas de calcular, á la composición de las obras del arte, de la pintura, á la creación de las sinfonías y de las óperas...»

IV

No es á los ingleses á los que es necesario recordar el interés de los ejercicios físicos: más bien abusan de ellos. En un libro reciente, *Ensayo de una psicología política del pueblo inglés*, Boutmy observa este pequeño hecho que dice mucho: es el de que, «en los grandes periódicos de Inglaterra, la crónica de los sports ocupa á veces hasta 45 columnas, contra 17 reservadas á todos los demás asuntos». Un instinto imperioso de movimiento y de acción caracteriza la raza

anglo-sajona. La Gran Bretaña y los Estados Unidos son hoy día las tierras clásicas de los juegos al aire libre, y en Francia no hacemos más que imitarlos de lejos. No es entre nosotros donde se hubiera visto fundar esa secta cuya existencia nos la ha dado á conocer Spencer con su extraño nombre, la secta del «Cristianismo muscular». No es entre nosotros donde se publicarían novelas como las del reverendo Carlos Kingsley, donde no se ven más que héroes virtuosos y devotos que á los ardores de una piedad mística asocian la fuerza del biceps de los atletas y luchadores de feria. Esta violenta educación del cuerpo, cuya tradición está en la sangre de los ingleses, aprovecha á la energía de sus caracteres, pero tiene, naturalmente, por primer resultado desarrollar sus cualidades físicas. No sin razón, uno de nuestros compatriotas, Mauricio de Fleury, le atribuye en parte la diferencia de ambos pueblos en su porte y en su talla: el inglés es esbelto y ágil, el francés tendería á ser «cuadrado, flojo y pesado».

Pero la educación física no comprende solamente los ejercicios y los sports de la adolescencia. Comienza también desde la primera edad, y se continúa durante toda la vida. Supone un régimen conveniente de alimentación y de vestido, un conjunto de precauciones y de cuidados higiénicos. Bajo este aspecto, Spencer dista mucho de estar satisfecho con los hábitos aceptados en su propio país.

Con su verbo acostumbrado, opone al gran

cuidado que se toma en la cría de los animales, la indiferencia y el olvido que se demuestra por el arte de educar á los niños. Engordar á los cerdos, que serán premiados en los concursos agrícolas, preparar un caballo que será vencedor en el Derby, alimentar toros de sobresaliente belleza, he ahí el gran asunto, la preocupación dominante. En la mesa del propietario rural, cuando se han retirado las señoras—en el café de la aldea, los días de feria ó bien el domingo después del oficio,—es el asunto preferido en las conversaciones, en el que todo el mundo se esfuerza en adquirir ó demostrar competencia. La cuestión de los forrajes, el valor nutritivo del pasto ó de la paja picada, la comparación de los engordes, todo esto es estudiado, discutido con pasión. Pero ¿quién piensa en inquirir el género de alimentación que conviene á los niños, qué intervalo sería prudente dejar entre las comidas y las horas de trabajo intelectual? El gentilhombre rural visita puntualmente sus caballerizas y sus establos; pero ¿cuándo encontrará tiempo de subir al cuarto de los niños para inspeccionar la aireación de los aposentos, para vigilar la alimentación de sus hijos?

Locke y Rousseau habían ya dado el buen ejemplo de prestar una minuciosa atención á los detalles de la higiene infantil. Pero lo que en ellos no era más que una intuición vaga, una especie de adivinación instintiva, llega á ser, con Spencer, una doctrina muy precisa, fundada en los datos rigurosos de la ciencia. El no admite

que se abandone por más tiempo el cuidado de ordenar estas cuestiones á las madres que sólo han aprendido las lenguas extranjeras y el canto, y mucho menos á las nodrizas cuyo espíritu está atestado de viejos prejuicios. Quiere que los padres hayan aprendido bastante fisiología para hallarse en estado de vigilar útilmente el crecimiento y la salud de sus hijos. «Es ya tiempo de que el régimen del aposento de la nodriza, como el de la sala de clase, sea, al fin, puesto de acuerdo con las prescripciones de la ciencia moderna».

Como lo ha dicho el americano Emerson, cuya fórmula se la apropia Spencer: «La primera condición para un «gentleman» que quiere tener éxito en el mundo, es ser un robusto animal». Y para llegar á serlo, es, como siempre, necesario inspirarse en la naturaleza y en la ciencia, intérprete de la naturaleza. La naturaleza es el guía supremo. «Si dejáis á la naturaleza seguir libremente sus vías, á condición de suministrarle los materiales de que tiene necesidad para organizar el crecimiento del cuerpo, lo mismo que el del espíritu, ella misma sabrá asegurar el desarrollo armonioso del sér humano».

Lo primero que preocupa á Spencer es la cuestión de la alimentación. Ha vuelto muchas veces sobre ella, y la estudia hasta en sus *Principios de moral*. Es que, en su concepción amplia y vasta de los deberes del hombre, todo lo que las acciones de un individuo afecta directa ó indirectamente su bienestar es de la esfera de la moral. Es una falta, es un «pecado físico», ali-

mentarse mal, imponerse privaciones, llevar el trabajo hasta la extenuación de sus fuerzas, tanto como ser perezoso ó destemplado. Los cuidados de aseo, la higiene, la alternativa del reposo y del ejercicio, una duración suficiente del sueño, una alimentación substancial y sana, son virtudes, con el mismo título que la sinceridad, la generosidad, y todos los deberes más auténticos del antiguo código moral.

Hay dos cosas que considerar en la alimentación: la cantidad y la calidad. Bajo el primer punto, en virtud de esa ley de alternación que hace que la humanidad pase por reacción de un exceso á otro completamente opuesto, del despotismo á la licencia y á la anarquía, de la devoción exagerada al excepticismo, es de observar que un contraste análogo se presenta en nuestros hábitos en la mesa. Nuestros padres comían y bebían copiosamente; hoy la templaza está á la moda. Antiguamente se hartaba á los niños, sobre todo en el campo: ahora habrá más bien tendencia á alimentarlos insuficientemente. Y bien, comer demasiado ó comer demasiado poco, son dos excesos, dos males, de los cuales el último es el peor.

Que el alimento sea, pues, abundante, antes que todo. Dejemos comer al niño cuando sienta hambre. El apetito es un guía seguro en la criatura; lo es en los adultos cuando llevan una vida regular; lo es en los enfermos, en los animales mismos. ¿Cómo los padres que no conocen ni una palabra de las leyes de la nutrición

pueden tener la necia pretensión de sustituirse á las indicaciones de la naturaleza, para legislar arbitrariamente sobre las necesidades del estómago de su hijo? Lo mismo que en el Estado hay «Demasiadas leyes» — tal es el título de uno de los *Ensayos políticos* de Spencer, — lo mismo, en la familia, hay demasiadas restricciones y prohibiciones.

Pero se dirá, la prueba de que sería peligroso condescender con todas las exigencias del apetito de los niños, está en que se entregan á veces á excesos tales de golosina que se ponen enfermos. Desde luego, ¿son esos excesos tan frecuentes como se dice? El niño no es goloso por naturaleza: llega á serlo. Spencer toma de una publicación inglesa, la *Enciclopedia de medicina práctica*, una frase que bien podría haber sido escrita por Rousseau: «Comer con exceso es un vicio de los adultos, más bien que de los niños: éstos son rara vez golosos y epicúreos, y no llegan á serlo sino por culpa de los padres». Pero, además, como lo explica ingeniosamente Spencer, los pequeños excesos del niño que se harta de frutas ó de golosinas, no son más que los desquites sensuales de la naturaleza contra el régimen ascético que se le ha infligido. Alimentáis sobriamente al niño, y le alimentáis de cosas insípidas, pan y leche, té y manteca; le rehusáis los platos que prefiere. Cómo asombrarse después de esto de que, privado el niño de los alimentos que le procuran sensaciones agradables, el día que le dejáis en la casa de un pas-

telero, esté impulsado á salirse de los límites, y que reaccione contra las privaciones de una cuaresma prolongada, entregándose á un carnaval improvisado.

Spencer no es el hombre del ayuno y de la abstinencia. Cree en la superioridad de los individuos y de los pueblos bien alimentados, olvidando que hay hombres enfermizos que han hecho también camino en el mundo. Feuerbach decía: «El hombre es lo que come», y Spencer, más ó menos, lo mismo: «Las razas que han dominado á las demás, son aquéllas que se alimentan bien». Hace observar que los marinos ingleses, alimentados con carne, son más vigorosos que los de las demás naciones, alimentados con harináceos. En el mismo sentido es en el que Mauricio de Fleury pretende que la alimentación francesa, que hace más grasa que músculos, nos predispone á ser un pueblo de funcionarios!... ¿Bastaría entonces, para transformar nuestros caracteres é inspirarnos en seguida el gusto de las empresas y de las iniciativas atrevidas, modificar cada día la lista de las comidas servidas á los alumnos de nuestros liceos, aumentando sensiblemente en ellas la ración de carne? Esto sería seguramente más fácil que buscar laboriosamente la reforma de nuestros planes de estudios y de nuestros métodos de enseñanza...

Es, sobre todo en el niño, en el que se impone la necesidad de una alimentación sustanciosa. Desde luego, el niño en su movimiento perpe-

tuo gasta sus tejidos vitales, consume su calórico mucho más que el adulto. Además, se desarrolla de día en día: construye pieza por pieza, el edificio de su cuerpo; mientras que el hombre hecho, llegado al término de su crecimiento, no tiene más que conservar lo que ha adquirido. Es necesario, pues, á la vez, por un exceso de nutrición, compensar una pérdida de fuerzas más considerable, y subvenir á las necesidades del crecimiento.

Spencer no es de aquéllos que impiden al niño el uso de la carne, «el más reparador de todos los alimentos;» no lo prohíbe sino á los muy pequeños que no tienen dientes, ni la fuerza muscular necesaria á la trituración. A partir de los tres años la alimentación animal es buena, y la idea contraria proviene, en los ricos, de una moda importuna, en los pobres, de razones de economía. No hay, por otra parte, regla absoluta en semejante materia: ciertos niños pueden llegar á ser muy vigorosos con una alimentación casi exclusivamente vegetal, y los pequeños campesinos franceses lo prueban bien. Spencer, con todo, no tuvo que felicitarse de haberse hecho vegetariano durante seis meses. Al final de esta prueba, declara haber experimentado un gran debilitamiento de su vigor físico y moral. Por regla general, la carne vale más que el pan, porque es más nutritiva; y, por la misma razón, el pan vale más que la patata. En cuanto á la cantidad de carne, cambiará según las circunstancias, modificándose la nece-

sidad de alimento con el clima, con el ejercicio que se ha hecho, con el estado higrométrico del aire y la electricidad esparcida en la atmósfera. «En los colegios ingleses, dice M. de Fleury, se da á los escolares 300 gramos de carne asada por día; esto sería demasiado para los niños de Francia».

Una opinión original de Spencer, es que no debe reprimirse el gusto por los dulces. El azúcar, gran producto de calórico, desempeña un papel importante en el desarrollo del organismo. De suerte que, en el gusto tan pronunciado de los niños por el azúcar, no habría que ver más que un llamamiento legítimo de la naturaleza que reclama aquéllo que necesita. Numerosos médicos son de opinión contraria: proscriben los dulces «que pican los dientes, fatigan el estómago, y forman grasa inútil». Spencer se halla también en contradicción con la mayor parte de los higienistas que prohíben generalmente las cosas crudas á los niños, mientras quiere que se complazca su gusto por las frutas, aún por las frutas poco maduras. Las grosellas verdes, las manzanas más ásperas, todos los ácidos vegetales son excelentes tónicos.

Otro problema, es la de la variedad en la alimentación. Es una imprudencia obligar á los niños á comer siempre unas mismas cosas, como á los soldados ingleses, á quienes se condena durante su permanencia en el cuartel, á veinte años de buey cocido. Se olvida que la saciedad deriva de la monotonía, que, por el contrario, la

sensación agradable que procura un plato nuevo, despierta el apetito. Además, no hay alimento que contenga por sí solo todos los elementos nutritivos necesarios á las funciones de la vida... Es de lamentar que Spencer no haya comprendido que ocurría lo mismo con los alimentos del espíritu, y que las ciencias no pueden por sí solas más que las letras, responder á todas las exigencias de una educación intelectual verdaderamente completa.

Pasemos á otro capítulo, el del vestido. Spencer continúa en él la guerra al ascetismo, es decir, á las costumbres demasiado rigurosas que no se regulan por la naturaleza y las sensaciones del niño. Las sensaciones de frío y de calor son las que deben determinar la elección del vestido. Una especie de «conciencia física» nos advierte del peligro á que nos exponen impresiones nocivas; aquella se oscurece sin duda, en los que infringen sus leyes; mas en el niño, es la voz infalible del instinto, inalterada aún, la que pide vestidos calientes para el invierno y ligeros para el verano. Es necedad querer endurecer el cuerpo contra las sensaciones mortíferas de una baja temperatura». «Cuántos niños bien endurecidos abandonaron este mundo». El frío detiene el crecimiento de los hombres como el de las plantas. Los pueblos de los países fríos, los esquimales, los lapones, son flacos y achaparrados; lo mismo los carneros de la montañas de Escocia y los groneys de las islas Setland. Cuanto más joven es el niño, más dañoso le es el frío.

Nos habíamos imaginado que era á imitación de los ingleses, y con su aprobación, como algunos de nuestros niños franceses andaban en cualquier estación, con el cuello, las piernas y los brazos desnudos. Desengañémonos; Spencer, que es muy hostil á estas modas, nos informa que los franceses son los culpables, y se lo reprocha vivamente. Era ya muy desagradable, dice, que las damas inglesas, demasiado influenciadas por los caprichos de las parisienses, tuviesen la debilidad de conformarse, en cuanto á ellas mismas, á todas las locuras del vestido inventadas en el continente. Pero es monstruoso que, bajo la misma inspiración, vistan ahora á sus hijos como «saltimbanquis». Estamos, pues, bien prevenidos. No es á Inglaterra á la que debe atribuirse la responsabilidad, y como, por otra parte, la mayoría de los médicos franceses desaprueban la moda de los trajes ligeros, la veo bien comprometida. He consultado un buen número de higienistas de la infancia, escribe el señor de Fleury: casi todos son contrarios á la costumbre de las piernas desnudas, á la cual imputan los reumas, las bronquitis, y le acusan de perjudicar la nutrición del cuerpo activándola hasta el exceso». Spencer no es el único sabio friolero que desea que los niños estén bien cubiertos. El doctor Combe (1), á quien él cita á menudo, quiere que los trajes sean bastante gruesos para

(1) Doctor Combe, *A Treatise of the physiological and moral Management of Infancy*, Londón, 1854.

protejer el cuerpo «contra toda sensación *eventual* de frío, por ligera que sea; contra toda sensación *habitual*», dice Spencer con más propiedad. Y termina recomendando las telas gruesas de lana que tendrán por lo demás la ventaja de ser bastante sólidas para soportar el uso y el frotamiento, y que deben elegirse entre los tintes oscuros y grises, para que el niño pueda exponer sus vestidos, sin ensuciarlos, á todos los juegos de su edad.

Defectuosa por la insuficiencia de la alimentación y del vestido, la educación actual lo es también por la insuficiencia del ejercicio físico, á lo menos en lo que concierne á las niñas. Aún en Inglaterra, parece que el prejuicio prohíbe al sexo débil, que Spencer llama «sexo dulce», la práctica de esos ejercicios corporales de que la mujer tiene no obstante una necesidad especial, sea para remediar su delicadeza natural, sea para hallarse en la posibilidad de soportar sin dificultad los penosos deberes de la maternidad. «Debajo de mis ventanas, dice, tengo un establecimiento de educación para señoritas. Durante cinco meses, no he visto señal alguna de ese ejercicio físico; no he oído ni una risa, ni un grito. Por los patios de recreo se pasean señoritas tristes con un libro en las manos. Se diría que la salud y la fuerza son cualidades plebeyas, que no convienen á las futuras mujeres del mundo». Spencer ha continuado su investigación y se ha convencido del descrédito que, en las instituciones *for young ladies*, acompaña

á los juegos ruidosos, mientras que hacen furor en los varones. Protesta con energía contra esas contradicciones. Si la actividad deportiva, dice, no impide al joven llegar á ser un cumplido *gentleman*, ¿por qué una actividad análoga impediría á la joven llegar á ser una *gentlewoman* perfecta? Por violentos que hayan sido los ejercicios en los patios de recreo ó en los campos de juegos, no es de suponer que, una vez salidas de la escuela, se vea á las jóvenes divertirse en hacer piruetas por las calles ó en jugar partidas de billar en los salones... Es necesario que la mujer, tanto como el hombre, sea fuerte y robusta, que no se ruborice de tener buen apetito, aunque esto pueda ser tal vez vulgar, que participe en los ejercicios físicos, y entonces no se verán más esas personas secas y pálidas, angulosas, de pecho oprimido, que, al decir de Spencer, poblaban, hace cuarenta años, los salones de Londres.

¿Qué ejercicios serán esos? En primer lugar, los juegos libres.

La gimnasia no ofrece las mismas ventajas. Desde luego, en sus movimientos ordenados, no ejercita más que ciertas partes del cuerpo, y es inferior al juego como «cantidad» de acción muscular y más aún como «calidad» de acción; se parece mucho á un ejercicio escolar. Por tanto, no se halla acompañada de ese estimulante precioso, que es «el placer de obrar, el mejor de todos los tónicos». La gimnasia, sin duda, vale más que nada; pero no podría reem-

plazar á los ejercicios libres. Aquí todavía la naturaleza es soberana, y tras la naturaleza, Spencer, como nos tiene acostumbrados, invoca el poder oculto que preside á la misma: coloca la actividad física bajo el patronato de la sabiduría de las órdenes divinas (*divine ordinations*).

La educación física ha sido necesaria en todo tiempo. Lo es todavía más hoy día, en una época en que las condiciones de vida permiten apenas el reposo, en una sociedad condenada á un trabajo cerebral intenso y con frecuencia excesivo.

Por una parte, la lucha por la existencia se hace todos los días más áspera y más febril. Antiguamente, la guerra hacía en algunas horas millares de víctimas, hoy las batallas de la industria, sobreexcitando la actividad humana, preparan lenta, pero más seguramente, grandes hecatombes de hombres debilitados y extenuados. Por otra parte, mientras que la vida nueva nos impone cada día mayores fatigas, resulta que disponemos de menos fuerzas para afrontarlas. El poder de resistencia de una raza envejecida se ha debilitado. Somos menos robustos que nuestros padres, y nuestros hijos, si no ponemos cuidado en ello, lo serán aún menos que nosotros. Nos parecemos á los banqueros que, en el momento preciso en que tienen más gastos que saldar, se encontraran con menos dinero en sus cajas. De suerte que la educación física aparece como la cuestión vital, que es necesario resolver á cualquier precio, si se quiere detener la degeneración de la humanidad. No se trata

solamente del presente y de nosotros mismos: se trata de nuestros hijos y del porvenir. Y en el esfuerzo para conjurar el mal, no tenemos que preocuparnos únicamente de fortificar los temperamentos por la higiene y el ejercicio; es necesario también alejar lo más posible las causas que tienden á debilitarlo, y que una sola palabra las resume á todas: la fatiga, la del cuerpo como la del espíritu.

Nadie ha denunciado con más vivacidad que Spencer las consecuencias fatales de esa doble fatiga. Cuando en su viaje á América, en 1882, tomó la palabra en un banquete en Nueva York, no halló nada mejor para agradecer á los americanos su hospitalidad, que advertirles con varonil franqueza, de los defectos de su civilización agitada y de sus costumbres extenuadoras. Les incitaba á descuidar un poco el «evangelio del trabajo», para pasar al «evangelio del reposo», y les decía: «Me he sorprendido cuando os visitaba, del número de semblantes fatigados, en los que podía leer, inscritos en profundas arrugas, los recuerdos y la huella de pesadas cargas sobrellevadas por largo tiempo... Entre ustedes los cabellos emblanquecen diez años más temprano que entre nosotros...» Un evolucionista, para el cual el dogma de la herencia ha reemplazado al del pecado original, es natural que se vea más sorprendido, más alarmado que el común de los filósofos, por el porvenir que preparan á la humanidad los excesos de la actividad moderna.

El primer deber del hombre es el cuidado de su cuerpo, no sólo en interés de su propio bienestar, sino también en consideración á sus descendientes. La fuerza de nuestro temperamento es un bien cuyo usufructo sólo tenemos, y que debemos transmitir intacto, si no acrecido á nuestros hijos. Legarles millones de francos en detrimento de nuestra salud arruinada, no compensa en manera alguna el daño que les habríamos hecho dejándoles también la debilidad y las mermas de una constitución agotada.

En su campaña contra la fatiga, lo que especialmente ha tenido Spencer en vista es el abuso del trabajo escolar. Observa que los estudios empiezan demasiado temprano, bajo pretexto de que, siendo más disputados los puestos en el mundo, es necesario llegar más pronto. Cita con aprobación á un fisiólogo amigo suyo — discípulo de Rousseau seguramente, — que le decía: «Mi hijo no recibirá lección alguna antes de los ocho años...» No quiere esos estudios demasiado eruditos, demasiado sabios, que se aglomeran en el cerebro, como la grasa en un cuerpo obeso, sin provecho para el vigor del espíritu. Llega hasta decir él, el apóstol de la educación científica, que el éxito en la vida depende menos del saber que de la energía y de la voluntad fuerte, y que en todo caso lo que debe estimarse y adquirirse antes que todo, son los conocimientos prácticos, los que son como «los músculos del espíritu».

Sobre todo para las mujeres es para las que Spencer teme las consecuencias de una cultura

forzada (*overpressure*); en ellas el exceso de un estudio intensivo puede causar los daños más irremediables. La instrucción superior que se da á las jóvenes en ciertos institutos ingleses — cita los de Girton y de Newham, — es incompatible con la buena salud que se traduce en el buen humor, la alegría y en una superabundancia de vida. Spencer da á entender con palabras encubiertas que de esa laxitud prematura de la joven pueden salir las «discordias conyugales...» En interés de su propia felicidad, como en el de su futura familia, la joven debe economizar sus fuerzas y evitar la fatiga cerebral cuya consecuencia sería el agotamiento nervioso. Aquí también Spencer es de la escuela de Rousseau: hay en ello una tendencia á desear que la mujer se contente con sus atractivos naturales. Los hombres, dice, no le piden erudición. Lo que quieren encontrar en la compañera de su vida, es «la belleza, un buen carácter y un sentido recto». ¿Cuál es el joven, agrega, que alguna vez haya caído de rodillas ante una mujer porque sabía el italiano ó el alemán? Lo que necesita son las mejillas rosadas y los ojos brillantes...

La fatiga física, es cierto, no sería menos perniciosa que la intelectual. Spencer no es un fanático de los juegos atléticos. ¿Quién lo creería? Condena el *foot ball*, que ha triunfado, sin embargo, de sus críticas demasiado vivas, puesto que lo acusa de ejercer una influencia embrutecedora. «No admite más que los juegos que exigen un ejercicio muscular moderado». No es

en manera alguna un admirador de la fuerza bruta. Es sabido con qué pasión ha atacado el militarismo y los hábitos violentos que resultan de él algunas veces. Tiene palabras duras para Alemania, donde el duelo rige entre los estudiantes, lo mismo que entre los oficiales, «donde todos los varones son educados para la guerra». Tiene reflexiones injustas para Francia, de la que dice que «toda la energía de la nación está reconcentrada en sus dientes y en sus garras». Podría haber reservado para su propio país, si hubiera previsto en 1862 los acontecimientos de 1900 y 1901, una parte de sus amargas protestas... Pero me equivoqué: lo ha hecho. No ha disculpado las conquistas coloniales de Inglaterra y cita como ejemplo, entre muchos otros, esa atrocidad cometida en la India, el día en que, después de haber fusilado en masa una banda de cipayos, prendieron fuego á esa pila humana, para acabar con los desgraciados que todavía respiraban. La actual guerra (la de Sud Africa) podría suministrarle otras ocasiones para desplegar su crítica.

Aunque Spencer atribuya interés á la adquisición de las virtudes físicas, á la fuerza del cuerpo y al valor, no los exalta, pues, desmedidamente. Cree, con razón, que siempre serán necesarias, y que especialmente lo son mientras el militarismo permanezca como una de las condiciones del mantenimiento de las nacionalidades. Pero las pone en su rango, como cualidades inferiores, que no deben ser más que las servi-

doras y las subordinadas de las virtudes morales y de los tributos más elevados de la humanidad. No es culpa de Spencer si en un discurso reciente Lord Rosebery ha podido reprochar á la educación inglesa el sacrificar el desarrollo del espíritu á los ejercicios corporales. El ansia demasiado ardiente de las cualidades musculares, puede romper el equilibrio de las facultades. Así como el abuso del trabajo cerebral produce el agotamiento físico, el exceso del trabajo corporal debilita la potencia del espíritu. Por ello, la inercia mental sigue á las carreras excesivas, y el crecimiento demasiado rápido del niño va acompañado de una especie de postración intelectual. El ideal es mantener un prudente equilibrio entre dos actividades que se hacen oposición. Recordemos que «la naturaleza es un contador severo, y que si le exigís en un capítulo mayores esfuerzos de los que puede gastar, restablece la balanza haciendo economías en otro capítulo».

V

Si por las razones que hemos expresado, la educación física se impone con necesidad imperiosa, mayor que nunca, á una raza envejecida y debilitada, la educación moral, por razones de otro orden, es de urgencia todavía más apremiante, y parece que Spencer se da cuenta de ello desde el principio. Conmovero ante la de-

clinación de las creencias religiosas, inquieto por el vacío que abre en las conciencias humanas la disminución de la fe en lo sobrenatural — y no es sin duda con sus propios escritos con los que se debe contar para contener el movimiento, — afirma la necesidad de reemplazar, por la ciencia que aumenta, la fe que se extingue. La moral debería también ser una ciencia. El código de la moral sobrenatural, cuya autoridad desaparece, muerta ó á lo menos debilitada, sería necesario apresurarse á sustituirlo con el de la moral natural, que no toma la fuerza de su autoridad sino de la evidencia de sus demostraciones, y que es lo único que puede reemplazar á los dogmas de origen sagrado, cuyas leyes han gobernado durante siglos á la humanidad creyente. Sería un desastre moral si la ciencia, convertida en soberana, no consiguiera conquistar en las almas el imperio que escapa en parte á las religiones desfallecientes.

Y sin embargo, por una contradicción que sorprende de parte de un espíritu tan sistemático como Spencer, el mismo filósofo que no jura sino por la ciencia, se da á sí mismo un soberano mentís y desconcierta las esperanzas que nos había hecho concebir, puesto que cesa de creer en la ciencia y de admitir su eficacia cuando pretende moralizar á los hombres. No concede que los conocimientos puedan tener un efecto bienhechor sobre la conducta y sobre las costumbres. Se burla despiadadamente de lo que él llama el fanatismo moderno, el «fanatismo de

la instrucción». Ridiculiza á los moralistas que se apoyan en las estadísticas de la criminalidad, para afirmar que la ignorancia y el crimen son correlativos que están ligados el uno al otro por la relación de la causa y el efecto. «Tanto valdría, dice, sostener que el crimen tiene por causa la ausencia de abluciones frecuentes y la suciedad de las ropas, y que la criminalidad corre habitualmente á la par de la suciedad de la piel». ¿Qué relación puede haber entre el arte de deletrear el alfabeto ó de trazar caracteres negros sobre una hoja de papel blanco, y el poder de conducirse bien en la vida? El conocimiento verdadero no afecta la voluntad. En una palabra, Spencer no cree en la virtud curativa, moralizadora de la ciencia. Predice que los hechos establecerán cada vez más la inutilidad de las esperanzas que la opinión entusiasta de nuestros contemporáneos, funda en la difusión de las luces del espíritu. Naturalmente, no llega hasta decir, con los amigos de la ignorancia, que la instrucción sea perniciosa y corruptora, pero la juzga impotente y estéril como instrumento de moralización. La fe en la lectura y en los libros de clase es una de las supersticiones de nuestro tiempo. ¿No llama la atención que el positivista inglés al fin de su vida venga, como lo ha hecho Augusto Comte, á proclamar la soberanía del sentimiento y la impotencia de la razón, puesto que dice en términos propios: «No son las ideas las que trastornan y gobiernan el mundo, son los sentimientos?»

No es solamente de la ciencia en general de la que Spencer denuncia su ineficacia práctica: es la enseñanza directa de la moral la que él mismo juzga infructuosa. ¡Se imaginan poder enseñar la virtud con lecciones! Ilusión. La voluntad no obedece á un principio por el solo hecho de que la inteligencia haya comprendido y aceptado su verdad. ¿Cuántos hombres hay que saben sus deberes y que, sin embargo, no los practican. Cuántos hay entre los que son profesores de moral, cuyos actos no se conforman con las bellas palabras que flotan sobre sus labios? Y Spencer expone — lo que que sería fácil de hacer en todo país — tristes ejemplos de intolerancia, de violencia injuriosa, en escritores cristianos que pasan su vida predicando la caridad. Renunciemos, pues, á la esperanza de llegar á la educación moral por el ministerio de la instrucción. Lo que los ministros de los diferentes cultos no pueden vanagloriarse de obtener por la predicación religiosa, en sus iglesias ó en sus templos, donde la arquitectura imponente, las vidrieras, las obras de arte y las pinturas, los cantos y la música y una claridad misteriosa, convidan al alma á la meditación y al recogimiento, ¿cómo lograrían realizarlo los profesores laicos por medio de la predicación moral, en sus salones de clase fríos y desnudos, donde los ojos no se fijan sino sobre mapas de geografía, figuras de animales y fríos cuadros de lectura?

Si Spencer se hubiera limitado á tachar de insuficiente la acción moralizadora de la ins-

trucción, habríamos consentido en ello de buena gana. Una cosa es, en efecto, la simple noción comunicada al espíritu, otra cosa la voluntad de obrar. Es á otras fuerzas, y no á la inteligencia sola, aun la más provista de conocimientos, la más vivificada por la ciencia, á las que es necesario dirigirse para establecer la moralidad. Pero, si la instrucción no lo puede todo, puede algo, sin embargo. Si no es la única inspiradora de la virtud segura de ser obedecida, es á lo menos su consejera, que algunas veces se hace escuchar. No basta para determinar los actos de la voluntad, pero los prepara, iluminándolos. ¿No se ha hecho algo por la moral cuando se han arrancado de raíz los prejuicios, las supersticiones y los errores? ¿No es una garantía tomada contra el vicio, haber demostrado los efectos perniciosos del mismo? ¿Cómo no sorprenderse que un moralista utilitario sobre todo, que aprecia las acciones humanas según sus resultados, según su influencia en la felicidad individual y social, no quiera reconocer qué provecho haya, por ejemplo, en hacer ver las consecuencias físicamente funestas que traen consigo los actos inmorales? El sentimiento es el que arrastra á los hombres. De acuerdo. Pero ¿la inteligencia ilustrada no obra sobre el sentimiento? Porque haya calor en los corazones, ¿no es bueno también que haya luz en los cerebros? Una buena costumbre moral no se adquiere sino por la repetición frecuente de una misma acción. Sea. Pero para decidir al niño á repetirla, ¿es

inútil haberle mostrado, sea su utilidad, sea su belleza? ¿Queréis que el adolescente sea sobrio? ¿No servirá de nada haberle hecho tocar con el dedo, en sus estragos mortíferos, la llaga del alcoholismo? ¿Queréis que sea generoso, benéfico, patriota? Desde que hay hombres que predicán la virtud, ¿acaso se han engañado al pedir á los héroes y á los sabios los bellos ejemplos que excitan la emulación?

La campaña que Spencer ha creído deber emprender contra la ciencia, considerada como uno de los elementos del progreso moral, es, pues, tan injusta como inesperada; y se tendría el derecho de preguntarle á qué tendería el gran esfuerzo que él mismo ha hecho para organizar en un sistema las leyes científicas de la moral. Si el conocimiento de la teoría racional no debe contribuir á modificar, á mejorar la práctica, ¿para qué sirve la teoría?...

Pero ¿es necesario, por ventura, para explicar la actitud que Spencer ha tomado en las cuestiones de la enseñanza de la moral, saber cuál es en su conjunto su doctrina de las costumbres? La moral evolucionista se parece tan poco á las ideas admitidas, que bien pudiera ser que fuera inútil, en efecto, hacer de ella una materia de enseñanza; de suerte que la contradicción, cuya apariencia nos ha chocado, no existiría en el fondo, no siendo más que la consecuencia misma del sistema de nuestro autor.

La moral de Spencer, es el «hedonismo», la moral del placer; ó mejor dicho, el «utilitaris-

mo», la moral del interés, pero del interés entendido en su sentido más elevado. Es la moral la que nos propone como fin, no la persecución aventurada y ciega del placer, sino la consecución razonada de la felicidad, de la felicidad de los demás como de la nuestra. La felicidad es el fin último de la vida. Hay que acabar con los moralistas despiadados que no consienten ningún placer. Hay que apartar la idea de ese Dios diabólico, al cual los ascetas de otro tiempo creían agradar macerándose, imponiéndose todas las privaciones y todos los sacrificios. La tendencia al placer se halla en el fondo de todos los esfuerzos de la humanidad, aun de aquéllos que se traslucen por sufrimientos voluntariamente aceptados. La felicidad en este mundo es y debe ser el ideal nuevo; y la evolución universal de los seres nos encamina á ello insensiblemente.

El término de esta evolución es la «individua-
ción» más completa, y, sin embargo, podría decirse que para Spencer el problema moral es menos el problema de los individuos y de las personas, que el de la raza. La humanidad está envuelta en el sistema del mundo. La moral es un «problema cósmico». La ley moral es una derivación de la ley de la evolución, que rige en todas las cosas. Una selección continua eleva los seres de la uniformidad confusa y de la promiscuidad de los comienzos, á la variedad armoniosa de las individualidades. Así como de la nebulosa primitiva han salido innumerables estrellas distintas, lo mismo de la masa informe de las

tribus salvajes han emergido los individuos de las ciudades civilizadas. Si en el mundo inorgánico la «individuación» está en su *mínimum*, en el hombre está en su *máximum*. Y esta «individuación» no es otra cosa que el poder de persistir en el ser y, al mismo tiempo, extenderlo, hacerlo siempre más completo. Completo, perfecto, bueno, moral, son palabras sinónimas. Llegará un día en que las tendencias altruistas, desarrolladas de edad en edad, serán tan fuertes en el corazón del hombre como las tendencias egoístas. La moralidad humana se forma poco á poco. Es para cada individuo, menos que la obra de su voluntad personal, el resultado heredado de las acciones de sus antepasados. El progreso es una necesidad. Cuando el progreso haya recorrido su último estadio, cuando en consecuencia el individuo esté completamente adaptado á la naturaleza y al estado social, la «conducta recta» será la única natural. Las acciones á que se somete hoy el hombre con repugnancia, y únicamente porque le son presentadas como obligatorias, las cumplirá sin esfuerzo y con placer; lo mismo que las que evita por sentimiento del deber le serán desagradables, y por más que le cueste se abstendrá de ellas sin haber en ello mérito, sólo porque le serán desagradables. En esa edad de oro del fin de los siglos, el hombre llegará á ser casi lo que al presente es el animal, inmovilizado en sus instintos. Cumplirá mecánicamente lo que llama el bien. Y así es á una especie de automatismo moral á lo que

Spencer invita y tiende á que la humanidad alcance. Extraño ideal, del que por lo demás no debemos inquietarnos mucho porque está muy lejano; y que, bajo ciertos aspectos, por más singular que sea, se parece á la beatitud eterna prometida por la religión á los que han merecido ser elegidos de Dios.

Pero esperando el advenimiento de ese paraíso terrestre que recibirá á los hijos de la evolución, ¿cuál es la situación moral de los individuos que viven en las etapas provisorias que la humanidad atraviesa? Es muy evidente que para ellos ya las viejas nociones morales no existen, ó que han cambiado completamente de sentido. La palabra deber, no es ya sino una palabra. No hay ya obligación moral. El imperativo categórico de Kant no es más que una ficción.

En su lugar, la filosofía nueva nos proporciona una especie de necesidad natural y subjetiva que se deriva de nuestra constitución. El sentido moral es el producto de las experiencias de utilidad organizadas y consolidadas á través de las generaciones sucesivas. Ya no hay una autoridad superior á nuestras voluntades, que impone sus leyes, sus órdenes y sus prohibiciones. Hay solamente una sujeción natural, que proviene de los hábitos heredados, y que se manifiesta por lo que Spencer llama «las intuiciones morales», por una especie de sentido moral. Del egoísmo, el hombre se eleva poco á poco al altruismo. Los sentimientos generosos se incorporan á su estructura orgánica. No son, por lo demás, como

lo sugería Rousseau, más que la transformación de los sentimientos personales, excitados y transfigurados por la simpatía. Así el sentimiento de la justicia no es más que el amor de la libertad personal, que la consideración simpática de los ataques dirigidos á la libertad de los demás, ha, hasta cierto punto, extendido y generalizado. En resumen, vivir moralmente es, según el antiguo precepto de los estoicos y de los epicúreos, «vivir conforme á la naturaleza». Y, si es así, se comprende que Spencer no tenga que preocuparse de la enseñanza de la moral, puesto que no hay necesidad de ella, y la naturaleza, incesantemente perfeccionada, se basta cada vez más á sí misma.

Para que ella pueda bastarse enteramente, sería necesario, sin embargo, proclamar con Rousseau, que todos los instintos del niño son inocentes y buenos, y es lo que Spencer no hace. El dogma del optimismo absoluto, el que se llama en Inglaterra «el dogma de Lord Palmerston», el del poeta Shelley también, que decía: «El hombre es bueno, la sociedad mala, y bastará suprimir las instituciones establecidas para hacer de la tierra un paraíso»; ese dogma, nuestro filósofo no lo acepta en manera alguna, y no podría aceptarlo, sin renegar la doctrina de la evolucion y del perfeccionamiento progresivo de la humanidad. Algunas veces hasta parece que abunda en sentido inverso, y subscribe la doctrina de la perversidad natural. El retrato que traza del carácter de los niños no es nada

lisonjero y recuerda la letanía de injurias que les dirigía La Bruyère: «Los instintos del niño son los del salvaje; de ahí sus tendencias tan generales que le llevan á robar, á mentir, á mostrarse cruel y brutal». En este cuadro pintado con tan negros tintes, Spencer viene también á negar lo que hay de amable, de encantador, en la fisonomía rosada y sonriente del recién nacido. No ve en él más que un sér deforme, mal venido, cuya cara recuerda, rasgo por rasgo, la del hombre primitivo: nariz chata, fosas nasales levantadas, labios espesos, etc. Y en lo moral, el niño no vale más: «Es la presa de los malos impulsos». La raza bárbara de que desciende, reaparece en él. ¡Y esta confesión escapa á un evolucionista, puesto que en vez de los progresos anunciados y que la serie de los tiempos había debido consolidar, encuentra en los niños de nuestra época la supervivencia del salvajismo de las primeras edades! De la comprobación de esas tristes herencias, ¿no se debería deducir con más convicción que nunca la necesidad de la educación, de la educación moral en particular?

Es cierto que Spencer no mantiene ese primer juicio, absolutamente desfavorable, sobre la naturaleza del niño. Su conclusión es que no hay en él un sentimiento enteramente bueno, ni un sentimiento enteramente malo. Y oponiendo el pro y el contra dirá: «No tengo una opinión bastante buena de la naturaleza para creerla capaz de marchar derecha sin ser vigilada, ni

una opinión bastante mala, para decir con los pesimistas, que el corazón del hombre es falaz y desesperadamente malo». Pero esta conclusión, por suavizada que sea, basta para dejar subsistir, en parte, la contradicción que hemos hecho notar. Porque, en fin, si una parte á lo menos de las tendencias humanas es viciada y mala, ¿cómo no recurrir á una enseñanza cualquiera, para formar la voluntad y los sentimientos que combatirán y corregirán esos instintos perversos? Y si por casualidad, la ciencia fuese impotente para cumplir esta tarea, ¿qué restaría sino apelar nuevamente á la enseñanza religiosa?

Pero admitiendo lo que no es cierto, que la instrucción nada puede hacer para desarrollar las fuerzas morales, ¿cómo olvidar que la educación comprende otra cosa que la excitación de las ideas y de los sentimientos que nos inclinan al bien, y que ella debe determinar con precisión las acciones conformes con la moral, de cualquier manera que se la defina! Y aquí la utilidad de la enseñanza moral aparece con una evidencia innegable. Agreguemos que ella se impone, sobre todo, á los utilitarios, á los que suprimen ó debilitan las viejas ideas del deber y de la obligación, y que tienen mayor necesidad que los moralistas de la antigua escuela, de enseñarnos á discernir lo que es útil y lo que no lo es, el bien y el mal, tales como lo entienden. Con efecto, en la moral tradicional, es posible sostener que la reflexión y el razonamiento son casi inútiles. Una ley soberana, indiscutible, que

distingue el bien y el mal en sí, dirige sus mandamientos á las conciencias dóciles. Un deber absoluto se impone; no hay más que conformarse á él sin discusión. En la moral del interés, por el contrario, ¡cuánto más necesaria es la ayuda de la ciencia! ¡Qué de confusiones posibles entre el interés grosero y el interés bien entendido! ¡Qué asunto tan delicado conocer su deber, cuando el deber consiste en inquirir los actos conformes á la utilidad! Sólo con un conocimiento exacto de las leyes de la vida y de las condiciones de la sociedad se puede deducir cuáles son las normas de conducta que, en virtud de la naturaleza de las cosas, tienden á asegurar la felicidad individual y social. Como lo decía enérgicamente Stuart Mill, «la educación será la salvación del utilitarismo». Es la educación, en efecto, la única que puede impedir á una humanidad gobernada por el interés, perderse y caer en el egoísmo y en la inmoralidad.

Pero parece que Spencer no ha tenido conciencia de las dificultades mayores que pesan sobre la moral utilitaria. La educación moral, tal como nos la presenta, es de las más breves; apenas comprende un capítulo, el de la disciplina, y aun de la única disciplina represiva, la de los castigos.

Aquí también la naturaleza y la utilidad son las que guían al autor de la *Educación*. Su sistema de disciplina, la disciplina de las reacciones naturales — que podría llamarse la disciplina de los resultados ó de las consecuencias — consiste,

en efecto, en poner al niño frente á la naturaleza y hacerle encontrar su castigo en una disminución de su bienestar. Cae un niño: el dolor que le produce su caída le advierte que es necesario ser prudente en sus movimientos. Si se quema la mano en la llama de una bujía, en la barra de hierro caliente de la chimenea, habrá aprendido á desconfiar del fuego. Es esta reacción natural, que á toda acción liga ciertas consecuencias, lo que debe emplearse para dirigir la conducta del niño. Pero es fácil ver cuáles son los defectos y las lagunas de una disciplina entendida así.

Que una niña, una de «esas fastidiosas criaturas» que ponen en desorden la casa, qué malgastan y pierden el tiempo, ¿no está pronta á la hora del paseo? Y bien, para castigarla, se le prohibirá salir, y Spencer afirma que en la próxima vez estará pronta á la hora. ¿Está bien seguro de ello? En el mundo un poco imaginario de los niños dóciles y manejables que sueña su optimismo, el culpable cede á la primera intimación de la naturaleza; se enmienda á la sola idea de la privación que le causa y cuyo efecto él ha experimentado. Tememos que en el mundo real llegue á encontrarse con recalcitrantes, con indóciles, que no se dejarán tan fácilmente convertir y llamar al orden. Otro ejemplo: un pilluelo se niega á guardar en su sitio sus juguetes. No habrá para corregirlo más que quitárselos. Hagamos notar, ante todo, que en esto como hace un momento, no es en manera alguna la

naturaleza la que reacciona, son los padres que intervienen, sea para obligar al niño á quedarse en la casa, sea para privarlo de sus juguetes. Pero, sobre todo, ¿quién nos asegura que el pequeño desordenado podrá tan pronto reconocer su falta? ¿No puede suponerse que se obstinará algunas veces en sus hábitos de desorden, si no se emplean otros medios para hacérselos perder? Es muy de temer que la disciplina de los resultados no produzca lo que de ella se espera, y ya podemos deducir que su eficacia dista mucho de ser segura.

Pero he aquí otro inconveniente: por más que diga Spencer que habla de su estricta justicia, esta disciplina de la naturaleza no es proporcionada, en los castigos que inflige, á las fuerzas físicas del delincuente, ni al carácter y la gravedad del delito. Emilio ha roto los vidrios de la ventana: un buen resfriado le enseñará á no volver á hacerlo. Sea. Pero este resfriado puede convertirse en una tuberculosis, si el niño es delicado. ¡Y estará tan bien corregido, que de ello morirá! A los golpes de la ciega naturaleza— porque á menudo es ciega, piense lo que quiera Spencer— inmutable é inexorable en sus decretos, exponéis indistintamente á criaturas cuya fuerza de resistencia es de las más variadas. Un niño robusto soportará, sin sufrir, las impresiones del frío, que abrumarían hasta comprometer su vida á otro niño de pulmones frágiles; lo mismo que en los días de helada una débil planta se seca y muere entre los arbolitos que resisten.

La naturaleza, menos inteligente y menos suave de lo que Spencer cree, no tiene, de ningún modo en cuenta, en sus reacciones despiadadas, lo que hay de infinitamente diverso y variado en los temperamentos humanos. Ella no pesa en sus balanzas la edad, la delicadeza ó el vigor físico de sus justiciables. Y de nuevo podemos concluir, que la disciplina de las reacciones naturales es mala, puesto que es injusta y dura; cruel para los débiles.

Pero además es injusta desde otro punto de vista: no aprecia la calidad moral de las acciones. Que la falta haya sido cometida por imprudencia, por aturdimiento, ó, al contrario, con una intención perversa, la sentencia dictada es la misma. En su represión inconsciente y fatal, la naturaleza castiga igualmente la infracción inocente á sus leyes y la desobediencia voluntaria. Ignora los motivos del acto que reprime. El pobre niño que, por inadvertencia ó por exceso mismo de celo, trabajando de noche, pusiera fuego á su cama, se quemaría vivo, lo mismo que el bribón que criminalmente incendia su casa. El corredor imprudente que, por torpeza, se cae, resbalándose en una piedra, se romperá una pierna, exactamente como el goloso que se resbala de lo alto de la escalera á que ha subido para alcanzar golosinas prohibidas. La naturaleza no es siempre la potencia buena y bienhechora que sueñan los partidarios de la evolución. Es necesario proteger contra sus rigores al hombre y todavía más al niño. Cabe

preguntarse si la humanidad conseguiría vivir bajo el régimen de las reacciones naturales. Como decía Stuart Mill: «La ley de la gravitación, para no citar más que ésta, es la más cruel de todas las leyes; desnuda sin escrúpulo al hombre mejor y al más amable!...»

Otra objeción: aun en los casos en que la justicia inmanente de las cosas halle la ocasión de ejercerse exactamente, lo hace á menudo con demasiada lentitud para que el individuo pueda aprovecharla. Nunca llega á tiempo. No es á menudo más que la revancha, la venganza platónica, por decirlo así, de la naturaleza que reacciona demasiado tarde, cuando la mala costumbre se ha adquirido, cuando el mal se ha hecho irreparable. Un escolar es perezoso: seguramente puede llegar un momento en su vida en que sufrirá por ese pecado de su juventud: se preparan para el porvenir decepciones en su carrera. Pero, ¿cuándo se dará cuenta de los malos efectos de su negligencia? La naturaleza no tiene reacciones inmediatas para este género de faltas. Por el momento, la pereza del escolar no le representa más que las dulzuras de la haraganería. La pérdida de una lección lo pone de buen humor. Agreguemos que esta justicia tardía no es infalible, y que la naturaleza tiene también, sus «errores judiciales». ¿No acontece que un escolar, perezoso, pero inteligente, no experimenta en la vida los efectos de su indolencia en la escuela, mientras que para otro, no tan bien dotado, la pereza escolar habrá paralizado

por toda la vida el resorte de la actividad y comprometido de antemano toda esperanza de éxito?

Pero lo que, por encima de todo, desacredita á nuestros ojos la disciplina de las reacciones naturales, si se pretende erigirlas en un sistema exclusivo, es que no apela al sentido moral. Como ya lo ha hecho notar Gréard, que ha tratado con mano maestra el asunto que nos ocupa: «Suponed que un niño tenga la mano bastante lista para escapar á la reacción de una imprudencia, el espíritu bastante desenvuelto para esquivar las consecuencias de una falta, y lo veréis en paz... Se trata, no de hacer el bien, sino de ser hábil y tener éxito. «En un régimen de vida, en efecto, en que el niño no tiene que preocuparse más que de las consecuencias materiales de sus acciones, su único fin será substraerse á esas consecuencias, lo que con un poco de maña no es imposible. Le parecerá lícito mentir, si puede disimular su mentira; robar, si no se descubre su hurto. Las redes de la justicia natural no son tan estrechas para que un delincuente hábil pueda dejar de esperar que pasará indemne é impune á través de sus hilos. Si la disciplina de las reacciones tuviera todas las virtudes que su inventor le atribuye, quedaría, pues, contra ella una queja irremisible, la de que, en la suposición de que castigue la falta, no moraliza al culpable. Está desprovista de toda idea moral. Coloca al niño solamente en presencia del perjuicio físico. Recuerda esos sistemas

penitenciarios que castigan el crimen, pero no enmiendan al criminal. ¿Cómo esperar que el sólo recuerdo de la pena infligida por la naturaleza tendrá el poder de impedir que el hombre ó el niño reincida en su falta? El bebedor se acuerda de que estuvo enfermo de la cabeza al siguiente día de una orgía: ¿basta para hacerle contrapeso al atractivo de los placeres que le promete una nueva visita á la taberna?

En resumen, la disciplina de las reacciones naturales es de muchos modos insuficiente y precaria, injusta algunas veces y brutal. ¿Quiere esto decir que no tiene sus ventajas y que es necesario prescindir de ella absolutamente? No; puede ser un elemento útil de la disciplina, á condición de que se la complete, primeramente por las recompensas, de las que Spencer no nos habla en seguida y, sobre todo, por un llamamiento á los sentimientos afectivos del niño, y también á su sentimiento moral, á la conciencia, que sólo ella puede engendrar los castigos verdaderamente saludables, los del remordimiento y el arrepentimiento. La disciplina de los resultados tiene este mérito, que no es caprichosa como la disciplina demasiado á menudo incoherente de las voluntades humanas, formada por órdenes y contraórdenes. Ella no amenaza en vano; ejerce una represión muda é inmutable. Por consecuencia, no desorienta al niño en medio de prescripciones contradictorias. En fin, no poniendo en conflicto la voluntad del niño con la de sus padres, alejaría el peligro que resulta

de las educaciones ordinarias: el de irritar á los niños contra su padre ó su madre que, siempre refunfuñando, siempre con la amenaza en la boca, terminan por hacerse detestar. Pero hay dos cosas que notar: primeramente, como lo hemos visto, el mismo Spencer se ve obligado á recurrir á los padres para ayudar á la naturaleza á castigar al niño, y esta intervención es suficiente para hacer renacer el peligro que se trataba precisamente de evitar. Además, Spencer se ve obligado á admitir en su propio sistema, la aprobación y la desaprobación paternas, y á considerarlas también como reacciones naturales. Nos muestra, en cuadros delicados, al hijo entristecido porque su padre lo trata con indiferencia, á la hija desolada porque teme haber perdido la amistad de la madre. Hemos ahí de nuevo en la verdad. Solamente es permitido preguntarse si, habiendo sido educado según el método spenceriano, el niño estará dispuesto á conmoverse por el descontento de sus padres.

Que sufra cuando se quema, está en el orden de las cosas, puesto que su carne es, naturalmente, sensible al dolor. Pero, para que se afecte por los reproches de sus padres, es necesario que haya aprendido á amarles; es necesario que tenga un corazón, y parece que Spencer se ha olvidado de dárselo. ¿Qué sensibilidad moral puede esperarse de un pobre niño que se hubiera dejado sin defensa, sin protección, librado á los rigores de la naturaleza, que se hubiera dejado solo con su sufrimiento, sin aliviarlo ni di-

rigirle una palabra de afecto y de piedad? ¿No es de temer que ese discípulo de la naturaleza, que no habrá sentido desde temprano las dulces influencias de la solitud y de la ternura de sus padres, permanezca frío é insensible ante las manifestaciones de su descontentó?

VI

Es tiempo de concluir, no para insistir en las lagunas, en los defectos demasiado manifiestos del ensayo sobre la *Educación*—¿cuál es la obra, aún de genio, que no tenga sus manchas?—sino más bien para resumir sus méritos esenciales.

Las lagunas y los defectos, los hemos hecho notar al pasar. Habría otros que señalar. Ante todo parece que Spencer, como Locke, no se ha preocupado más que de la educación del «gentleman», del que puede consagrar al estudio los largos años de su juventud. En su plan uniforme para todos, no ha tenido en cuenta los grados diversos de instrucción. La educación popular no está en él considerada directamente: por que, en el estado presente de la sociedad, sería quimérico proponer al niño del pueblo, á quien las necesidades de la vida obligan á ganar su pan desde temprano, un curso de estudios tan amplio y una preparación á «la vida completa». Además, este proyecto de educación aristocrática, lo mismo que el proyecto de Rousseau,

puede convenir para la educación doméstica é individual, pero no para la educación colectiva y común: porque es evidente, por ejemplo, que la disciplina de las reacciones naturales sería inaplicable en una escuela. Pero, sin insistir en la crítica, confesemos el defecto principal: es, en una obra que tiene pretensiones de novedad, cierta falta de originalidad, disfrazada por el brillo del estilo y el verbo picante de los detalles. Spencer es un hábil director de escena. Gracias á una maravillosa potencia verbal, viste magníficamente las ideas de los demás, pero en lo que concierne á la educación, quizá, es justo decir, que tiene pocas ideas verdaderamente nuevas...

Y sin embargo no podríamos rehusar nuestra admiración á esas páginas brillantes, en las que un pensador humorista y profundo ha impreso con relieve extraordinario, y animado con un soplo de vida intensa, alguno de los principios fundamentales de la nueva educación. Si vuelve á recoger teorías que eran ya conocidas, es para desarrollarlas con una amplitud poderosa; es para poner en ellas un acento personal, todo el ardor de su fe filosófica, un espíritu de libertad, un sentimiento de humanidad y de dulzura y, en fin, lo que puede sorprender, un espíritu religioso de los más elevados.

Nadie ha reivindicado con tanta fuerza los derechos del espíritu científico y filosófico. Spencer, aunque nos ha parecido que tiende á las educaciones profesionales, no es, sin embargo, el

hombre de una ciencia especial y estrecha. Aspira á la ciencia total, es decir, á la filosofía que es el «saber unificado». Sea lo que quiera lo que se piense de la validez de sus hipótesis, no se podrá negar su grandeza. Ha tenido la ambición de poner en nuestras manos el hilo de Ariadná, que puede guiar nuestros pasos en el laberinto del universo. En nombre de esa noble y amplia filosofía, nos invita á una concepción más elevada y del todo moderna de la educación. La verdadera educación, dirá, únicamente los filósofos son los que pueden darla. ¡Cómo nos eleva sobre la rutina y los estudios mezquinos que la tradición perpetúa en ciertas partes de la instrucción! ¡Con qué vivacidad sacude los prejuicios y las antigüallas! Cómo fustiga reciamente á padres y maestros que enrojecerían y se creerían injuriados si se les acusase de no conocer las hazañas legendarias de aquél semidios de la fábula, y que confiesan, sin confusión, que ignoran cual es la estructura del cuerpo humano: cómo digiere, cómo respira; que enseñan á sus hijos y á sus alumnos la historia de las tribus de Israel, y que descuidan enseñarles, sean las leyes del mundo físico, sean los principios de la organización social.

Bajo la bandera de la pedagogía spenceriana, se alistarán en adelante todos los que, á las frivolidades, á las elegancias de una instrucción verbal, prefieren el alimento sustancial de la ciencia á riesgo de abusar de ella; que abren el mundo real al espíritu, que quieren formar

hombres positivos y prácticos, y, sin embargo, asociados por sus conocimientos generales á la vida universal de la naturaleza y de las sociedades humanas. Y también deben contarse entre los discípulos de Spencer á todos los que, después de haber indicado la filosofía como fin supremo de la educación, la recomiendan, además, como medio; todos los que piensan que no hay buenos educadores sino á condición de que sean sociólogos, que la psicología es la que forma los mejores métodos, la que reclama los mejores obreros. No olvidemos que Spencer, al contrario á Augusto Comte, da un puesto á la psicología en su catálogo de las ciencias. Como Locke, como Stuart Mill, como Bain, pertenece á esa escuela inglesa de filósofos que, más que en país alguno, han asegurado un hermoso desarrollo de las teorías pedagógicas, remontándose á su fuente, es decir, á los estudios psicológicos. «El cetro de la psicología, decía precisamente Stuart Mill, ha vuelto ahora á Inglaterra», y Th. Ribot ha agregado: «Podría sostenerse que nunca ha salido de allí».

El espíritu científico y el espíritu filosófico reclaman el espíritu de libertad. Spencer es un gran liberal y un individualista determinado. Sin razón alguna han pretendido los socialistas clasificarlo en sus filas. Habría sido para ellos buena fortuna poder autorizar sus teorías con la gran autoridad intelectual del más sabio de los sociólogos ingleses. La desgracia es que este pretendido socialista abusa más bien del indivi-

dualismo. Muy lejos de adherirse á una doctrina que tiende á someter á la humanidad bajo el yugo de un nuevo despotismo, él aspira á un régimen de libertad absoluta. El gobierno, á sus ojos, es un mal al presente necesario, pero un mal que va atenuándose con los progresos de la razón. La ley moral, es la ley de la libertad en la igualdad. Llegará un día en que cada hombre sabrá unir en su corazón á un amor activo de su propia libertad, actos de simpatía por la libertad de los demás. Entonces, las limitaciones á la individualidad que todavía subsisten, trabas legales ó violencias privadas, serán por fin borradas; nadie será ya molestado en el desarrollo de su individualidad, porque cada uno, al sostener sus propios derechos, respetará los de los demás... Será difícil encontrar en estas profecías sociales la menor traza de complacencia para las utopías colectivistas. Por lo demás, Spencer se ha explicado claramente. Después de haber descrito el estado miserable de ciertos pueblos que han hecho el ensayo del comunismo — los Pieleros del Hudson y algunas tribus atrasadas de la Europa oriental — concluye «que la doctrina de los socialistas, que es absurda bajo el punto de vista psicológico, sería nefasta bajo el biológico», porque ella entrañaría la decadencia rápida y el aniquilamiento de las sociedades que tuvieren la fantasía de ponerla en práctica.

La libertad, que es el fin del progreso social — porque el gobierno definitivo será aquél que contenga el minimum de autoridad con el má-

ximum de libertad,—la libertad no se adquiere sino por un largo esfuerzo de la naturaleza. «Ella es el premio de una vigilancia eterna». Es necesario desarrollarla en el escolar lo mismo que en el adulto, en la medida de lo posible; respetarla en la mujer tanto como en el hombre. En esta delicada cuestión de la igualdad de los sexos, Spencer sería más bien hostil, en teoría, á las pretensiones de la mujer. En efecto, declara que, fuera de los casos excepcionales, la media de las fuerzas intelectuales, como la de las físicas, es inferior, en la mujer, á las mismas medias en el hombre. Pero, en la práctica, se muestra más favorable. «La equidad, dice, exige que no se haga nada para poner en condición desventajosa á las mujeres». Es necesario concederles la misma libertad que á los hombres. No hay que imponerles restricción alguna en la elección de una profesión. Lo único que deberá negárseles, es la participación en los derechos políticos. Spencer da esta razón interesante, que, el día en que la mujer fuese elector y elegible como el hombre, no encontrándose sometida á las mismas cargas que él—por ejemplo, á la obligación del servicio militar,—se hallaría colocada en una condición, no de igualdad, sino de superioridad; y, finalmente, deja la solución de la cuestión para la época, ¡ay! bien lejana, en que no habrá ya militarismo, en que la paz universal se haya establecido al fin entre los hombres.

Según esos principios, la educación, como la vida social que ella prepara, debe ser una obra

de libertad. Pero es también, por consecuencia, una obra de dulzura y de bondad. Sin duda que ha podido reprocharse á Spencer la dureza inhumana de algunas de sus conclusiones. En su *Introducción á la ciencia social* en su libro, *El individuo contra el Estado*, renueva las crueles teorías de Platón, que excluye de su República á los seres desgraciados. Abandona á su desdichada suerte, no quiere que se les asista, que se les alivie, á los enfermos y á los valetudinarios. Cuenta entre el número de lo que llama los «pecados del legislador», los actos de filantropía sentimental. «Alimentar á los incapaces á costa de los capaces, dice, es acumular para la posteridad una reserva de miseria». Aquí es el evolucionista el que habla: es necesario que la máquina del progreso marche con gran velocidad, á riesgo de triturar bajo sus ruedas á todos los que se opongan á su marcha. Pero, para los seres que admite en su ciudad, Spencer es, por el contrario, dulce y bueno. El mismo ha dicho de su sistema de moral, que «á la inflexibilidad unía la dulzura». Si es partidario de la educación atrayente, no lo es menos de una moral amable. El asceticismo le causa horror. No tiene más que desprecio para los moralistas severos que han comprometido el éxito de sus preceptos exponiéndolos bajo formas que provocan la «repulsión». Qué alegre lección de disciplina familiar nos da en este pasaje del *Prefacio de los Principios de moral*: «Si un padre, insistiendo con dureza en múltiples mandamientos, unos ne-

cesarios, otros inútiles, agrava el rigor de su vigilancia con aires severos y cóleras; si no es permitido á sus hijos divertirse más que á escondidas; si, volviendo tímidamente de jugar, éstos no encuentran más que una mirada fría ó un fruncimiento de cejas, la autoridad paterna ejercida así no será amada, quizá será odiada, y los hijos no tendrán otro pensamiento que substraerse á ella lo más pronto posible. Oponed á ese padre aquél que, al propio tiempo que mantiene con firmeza las prohibiciones necesarias para asegurar el bienestar de los hijos ó el de las otras personas, sabe no solamente abstenerse de toda orden superflua, sino también autorizar todas las diversiones legítimas, y que mira con una sonrisa de aprobación sus entretenimientos y sus juegos; éste se halla casi seguro de adquirir sobre ellos una influencia que, sin ser menos eficaz en el presente, tendrá la ventaja de prolongarse en el futuro...

La autoridad de cada uno de estos dos padres, es el símbolo de la autoridad de la moral, tal como es, y de la moral tal como debiera ser...> Spencer, como Rousseau, como Michelet, quiere que el niño sea feliz, que la educación sea una obra de alegría. Habrá contribuído á rehabilitar el placer en la escuela, como en la vida. Estima que las sensaciones agradables levantan el nivel de la existencia, que el sufrimiento lo rebaja. Elimina lo más posible las restricciones que oprimen, la violencia que entristece, las prescripciones imperativas que exigen de los niños

un esfuerzo doloroso, como de sus padres una abnegación sobrehumana. Apela, por el contrario, á las fuerzas activas, á la voluntad personal, á todo lo que emancipa, á todo lo que alegra.

Así lo quiere la naturaleza, no la naturaleza ciega de los Epicúreos, que deja las cosas al azar, sino una naturaleza bienhechora y ordenada. La humanidad, como el universo, tiene un fin, un objetivo, y lo persigue sin descanso, á través de las fluctuaciones y las vicisitudes, los períodos de detención y los movimientos de retroceso, que retardan la marcha hacia adelante, pero que no comprometen el éxito final. Y si la naturaleza es bienhechora y ordenada, parece que sea por la voluntad de no sé qué poder misterioso á que obedece. Es inútil que Spencer haya querido relegar á la Providencia, al Sér Supremo, á las regiones de lo incognoscible; á cada instante invoca su acción, sin explicar, por lo demás, cómo entiende que se ejerce. Dirá que toda disciplina de institución humana es mala y que fracasa cuando se separa de la disciplina natural de institución divina (*divinely ordained*). Protestará que la ciencia, en sus más atrevidas conclusiones, nada tiene de irreligiosa ni de impía. La ciencia es hostil á las supersticiones que se adornan con nombre de religión, pero no es en manera alguna enemiga del espíritu religioso esencial, que las religiones disfrazan ó desfiguran. La ciencia es «orgullosa» ante las tradiciones y las leyendas; pero es «humilde» ante el velo impenetrable que oculta lo absoluto á los ojos del hombre.

Las palabras religiosas abundan en los escritos del filósofo evolucionista. Critica duramente á los eruditos que se interesan en las intrigas amorosas de María, reina de Escocia, ó que comentan sabiamente una oda griega, pero que desdeñan conocer la arquitectura de los cielos y que no conceden una mirada «al gran poema épico que el dedo de Dios ha escrito en las capas del globo». Aún llega hasta pretender que el hombre de ciencia es verdaderamente religioso. «Sólo el hombre de ciencia, aquel que, sobre las verdades inferiores, busca las verdades más elevadas, sólo el verdadero hombre de ciencia puede realmente saber cómo está sobre toda concepción humana el Poder universal, del cual son manifestaciones la Naturaleza, la Vida y el Pensamiento...»

No son éstas, creemos, declaraciones vanas, precauciones de la prudencia, á lo Descartes, de parte de un filósofo que temiese ponerse á mal con los poderes temporales ó espirituales. La doctrina de la evolución en Spencer, como en Darwin, no excluye la idea de un Dios, que, no por ser inconcebible, se impone menos como una hipótesis necesaria, dado el misterio impenetrable que el pensamiento humano encuentra en el fondo de todas las cosas, un Dios que hace pensar en el Dios de Aristóteles, desconocido del mundo que él no conoce, pero, sin embargo, causa final del mundo, y hacia el cual aspira el mundo eternamente, conducido é impelido por atractivo irresistible.

Agregemos, por fin, que ese Dios misterioso, es el que inspira á los hombres la religión del amor, en oposición con la religión del odio. Esta, nuestros maestros se obstinan en enseñar: la todos los días de la semana, haciendo estudiar á los niños las grandes epopeyas griegas y romanas—Spencer decididamente no ama á la antigüedad.—La otra, no se nos enseña más que un solo día á la semana, el domingo, haciéndonos leer el Nuevo Testamento. Pero no importa, es la religión del amor, que crece y se infiltra en los corazones á medida que la civilización progresa. Es ella la que terminará por triunfar, y que, por un progreso indefinido, hará reinar sobre la tierra una edad de oro, en la que se verá el fin de toda miseria, el apaciguamiento de todo odio, una eterna felicidad.

FIN

BIBLIOGRAFÍA

Educación: intelectual, moral y física; primera edición inglesa, 1861.

Traducciones francesas: *De la educación*, etc.; sin nombre de autor, primera edición. París, 1878. La misma traducción, revisada y corregida, edición popular. París, Germer-Baillièrre.

Traducción de Alejo Bertrand, París, Berlin.

Entre las diversas obras de Spencer, hay que leer: *Introducción á la ciencia social*, traducción francesa, 1875; especialmente los capítulos VIII y XIII: *Los prejuicios de la educación: Disciplina-Ensayos*, traducción de A. Burdeau, 1879; los artículos siguientes: *El Progreso*, *Lo útil y lo bello*, *Demasiadas leyes*, etc.; en los *Problemas de moral y de sociología*, traducción de Varigny, los capítulos titulados: *De la libertad á la servidumbre*, *Los americanos*, *La moral de Kant*, *La moral y los sentimientos morales*, etc. Y también las obras siguientes: *Las bases de la moral evolucionista*, traducción francesa. París, 1880. *El individuo contra el Estado*, traducción de Gerschel. París, quinta edición, 1901, etc.

R. Hebert Quick, *Essays on educational Reformers*, 1868.

W. H. Payne, *Contributions to the Science of Education*. New York, 1886.

- Chaumeil, *Manual de pedagogía psicológica*. París, 1885.
- M. Vessiot, *De la educación*. París, 1885.
- M. Gréard, *Educación é instrucción*, t. II; *El espíritu de disciplina*. París, 1887.
- Guyau, *La moral inglesa contemporánea*. París, 1879.
- Guyau, *Educación y herencia*. París, 1889.
- Demogeot y Montucci, *La enseñanza secundaria en Inglaterra*. París, 1868.
- M. Fouillée, *La enseñanza desde el punto de vista nacional*. París, 1891.
- Thamin, *Educación y positivismo*. París, 1892.
- A. Bertrand, *La enseñanza integral*. París, 1898.
- J. Halleux, *El evolucionismo en moral*, estudio sobre la filosofía de Herbert Spencer. París, 1901.

ÍNDICE Y SUMARIO

Páginas.

- GINER.—Spencer y las buenas maneras..... V
- I.—Si es indispensable ser «profesor» para ocuparse de educación.—Heriberto Spencer como simple teórico.—Éxito de su libro, en Francia sobre todo.—El lugar de la educación en la doctrina evolutiva.—El «Sistema de Filosofía sintética».—La vida de Spencer. Medio siglo de trabajo intenso.—Crisis de enfermedad.—Gérmenes de la vocación futura. Influencias de familia.—Gusto precoz por la historia natural.—Predilección por las cuestiones morales.—El modo de pensar de Spencer.—Un extraordinario acopio de informaciones.—Tendencia á la generalización.—Lo que pensaban de él Darwin y Stuart Mill.—Inspiración científica del ensayo sobre la *Educación*.—Brillantes cualidades de estilo.. 1
- II.—Supremacía de las ciencias en la educación.—La fábula de la Cenicienta.—La quejra de los antiguos y de los modernos.—Lamartine y Arago.—Hamilton y Whewell.—La perfección es de este mundo.—La vida completa.—La educación, preparación á la

- vida completa.—El «hombre definitivo».—
 Clasificación de las actividades esenciales.—
 La conservación personal y la salud.—La
 adquisición de los bienes materiales.—Las
 obligaciones del jefe de familia.—Las obli-
 gaciones del ciudadano.—La actividad es-
 tética.—Que las diversas ciencias son ne-
 cesarias para guiar las diversas funciones
 de la vida.—La educación de la persona hu-
 mana olvidada.—Los Pecados físicos.—La
 instrucción profesional.—Objeciones y crí-
 ticas.—La educación actual, educación de
 célibes.—Crítica de la enseñanza de la his-
 toria.—La sociología descriptiva.—Las le-
 tras y las artes relegadas al último rango.—
 Que el poeta debe ser un sabio.—¿Es la cien-
 cia tan educativa como instructiva?—Culti-
 vo de la memoria.—Peligros de todo estudio
 exclusivo.—Universalidad de los conoci-
 mientos, ó bien educación simplemente pro-
 fesional.—Vacilaciones de Spencer..... 18
- III.—Educación intelectual.—Relaciones de
 los estados sociales y de los sistemas de
 educación.—Tendencia á preferir lo agrada-
 ble á lo útil.—Crítica del estudio de las len-
 guas vivas ó muertas.—Tendencias nuevas.—
 La vuelta á la naturaleza.—La ciencia y la
 naturaleza.—Principios directores de la edu-
 cación intelectual.—Paso de lo simple á lo
 compuesto, de lo concreto á lo abstracto, et-
 cetera.—El génesis de la raza y el génesis
 del individuo.—Actividad espontánea.—Ins-
 trucción atrayente.—Aplicación de esos prin-

cipios.—Las lecciones de cosas.—El dibujo. La educación de la primera edad.....	48
IV.—Educación física.—Lo favorecida que está en Inglaterra.—Que, sin embargo, en este país los padres se preocupan más bien de la cría de los animales que de la educa- ción de los niños.—La alimentación.—Que es necesario alimentarse bien.—El uso de la carne.—Los dulces.—Las frutas.—La cues- tión del vestido.—Los caprichos de la moda. Los ejercicios físicos.—Que están descuida- dos injustamente en la educación de las jó- venes.—Superioridad de los juegos libres so- bre la gimnasia.—La fatiga mental.—La fa- tiga física.—El <i>foot ball</i> condenado.—Lo que Spencer reprocha á las costumbres america- nas.—La fuerza física puesta en su verdadero lugar.—Campaña contra el militarismo.— Debe mantenerse el equilibrio entre las fa- cultades.....	63
V.—Educación moral.—Que Spencer no cree en la eficacia de la ciencia para moralizar á los hombres.—Bosquejo de su sistema de moral.—Moral utilitaria.—La felicidad, fin último de la vida.—El progreso moral es una necesidad.—Las tendencias altruistas se hacen poco á poco tan imperiosas como las tendencias egoístas.—Las intuiciones mora- les.—El sentido moral, producto hereditario de las «experiencias de utilidad» acumula- das de edad en edad, ¿hace inútil la enseña- za de la moral?—¿Por qué no lo admitimos sobre todo si la moral consiste únicamente	

en buscar la felicidad?—Vacilaciones de Spencer sobre la cuestión de la inocencia ó de la perversidad de los instintos del niño. Disciplina moral.—Las reacciones naturales. Crítica de ese sistema.—Las reacciones naturales no son siempre eficaces, ni suaves, ni justas.—Son á veces tardías.—No moralizan. Necesidad de la intervención de los padres ó de los maestros en la disciplina.....	81
VI.—Los vacíos principales del ensayo de H. Spencer.—Cierta defecto de originalidad. Inspiración perpetua en Rousseau.—Relieve extraordinario dado á ideas ya conocidas. Lo que tiene de personal en el ensayo sobre la <i>Educación</i> .—Espíritu filosófico.—La psicología y la pedagogía.—El espíritu filosófico atrae al espíritu de libertad.—Spencer es un liberal y un individualista.—Su opinión sobre el socialismo.—La igualdad de los sexos. Que debe darse á las mujeres la misma libertad que á los hombres.—Que no deben participar, sin embargo, de los derechos políticos. Espíritu de dulzura y de humanidad.—Dureza inhumana no obstante para con los desgraciados de la vida.—Guerra al ascetismo. Moral amable.—Espíritu religioso.—Un poder misterioso universal é inconocible.—La religión del odio y la religión del amor....	101
BIBLIOGRAFÍA.....	113
INDICE Y SUMARIO.....	115

12°



ESCUELA DEL MAGISTERIO

LELIDA

Reg.

Sig

2804

2604

37 Lpe

EDICIONES DE LA LECTURA

CIENCIA Y EDUCACIÓN

OBRAS PUBLICADAS

Compayré.—*Pestalozzi y la educación elemental*. Traducción por ANGEL REGO.—Precio: 1,50.

Compayré.—*Herbart*. Traducción por DOMINGO BARNÉS.—Precio: 1,50.

Compayré.—*Herbert Spencer*. Traducción por DOMINGO BARNÉS.—Precio: 1,50.

Gibbs, Levasseur y Sluys.—*La enseñanza de la Geografía*. Traducción por ANGEL REGO.—Precio: 1,50.

Lavisse, Monod, Altamira y Cossío.—*La enseñanza de la Historia*. Traducción por DOMINGO BARNÉS.—Precio: 1,50.

Edmundo Lozano.—*La enseñanza de las ciencias físicas y naturales*.—Precio: 1,50.

Abel Rey.—*Lógica*. Traducción de JULIÁN BESTEIRO.—Precio: 6,00.

L. Brackenbury.—*La enseñanza de la Gramática*. Traducción por ALICE PESTANA.—Precio: 1,50.

Adolfo Posada.—*Derecho usual*.—Precio: 3,00.
SUMARIO.

I. ADOLFO POSADA, Profesor de la Universidad Central: *Principios generales. Derecho Político. Derecho Administrativo*.—II. FELIPE CLEMENTE DE DIEGO, Profesor de la Universidad Central: *Derecho Civil. Derecho Mercantil*.—III. ANICETO SELA, Profesor de la Universidad de Oviedo: *Derecho Internacional*.—IV. C. BERNALDO DE QUIRÓS, del Instituto de Reformas Sociales: *Derecho Penal*.—V. PEDRO SANGRO y ROS DE OLANO, del Instituto de Reformas Sociales: *Procesal*.

CLÁSICOS CASTELLANOS

OBRAS PUBLICADAS

Santa Teresa.—*LAS MORADAS*. Por D. Tomás Navarro.

Tirso de Molina.—*TEATRO. Tomo I*. Por D. Américo Castro.

Garcilaso.—*OBRAS*. Por D. Tomás Navarro.

Cervantes.—*DON QUIJOTE DE LA MANCHA. Tomos I, II, III, IV, V y VI*. Por D. Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española.

Quevedo.—*VIDA DEL BUSCÓN*. Por D. Américo Castro.

Torres Villarroel.—*VIDA*. Por don Federico de Onís.

Duque de Rivas.—*ROMANCES. Tomos I y II*. Por D. Cipriano Rivas Cherif.

B.º Juan de Avila.—*EPISTOLARIO ESPIRITUAL*. Por D. Vicente García de Diego.

Arcepreste de Hita.—*LIBRO DE BUEN AMOR. Tomos I y II*. Por D. Julio Cejador.

Gullén de Castro.—*LAS MOVEDADES DEL CID*. Por D. Víctor Said Arnesto.

El Marqués de Santillana.—*Cantares y decires*. Por D. Vicente García de Diego.

LA LECTURA
PASEO DE RECOLETOS, 25
MADRID

